



átame2011



átame

publicación cultural | chiva | 2011 | número seis



publicación cultural chiva á tamen número seis





Editorial

«El patrimonio es una nueva forma de producción cultural en el presente que recurre al pasado»

Barbara Kirshenblatt-Gimblett.

De entre todos los ritos que se desarrollan en nuestro calendario festivo, hay uno que, siendo el más trascendental, suele pasar desapercibido, una práctica que va desapareciendo porque van desapareciendo los espacios emblemáticos en los que se realizaba, esas fachadas albas que eran la seña de identidad de nuestra villa. Nos referimos a la liturgia anual de «emblanquinar» esas dignísimas viviendas típicas, ejemplo señero de la arquitectura popular de nuestras tierras, ahora en peligro de extinción.

Con esta liturgia, el hogar, el pueblo, se preparaba, se aseaba, para recibir la cosecha, se engalanaba para iniciar los festejos. Las viviendas, inmaculadas, bendecidas con cal purificadora, abrían sus puertas para acoger al forastero, para compartir con el paisano la alegría renovada, en el tiempo de la fertilidad y la abundancia. Porque la cal desinfecta y protege los muros, hace que transpiren, para que los tabiques dejen de ser parapetos y se vuelvan lienzos livianos y pulcros. Porque el color blanco nos eleva a la sabiduría, nos transmite pureza y optimismo, por eso es tan importante el encalar, dar luz.

Con las escobicas de emblanquinar se daba el pistoletazo de salida a los festejos, Las cañas y los podales, el agua lustral de las arrujoras eran la antesala de estiles, sarrias, fascares, botijas y donsetes, pero también de higos, doséticas, borlas, bandurrias y pistrague. Ahora, apenas queda algún testimonio pues, lamentablemente, aquí la especulación urbanística, unida a la falta de unos criterios estéticos, han hecho que no haya habido un interés por mantener y estimular esta actividad, al contrario que se puede observar en otros pueblos blancos peninsulares, que conservan intacto su mágico encanto (aunque, como es lógico, ha habido una evolución del rito, adaptándolo a los tiempos, por ejemplo al sustituir la cal por otro tipo de pintura).

Pero tristemente, no solo es este ritual, el que está en peligro de extinción, podemos enumerar muchos elementos que han seguido o parecen seguir su misma suerte. A algunos de esos componentes festivos que forman parte de nuestro patrimonio inmaterial y confieren a nuestro municipio sus rasgos distintivos, que le dotan de personalidad, son a los que queremos dar preferencia en este sexto número de *Átame*. Ellos serán el eje principal de nuestra publicación, aunque en años sucesivos, como hemos hecho anteriormente, seguiremos reivindicándolos, pues son tantos, estos ritos perdidos, olvidados o desvirtuados, que el espacio que dedicamos en un volumen, no nos permite zanjar el tema.

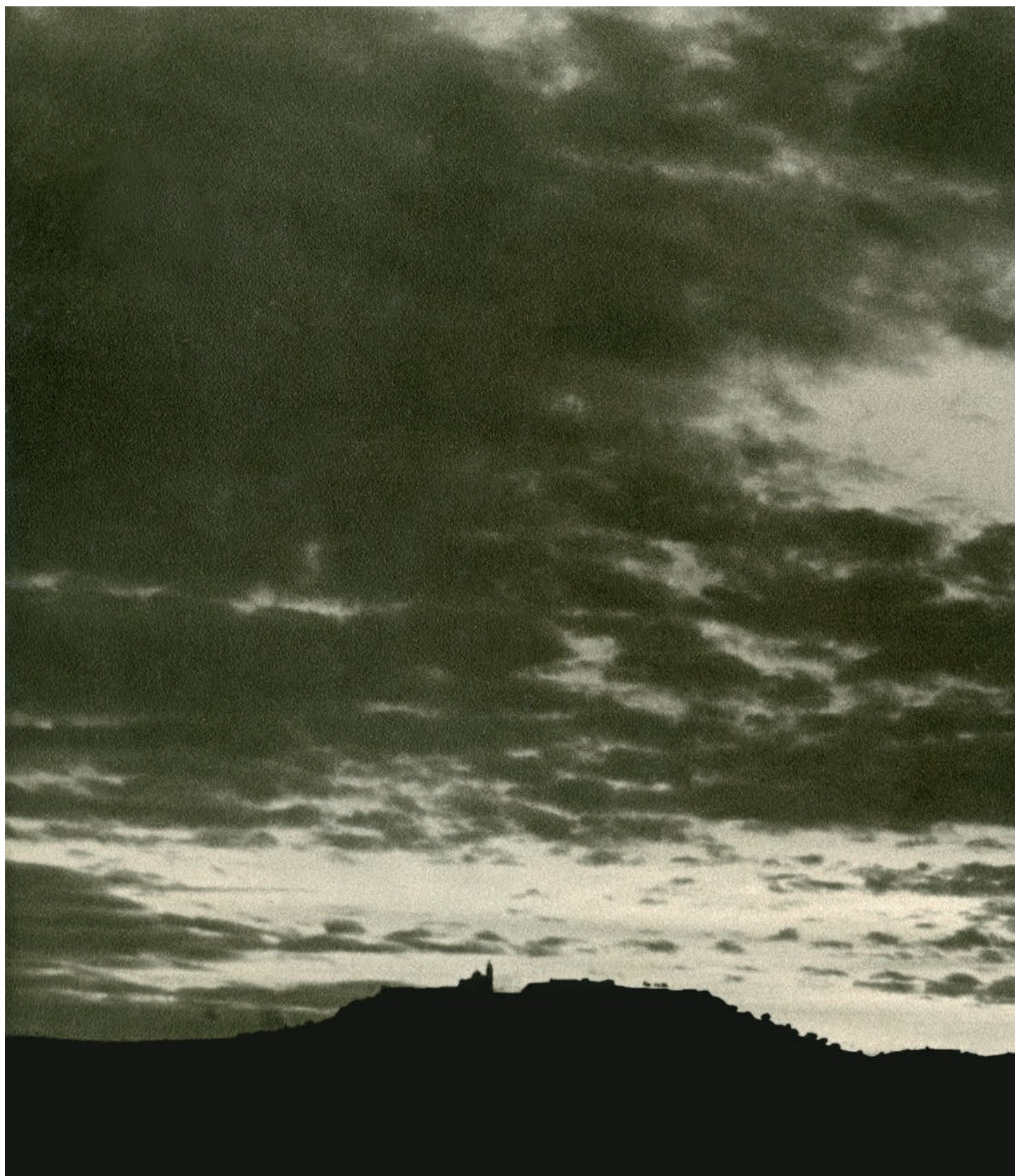
Hemos de intentar salvar o volver a recuperar esas costumbres, esas tradiciones, esa cultura, en definitiva. Unas celebraciones, muchas veces ancestrales, que a veces fueron provocadoras o subversivas, otras sagradas o disciplinadas, pero siempre originales y únicas, documentos interesantes, que muestran las inquietudes, las ilusiones, la esencia de un pueblo; toda su sapiencia y su conciencia que se condensa en gruesos estratos que configuran la enjundia de nuestras entrañas, como las hojas de un códice iluminado, como las capas de cal que van conformando esas texturas lechosas en paredes apergaminadas que revelan toda nuestra historia, tramas y surcos donde se puede intuir nuestro futuro.

Valoremos nuestras diferencias, estimémonos, reconozcámonos, para conseguir proyectarnos desde el presente en armonía hacia delante y hacer de nuestro pueblo un ente lúcido, vivo.



Índice

009	Blanco el camino y ceniza la huella. Javier de la Cruz
011	Ritos olvidados. Consejo de redacción
017	El hilo hecho historia. María Nieves Galdón
021	Una tradición musical. Francisco Abellán
025	Un viaje por la costumbre, por el rito, por el mito. José Luis López Sanz
031	El Torico y La Tarara. Rafael Gómez
033	Tradiciones en contacto. Gil-Manuel Hernández i Martí
037	Edades y recuerdos. Ernesto Navarro Yuste
039	Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...: argumentarios. Enrique Piquer Sanz
045	Fiesta del torico en Chiva. Alberto Álvarez de Cienfuegos Cobos
051	La falla de Santa Ana. David Mújica Miró
063	La carta. Isabel González
065	El final de la tradición alfarera en Chiva. Juan Carrión Miró
073	El tendal del olvido. Ernesto Navarro Yuste
081	El feliz «no cumpleaños» de esas embriagadoras curvas. Roberto Martínez
085	Tota pedra fa paret. Francisco Blay.
091	Átame monográficos. Consejo de redacción
093	La Covacha de la ladera del Castillo. Begoña Soler Mayor
097	Canción del torico.
099	El verso de mi abuela. Juan Francisco Mejías
103	El batallón infantil de la villa de Chiva. David Mújica
109	Hace 101 años. Manuel Mora Yuste
115	Que exklafido. Asociación Exklafido Teatro
117	Segando hierba a medianoche. Óscar Mora
119	Análisis de las últimas novedades en la normativa autonómica de «Bous al carrer». Juan Francisco Mejías
121	Sensaciones. Consejo de redacción
127	Léxico. Claudio López Sanz
133	A solas con las estatuas. David Maicas
137	De Khiva a Chiva. Claudio López
139	El eco de un disparo. Javier de la Cruz
143	Créditos.







Blanco el camino y ceniza la huella

Javier de la Cruz

Fotos:

Páginas 6 y 7
Ocaso en Chiva. 1954
Francisco Gimeno
Página 8
Nevada en Chiva. 1954
Francisco Gimeno

... y de repente, el cielo.

Sobre una mujer dormida boca abajo,
una insatisfecha herida gotea grises y blancos,
en un instante de tiempo detenido, en una calma ceniza.

El atardecer enmudece el paisaje y sólo el viento se adivina
vagabundo entre portales, subiendo hasta las piedras de la ermita.
Las mismas nubes parecen agitadas olas
rompiendo al pie de una muralla mora.

El viento es helado. Mañana nevará en los tejados.
Copo a copo la villa volverá a ser blanca por un día
y las calles espejos acristalados de hielo
donde las niñas se miran con su lana vieja y su risa nueva.

¡Chiva la blanca regresa!

Por abajo, el pueblo.
Por arriba la muralla y la ermita.
Arriba la niña negra y las piedras viejas.
Abajo mis zapatos nuevos.

Por la cuesta, un chucho trisca jugando entre los cipreses,
con sus sombras nacaradas invertidas,
y sus hojas de nata, y sus troncos verdes infinitos
abriéndose paso entre la luz de la mañana.

Dos hombres en un segundo detenido,
suben cuesta arriba, le han quitado un instante al tiempo.
Sus insignificantes vidas vivirán por siempre,
eternamente esculpidas sobre la tierra caliente.

¡Qué sublime resulta robarle el tiempo al letargo!

Extraña mañana nos llegó aquel día.
Extraño paseo a la mañana... hacia la muralla;
con su camino blanco y sus piedras mojadas
con su senda penitente y sus huesos hollados.

Como un ritual perdido entre los ecos de disparos,
por la cuesta bajan los fantasmas de soldados.
Diluidos entre del blanco de la nieve,
nos recuerdan que el pasado, es el presente.

Y sin esperarlo, nos cayó un cielo pardo.
En una mañana fría.
Por un camino empedrado.



Ritos olvidados

Cuando el pueblo pierde su tradición, quiere decir que se rompió el lazo social.

Fernando Pessoa.

Dicen que para sentirse vivo, lo fundamental es romper la monotonía, escapar, salirse del tiempo. Eso es lo que vamos a proponerles en este número, adentrarnos en esa gran aventura que supone situarnos fuera de nuestra época pero permanecer en nuestro espacio, Chiva, como si la vida de nuestro pueblo, nuestra vida, trascurriera despacio, por una película de blanco y negro de 16 mm, poniéndole freno a la locomotora del tiempo, para volver a contemplar algunas escenas de nuestro pasado más o menos dichosas pero siempre enriquecedoras, para redimir de él aquellos hechos o aquellas liturgias que nos puedan ayudar a conocernos, a reconocernos, a considerarnos, a proyectarnos.

Efectivamente, desde la más remota antigüedad, a lo largo del año, se ha venido desarrollado todo un ciclo estructurado de rituales especiales, que marcan el tránsito de una etapa vital a otra. Ceremonias que giran alrededor de los actos principales de la vida (como la entrada en sociedad o a la edad adulta) o del calendario natural que marca los compases de la vida individual y colectiva. Ritos remotos que siguen los ritmos climáticos y ecológicos y remarcan los cambios de estación, relacionados íntimamente con el ciclo productivo agrícola. La mayoría de estos acontecimientos festivos anuales tendrán un carácter religioso; son ceremonias cristianas, aunque a muchas de ellas subyace una anterior celebración pagana modificada en sus signos y su sentido. Estos rituales se mantendrán durante siglos, pero cuando el ciclo productivo se vaya transformando, todo ese sistema protocolar se verá sometido a ajustes, rupturas y readaptaciones. Unas prácticas desaparecerán por considerarse desfasadas o innecesarias y otras se transformarán en un sentido lúdico, como ocurre en algunas de nuestras fiestas, como las que, en la actualidad, giran alrededor del «Torico», y a las que siempre, por su complejidad, variedad, liturgia y significación, prestamos especial atención. En esta fiesta típica de cosecha, dedicada a la Asunción y San Roque, donde subyace esa celebración de la fecundidad de las gentes y de los campos, aunque se ha mantenido casi intacto el principal acontecimiento de correr el toro y otros como las «Dianas» o las «Albás», se han desvirtuado o han desviado su significación otros, como las antiquísimas «Torrás» o las «Torres humanas». Además han desaparecido diversos elementos en otras épocas esenciales y que ayudan a entender el sentido original del festejo, como las «Grupas» en las «entrás», con las caballerías acicaladas o uncidas, que transportaban a las parejas de enamorados; o las «Rondas» en las noches de las carreras, similares a los «Mayos», también olvidados, que se cantaban en otra época decisiva en el ciclo natural, la pri-

Texto:

J.C.M. Consejo editorial

Ilustración:

Manolo Sánchez

Título:

Moros y cristianos

Página 12

Peña «El Obus». 1961. *Cabalgata septiembre.*

Página 13

Altar de mayo. 1971. *En la actual plaza de la Constitución, junto a la desaparecida fuente «de los patos».* Foto anónima.

Página 14

Ilustración de Manuel Mora Yuste para el nº 34 de la revista *El Castillo*, 1964.

Página 15

De la quema no se salva ni dios. 1995. Premios Otoño Villa de Chiva. Premio fotografía local. Foto Óscar Mora.



mavera; período también de enamadas amorosas, de canto a la fertilidad tanto de las tierras, como de los hombres. Éstas segundas, en su origen, festejarían la llegada de la estación del esplendor de la vegetación, del amor, de la vida renovada; las de agosto la culminación de ese ciclo, cuando la naturaleza pare todos sus frutos. Por cierto, esos «Mayos», eran coplas más profanas que marianas, como las «Albás», pues aparte de las alusiones poéticas, también se aprovechaban para reputar o publicitar los hechos más relevantes acaecidos en el año, en tono crítico o burlón. Porque era en fiestas, como los Carnavales (1), el periodo de igualdad y confraternidad, y a través del arte, de la ironía, la única oportunidad que el pueblo podía expresar su malestar, desahogarse. Una mordacidad contra el poder establecido que se ha ido perdiendo con el tiempo, como podemos observar en nuestras «Albás» (igual que en las Fallas), quizá porque la progresiva libertad ha permitido otras formas de expresión más efectivas, quedando esos medios obsoletos. Quizá porque la autoridad ha ido minando y moderando esas manifestaciones populares para adaptarlas a su discurso. Un ejemplo extremo y de esta «censura» fue el trágico episodio ocurrido en el primer monumento de este tipo documentado en nuestra población, que el militar David Mújica descifra en esta publicación y que pudo ser el detonante de una posterior represión, hasta hoy silenciada. Respecto a esto hay que decir varias cosas a colación sobre esta falla, a raíz de la narración de Mújica y a modo de curiosidad. Por una parte, y en primer lugar, el hecho de utilizar la fiesta con la intención de hacer una crítica social, como hemos visto, es una cuestión muy habitual. Es el momento de la trasgresión, de la desmesura, de la inversión de valores. Por otra parte, tampoco es raro que esta crítica se lleve a cabo a través de un monumento fallero pues estos se habían utilizado desde sus orígenes para esta cuestión, si bien es cierto que, en un principio, intentaron erradicarlos las autoridades civil y religiosa, como ha desvelado el sociólogo Antonio Ariño, la resistencia popular hizo que estos estamentos cambiaran de estrategia e intentaran reformarlas, por ejemplo con la implantación de los premios que, poco a poco, consiguieron desviar el interés de los participantes de lo ético a lo estético. Además hay que recordar que antes y durante la guerra civil hubo una utilización política de las Fallas por ambos bandos enfrentados. Para finalizar con esta reflexión que trata de deducir el porqué de la elaboración de una Falla en Chiva (localidad donde no existe una tradición de este tipo de manifestaciones), hay que decir que aunque parece clara la influencia de la cercana Valencia, la costumbre de quemar monigotes con diferentes intencionalidades, en determinadas fechas, se encontraba extendida por toda Europa desde hacía varios siglos y aún se mantiene vigente en algunas poblaciones valencianas y no es exclusiva de la fiestas de la capital del Turia.

Otro de esos ritos tristemente evaporados son las típicas «Cucañas», en las que había pruebas que incidían en el carácter de rito de paso del Torico. Así, en una de ellas, la más emblemática, el mozo debía de encaramarse a la cúspide del tronco de un árbol, símbolo fálico y de fertilidad (2), descortezado y untado de jabón o manteca, para obtener un determinado obsequio. Con ello se pretendía que el mozo demostrara su destreza, en un gesto de hombría que, en un planteamiento tribal, pudiera ser considerado como un ritual de iniciación o pasaje por el que el adolescente superador de tan difícil prueba merecería el privilegio de ser incluido entre los adultos. Algo similar y complementario al rito de correr el toro y demostrar su valía a la moza a la que le ofrece el astado genésico y al clan. Estas cucañas se realizaban dentro de los festejos de San Roque, en los



1- En el carnaval se encuentran elementos supervivientes de antiguas fiestas paganas, como las saturnales romanas de invierno. El tiempo de «carnestolendas», que en nuestro pueblo también estuvo presente, ofrecía un lapso de permisividad que se oponía a la represión de la sexualidad y a la severa formalidad litúrgica de la Cuaresma.

2- Como las «Enramás» con vegetación autóctona que se siguen dedicando a los novios la noche antes de su enlace.

3- En otros pueblos valencianos como en L'Alcora se lanzaban higos el día de San Vicente o tomates el de San Roque.



4- En el número 71 de la Revista «El Castillo» (Año 6, enero de 1968), el entonces cronista de la Villa, Luís Pérez Díaz, transcribe el extracto de las actas de las sesiones celebradas por el concejo entre el primero de junio de 1648 y finales de 1662 del «Libro de Juradería», que se conservaba en el Archivo Municipal, donde se alude a estos espectáculos festivos.

tradicionales «Almuerzos», comidas comunales donde tradicionalmente los participantes se han lanzado tomates, higos, melones, agua, harina o vino, prolongándose estos episodios incluso a la carrera, en una especie de inversión ritual, como la que hace años se producía el día de San Juan, cuando los vecinos se arrojaban agua (3).

También echamos de menos algunas de estas prácticas en celebraciones tan importantes como las pascuas; así ya no se oyen las «Carracas» o el sonido de los «mazos» aporreando las puertas el sábado de gloria, o no se ve prácticamente a nadie «correr la traca» la «Mañanica de Pascua», aunque se han mantenido «Enramás» y «Mascletás», entre otros actos. Por suerte se mantienen los «Calderos» en Nochebuena, igual que se mantienen las hogueras de los Santos Medios, tras la misa de ocho. Referidos a estos rituales de los patrones de la población, y para finalizar una lista que podríamos desarrollar hay que señalar, que está documentada (4) la celebración en Chiva de la fiesta de «Moros y Cristianos» en el siglo XVII, dentro de los actos en honor a los Santos Medios, donde la fingida soldadesca empleaba pólvora. No es de extrañar que este tipo de representaciones con finalidad apologético-catequética estaban, según Caro Baroja, muy extendidas por toda la península en los siglos XVI y XVII; además se tienen noticias de ellas en diferentes partes del territorio valenciano, en honor de algún santo patrón o patrona, como Torreblanca, Morella, Altea o Utiel. Éstas son diferentes al modelo alcoyano, que es el que ha triunfado mediáticamente.

En cuanto a las fiestas de septiembre, las dedicadas a la patrona de Chiva y, tradicionalmente, de toda la comarca, la «Morenica» o Virgen del Castillo (Virgen negra, venerada desde, por lo menos, el siglo XIII), se han conservado la mayoría de las liturgias como las misas, romerías, procesiones, ofrendas u otras menos solemnes como los conciertos, pasacalles, «máscletás» y fuegos de artificio o verbenas como la del mantón o la de la cuesta. Solo se echaron de menos durante años las cabalgatas que parece ser que desaparecieron en los años treinta y se recuperaron a principios de los años sesenta, por la iniciativa de peñas como el «Obús»; o celebraciones como la «batalla de flores» o las dedicadas a «las Marías», por ejemplo, a las que se alude en otro de los artículos, en este caso en la sección de artículos recuperados. Sí hemos apreciado que en muchos casos se está desvirtuando el traje típico de chivana que se utiliza en estas festividades, en eventos como la «ofrenda» algo que evidencia Nieves Galdón en otro de nuestros apartados.

La tardía industrialización de nuestro municipio ha hecho que, igual que se han conservado hasta fecha reciente, por ejemplo, actividades tradicionales tan emblemáticas como la alfarería, a la que se alude en otro texto de esta publicación, también se ha conservado un rico acervo festivo. Lamentablemente el cambio de sociedad, ha hecho que se estén dejando perder algunos de estos ritos que forman nuestro patrimonio inmaterial o volátil y conforman nuestra idiosincrasia. Sin embargo, vemos como en un mundo globalizado adoptamos otros que nos son ajenos, como, por ejemplo: el Papa Noel yanqui; las Fallas, propias de la ciudad de Valencia; o ciertas modalidades taurinas como los encierros camperos, que son referentes en otros lares, entre otras. No podemos permitir más pérdidas de esos festejos que han sobrevivido en el tiempo, esos que sólo aquí tienen sentido. No debemos dejar que se vaya erosionando nuestra entidad, nuestra personalidad, nuestra singularidad, aquello que nos conforma. No lo consintamos, valoremos «lo nuestro», nuestra diferencia es nuestro mayor valor, nuestro mejor «capital social».





El hilo hecho historia

Un baúl, un arcón, una cómoda, todo antiguo. Tanto, que parece olvidado en un rincón de la casa, donde se diría que el tiempo no pasa, que no corre, que allí no trascurren los días. Cuando uno de esos muebles se abren, se producen dos sensaciones, sin saber cuál de ellas emana más emoción: la de la persona que ansía descubrir lo que esconden y la de aquella que lo sabe, y ansía, también, volver a tocar, a sentir, a disfrutar de esas prendas y cacharros allí escondidos. Se desea ver lo desconocido y se anhela revivir recuerdos, nostalgias, añoranzas de historias y detalles, contadas por abuelas a la luz de la lumbre, o al calor de una estufa en una mesa, donde se bordaban otras prendas y se punteaba la costura de la vida de las jóvenes chivanas. Escucharlas hoy, años después, de voz de una de aquellas niñas, te sacude el ánimo y te transporta allí mismo, a ese momento. Y sin darte cuenta estás como viendo aquellas casas, sintiendo y compartiendo aquellas intimidades, aquellos olores mezcla de humo, puchero, caballerías y agua de colonia.

Sin embargo acudí a la cita desconociendo todas esas emociones. Las descubrí allí, en aquel momento y quizá por ello, lo saboreé todavía más, puesto que fue muy intenso.

Elisa Blasco, con todo su detalle y ternura puso a nuestra disposición todo el repertorio de ropa antigua chivana de que dispone en su casa. Allí fuimos Átame a hacer fotos. A compartir sus bellas e históricas intimidades. Como modelos, sus hijas, sus hijos, sus nietas. El decorado no podía ser más propicio. Chimenea decorada con azulejos del siglo XIX y una maravilla de cantarera con un cuadro de San José en azulejos del siglo XVIII. Impresionante. Cacharros, cestas, costureros, orinal de porcelana, calderas de matanza y sobre todo fotos antiguas, muchísimas fotos antiguas, que certifican la antigüedad y amplitud de la familia. Al fondo, una bodeguita con toneles de vino y multitud de artilugios de labranza, todo cuidado y ordenado con el más exquisito gusto, de la mano de Antonio López, su marido.

Desde el principio todo fue emocionante y placentero. De los muebles, que llamaríamos «archivos históricos», salieron infinidad de prendas. Conforme sus hijas y sus nietas se iban vistiendo con ellas, Elisa nos contaba anécdotas, narraciones, porciones de historias que no llegaba a terminar, pues eran tantas y tan seguidas que no daba tiempo. Y comenzó el ritual de vestirse, en aquellos tiempos, una mujer. Debajo de todo se ponían una «camisita» de tela fina. Encima, el «corsé». A continu-

Texto:

María Nieves
Galdón

Ilustración:

Elías Taño

Página 18. 19

Traje chivano. 2011.

Foto Ernesto

Navarro



acción venía el «cubrecorsé» en la parte de arriba y el «pololo», de la cintura para abajo. Ambas piezas eran de fina tela y estaban adornadas con lorzas, puntillas y vainicas. Con solo verlas se adivinaba en ellas la finura, la dulzura y el primor aún latente, después de pasados tantos años. Y la suave delicadeza de la cinta de seda del «pololo», fruncida a la pantorrilla. Los pies, y hasta la rodilla, eran cubiertos por las «medias de lana» que en ocasiones eran adornadas con cenefas y los nombres tejidos, para vestir más elegante. Para misa o fiesta se calzaba con el «botín», señorial. Y con «esparteñas» los días de «hacienda», que era como decir de trabajo diario.

Como complemento de ropa interior, en verano se ponían las «sinaguas», que eran tres faldas superpuestas de tela fina. En invierno se llevaban «enaguas», abajo una, llamada de muletón, y encima otra de lienzo. Esta última trabajada con maravillosas puntillas, lorzas y vainicas, otra vez el hilo hecho arte. Encima de ellas se llevaba el «refajo» largo, de colores rojo o amarillo, con dibujos en negro. Estas cenefas, auténticas joyas visuales, se distribuyen horizontalmente a lo largo de toda la parte media-baja de la prenda y antiguamente estaban grabadas a fuego sobre la misma tela, que solía ser de paño. La parte de arriba se vestía con la «chambrá». Camisa delicadamente trabajada igual que el resto de las prendas anteriores y encima de ella se ponía un «pañuelo» rodando todo el pecho, considerado así vestimenta de diario. Con el «refajo», un «delantal», la «chambrá» y el «pañuelo» se estaba por casa, para cocinar, limpiar, bordar, etc.

Cuando se iba a salir a la calle, encima del refajo se ponían la «falda», que era larga hasta los pies y acababa por detrás con una ligera cola. Y en la parte superior, encima de la «chambrá», se ponía la «marinera», cuerpo de tela con distintos adornos, que junto a la «falda» hacían como un vestido. Todo esto ataviado con delicadas «tocas», creadas con fina lana e hilo de la época, adornadas con puntillas y bordados y de colores cruda o negra, según la ocasión. A todo esto, los días de más fiesta, hay que sumarle, pendientes de «pencholl», de coral, polcas, uvas, reloj y abanico con sus respectivas cadenas, agujas para sujetar las tocas, pañuelos agarrados al dedo con la sortija y un largo etcétera, que venía a complementar el ritual del vestido de las mujeres de aquellos tiempos, acabados con el peinado de ondas, de moños, de recogidos sujetos con horquillas, pinchos y rascamoños y de trenzas que llevaban las más jovencitas.

Quedan preguntas que contestar, incógnitas del porqué desde hace unos años se observan variaciones en el traje de chivana. Cuándo y por qué se sacó el refajo como prenda para lucirla en la calle, por qué se lleva corpiño en un traje que nunca lo ha llevado, etc. Me contaba Elisa en una ocasión que, antiguamente, los hombres se ponían de tertulia alrededor del abrevadero que había en la plaza, a nivel del suelo, que se usaba también como fuente. La razón no era otra que el poder ver los tobillos de las mozas, cuando tenían que inclinarse necesariamente para llenar los cántaros de agua. Este sería otro gran enigma; cuántos tobillos se vieron y si eran capaces, las mujeres, de semejante atrevimiento.

Desde Átame seguiremos estudiando, investigando y analizando, con el fin de reunir la suficiente información como para elaborar un libro monográfico sobre la historia de los trajes de chivana y de chivano, cuestión que creemos importante para la recuperación del patrimonio de Chiva.





Una tradición musical

Conocer, apreciar el patrimonio cultural y contribuir a su conservación y mejora debe ser entendido como un derecho de los pueblos. Rescatar del olvido una pieza musical o una costumbre es una manera de recuperar un pequeño fragmento de nuestro pasado, de nuestras señas de identidad y de nuestro acervo cultural. En agosto de 2010, conseguimos este objetivo: redescubrir una pieza de baile autóctona de nuestro pueblo, la denominada «Jota de Chiva».

No obstante, cualquier recuperación cultural no tiene ningún valor si no se profundiza en su descripción o en su contextualización. El objetivo de este artículo es describir ciertas costumbres populares relacionadas con los instrumentos de cuerda, en concreto la bandurria, el laúd y la guitarra; cuyo aprendizaje se realizaba mediante transmisión oral parte de una cultura musical que cubría, parcialmente, el tiempo de entretenimiento y ocio de la vida rural.

El pueblo Chiva ha sido un municipio agrícola que ha sufrido grandes altibajos en su economía y demografía. A comienzos de siglo XX su censo era de poco más de mil habitantes, pasando en 1950 a tener 4.500 habitantes. En la década de los años 70, se produce una reconversión económica hacia la industrialización triplicando su población. Es obvio que todos estos cambios socioeconómicos conllevan una serie de alteraciones en las costumbres, que van afectar a casi todos los ámbitos del municipio. Prueba de ello, es la desaparición de la enseñanza a través de la transmisión oral, que afecta, de modo evidente, a los instrumentos de pulso y púa, y que acabará por institucionalizarse en la orquesta pulso y púa «Villa de Chiva».

El modelo empleado para la transmisión oral de un corpus de piezas musicales, que a su vez llevaba al aprendizaje de estos instrumentos, era a través de la figura del maestro, mediante el proceso de imitación, se aprendía a tocar y memorizar un repertorio determinado. Esta manera de transmisión ya se practicaba en el siglo XIX, como describe un diario personal que pertenecía a un campanero de Chiva. Ciego, pero diestro en el laúd, se dedicaba, además de ser el campanero y manchador del órgano de la iglesia (órgano que fue destruido), a dar clases de instrumento de cuerda, cobrando cinco céntimos la clase. En el primer tercio del siglo XX, aparecen otros maestros como Barrera, Eduardo «Razón» o Silverio Aparicio, quienes transmiten y enseñan esta cultura musical.

Texto:

Francisco José Abellán

Ilustración:

Roberto Martínez

Título:

Jotica chivana

Página 22, 23

Recuperación de la jota chivana en el acto de presentación Átame 2010.

Fotos Roberto Martínez



A finales del siglo XIX y principios del XX los habitantes de Chiva tenían la costumbre de agruparse por collas. Dentro de estas collas o grupos de amigos, se realizaban bailes de carácter lúdico y/o privado. Nombres como Bernardo Corachán, Manuel Mora, Miguel Licer, Rafael Bonacho, Rafael Sierra, Vicente Tarín, entre muchos otros, se encargaban de amenizar estos bailes pues sabían tocar algún instrumento.

Podemos describir este acto como totalmente lúdico realizándose en las entradas de las casas. Se tomaban dulces, vino y otros alimentos más elaborados. Tenían un alto grado de socialización, momento propicio para fraternización entre amigos y familiares. Se cantaba y bailaba todo tipo de géneros: pasodobles, vals, polkas, mazurcas, piezas folklóricas... Pero lo más destacable era la capacidad creadora del colectivo, que les llevó a hacer piezas de baile autóctonas como son el «Vals de Nácher» o la «Jota de Chiva». Esta última, se caracteriza por el mestizaje de dos tipos de baile: por un lado las andas valencianas con un paso de baile corto y reposado; por otro lado recoge reminiscencias del paso aragonés, con movimientos vivos. En lo que respecta a la música, esta jota, es una pieza construida por medio de préstamos de otras melodías, concretamente de jotas aragonesas pudiéndose reconocer fácilmente secciones pertenecientes al «Sitio de Zaragoza» o «Viva Aragón». Desgraciadamente, hasta el momento, no ha podido recuperarse la letra, aunque algunos testimonios, que recuerdan esta jota, hablan de una letra con contenido picaresco. El hecho de hacer propias melodías ya creadas, demuestra el gran empleo de esta cultura musical en la vida cotidiana, constatando que los bailes no eran hechos esporádicos.

Tras la guerra civil, estos bailes en las casas cayeron en desuso y en los años 40, pasan a realizarse en la mutua donde los músicos eran grupos reducidos de tres a cuatro. Se llegó a crear un grupo estable denominado «La orquesta del tío Peregilo». Esta pseudo-institucionalización del sentimiento popular expresado en la música, y especialmente en la jota chivana, provocó el olvido tanto de esta como de otros modos de expresión como el mencionado musical como el «Vals de Nácher»

En 1950, el pueblo se llenó de gente no nacida en Chiva, lo que supuso ciertos cambios entre las relaciones de los habitantes. Al final de dicha década, con la desaparición de la mutua, comenzaron los guateques y con la llegada del tocadiscos, el baile, como expresión comunitaria, acabaría por desaparecer. Pero a su vez un nuevo evento, las rondas, tomaba más relevancia, llegando a su máximo esplendor en los años 60. La banda de música realizaba el concierto en la noche de San Juan, en la Plaza de la Báscula, y comenzaban las «Noches de Ronda». Consistían en cantar acompañados por instrumentos de cuerda a una persona determinada y al finalizar había un refrigerio. Cada vez tuvo más éxito pues pasó de ser una cosa espontánea a convertirse en un gran evento social. Según el «tío Moragón», que tocaba el laúd, pasaron de rondar a una casa a estar rondando tres a cuatro casas. Fue un acto muy requerido por sus ciudadanos, requerido para cualquier motivo: el día de despedida de soltero, aniversarios e incluso se hacían serenatas con un pretexto absurdo.

La industrialización del pueblo de Chiva supondrá la desaparición de las rondas; la extinción de una tradición musical de cuerda, de transmisión oral, que supo adaptarse a los diferentes cambios, pero que no tenía cabida en la nueva sociedad industrializada.





MUY LEAL HONRADA Y VALIENTE
·VILLA DE CHIVA·

·1833·

Un viaje por la costumbre, por el rito, por el mito

El pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no esté arraigada en sus costumbres e identificada con ellas. Mariano José De Larra

En Chiva, a lo largo de su historia se han ido creando, adoptando y adaptando tradiciones y costumbres de pueblos vecinos, de conquistadores o antecesores. Lo cultural es un continuo flujo de préstamos e intercambios de mitos, ritos y costumbres en todos los sentidos y en cualquier dirección, que el tiempo va conformando y convirtiendo en singular. Lo que en un pueblo vecino se convierte en tradición en otro es rechazado, lo asimilado por unos evoluciona de manera diferente en un pueblo próximo. El tronco común mediterráneo tiene infinidad de matices en sus hábitos y costumbres.

La nostalgia aparece ante la desaparición de actos rituales que nos contaron o vivimos en nuestra infancia. Nuestros antepasados expresaban sus sentimientos, sus pasiones de manera distinta a nosotros. Eventos, relatos, mitos y ceremonias cambian generación tras generación, la modernización. Y en la añoranza se esconde la sombra de búsqueda de una identidad personal y comunitaria. Costumbres perdidas y otras convertidas en tradición. Lo inmaterial, lo ritual, más perecedero, más obsoleto, desaparece, pero no sabemos el porqué ni el cómo. Fenómenos similares varían entre poblaciones vecinas y culturalmente muy próximas. Desconocemos cuántos y qué rituales han desaparecido, cuál era su significado, cuáles son realmente nuestros, o porqué han cambiando con el tiempo, desaparecido y aparecido otros nuevos. De muchos de los actuales no sabemos su verdadero origen, cómo se asumieron y adaptaron. Retrotraerse al pasado para descubrir el significado de determinados comportamientos, costumbres o ritos es recomendable para la comunidad, para que el sentimiento de nosotros unido por la cultura prevalezca sobre egoísmos individualistas o igualaciones universalistas.

La cultura no es algo estático, se crea y recrea a diario, y si el peso de la tradición impide cambios, esa tradición ya no es cultura. Cuesta entender qué tradiciones siguen siendo funcionales, cuáles han mutado su función y cuáles desaparecieron por no conservarlas. Lo que realmente planteamos es cuáles son las verdaderas necesidades del ser humano, biológicas, emocionales, necesidades materiales, psicológicas y culturales. Manipulando esas necesidades manipulamos la humanidad y mitificamos valores que con sus ritos tendrán la fuerza suficiente para su supervivencia y perpetuación.

Hoy se producen rápidas y profundas transformaciones de mecanismos sociales, culturales y políticos. Nuestro etnocentrismo occidental hace que nos sintamos activos participantes de un progreso, de una modernidad medida por la negación del pasado.

Texto:

José Luis López

Ilustración:

Josep Navarro

Título:

Rito

Página 26

Chivanas antiguas en tarde de Pascua. 1920.

Foto anónima.

Página 27

Tarde de Pascua. 1957.

Foto anónima.

Página 28

Torico en la bodega. 1965.

Foto anónima.

Página 29

Boda en Chiva. 1905.

Foto anónima.



No somos una tribu perdida del Amazonas que conserva su «pureza» natural, somos la vanguardia de la modernidad y por tanto negamos nuestro patrimonio intangible más allá de lo comerciable como souvenir. Nuestro recuerdo pasado, nuestros mitos de origen o creación, de muerte, de procreación ya no sirven para nada porque lo nuestro es lo global, lo auténtico, lo verdadero, lo moderno, el futuro. Nuestra identidad son estampitas, pines, camisetas con tópicos y símbolos irrelevantes más allá del marketing y de la manipulación emocional de los poderes. Este pensamiento pragmático mercantil va mermando la verdadera identidad incluyéndonos acríticamente en lo global, una fusión en lo universal desde una particularidad externa. Son precisas propuestas que intenten redescubrir lo propio más allá de adecuaciones folclóricas y de repeticiones de supuestos espectáculos tradicionales. En el XXI seguimos teniendo mitos sobre la muerte, sobre el amor, sobre el sexo o sobre el juego, mitos que se ritualizan y guían nuestra conducta. Nada tiene que ver la borrachera de la Fiesta de la cerveza de Berlín con la de los almuerzos del tórico, nada el sexo religioso de la India con el polvo acelerado en los baños de una discoteca, nada un velatorio cristiano en Chiva con el entierro festejado de un japonés. Lo cultural cambia más o menos rápido pero siempre está presente el vestigio del pasado, esos mitos, esos cuentos, fábulas e historias que generaron determinados rituales.

Somos conscientes de la pérdida de actos simbólicos y de la aparición de nuevos mitos sin saber por qué sucede. Conocemos la Historia y desconocemos la vida cotidiana de aquellos que compartieron antes que nosotros un entorno similar y lo adaptaron, los que con sus materiales, obras, sueños, cuentos y juegos han conformado nuestro presente. Qué comían, vestían, cómo trabajaban, en qué creían, cómo cambiaban su forma de pensar, es lo realmente interesante de nuestra historia más allá de días señalados o fechas conmemorativas.

¿Podríamos hablar de Chiva y los chivanos sin su pasado Morisco, sin su Señorío, sin sus batallas carlistas, sin su apuesta republicana, sin su guerra civil, sin su poblado ibero, sin su castillo, sin sus restos romanos o los movimientos migratorios?, ¿podríamos hablar de Chiva y los chivanos sin hacerlo de sus «garroferas», sus montañas, sus cuevas o sus fuentes?, ¿podríamos hablar de cualquier pueblo o ciudad sin nombrar sus costumbres, sus juegos, sus rituales y sus mitos? No es posible. La identidad consiste en saber como todo ello se asimiló, cómo se adaptó, cómo ha dejado su impronta en generaciones posteriores y cómo ha ido evolucionando. Es posible que la identidad personal, unida a la comunitaria tenga algo que ver con eso que Jung llamó el inconsciente colectivo, substrato simbólico común a todas las personas que han vivido entre estos parajes y que nos han formado, conformado y transformado. La conversión urbana, los medios de comunicación y manipulación masiva, el dominio de lo económico, han golpeado inexorablemente tradiciones precapitalistas, ritos ligados a lo natural, costumbres locales de gran riqueza cultural. La «modernidad» se señala como el factor fundamental en la desaparición de identidades locales, pero ¿es realmente necesario este tipo de desarrollo? No hablo de rescatar un pasado folclórico, manipulado y utilizado emocionalmente por el poder, sino de redescubrir costumbres, ceremonias o juegos de calle que formaron parte de nuestro pasado para revelar su por qué, y si las nuevas generaciones lo consideran interesante, rescatarlas



Retrotraerse al pasado para descubrir el significado de determinados comportamientos, costumbres o ritos es recomendable para la comunidad, para que el sentimiento de nosotros unido por la cultura prevalezca sobre egoísmos individualistas o igualaciones universalistas



**La «modernidad»
se señala
como el factor
fundamental en
la desaparición
de identidades
locales, pero
¿es realmente
necesario este tipo
de desarrollo?**

para nuestro acervo actual. No llevar plumas como los indios de Hollywood no significa que no tengamos expresiones culturales propias que debamos enseñar y difundir a nuestros menores. Quizá el conocerlas haga en los jóvenes encontrar una identidad más humana y tolerante superando los modelos televisivos globales, los héroes de videojuegos y las modas yankees made in Taiwan.

El pasado siglo fue de transiciones rápidas. En Chiva aún hay testimonios vivos de gente que ha visto y oído que en épocas con escaso desarrollo industrial se daba una mayor importancia a los rituales comunitarios. La necesidad de mayores trabajos colectivos en el campo, de la necesaria ayuda mutua y de mayores niveles de autoconsumo producía en la sociedad unos ritos característicos, festejos comunes ligados a cosechas, casamientos, velatorios o catástrofes que simbolizaban estas situaciones de manera grupal. La llegada de la maquinaria, la química productiva, la especialización y el comercio masivo produjo la pérdida de la función y la desaparición de costumbres que sería bueno reconocer y saber qué significaban en sus practicantes, pues ellas pueden ser el origen de lo que ahora es una nueva búsqueda de identidad en ese proceso de «desidentificación» acuciante. La identidad supranacional, internacionalista, que propugnan filósofos como Habermas es una apuesta optimista por la igualdad de los seres humanos, sean de la cultura que sean, pero los que piensan que lo propio debe disgregarse en lo global, que reflexionen sobre si ese global es un compendio de lo común humano o no es más que otro particular manipulado en la fusión por los poderosos y ajeno a lo nuestro. La identificación en lo supracomunitario puede producir infelicidad. Hoy la comunidad, la unión entre prójimos próximos, parece estar muriendo. Hasta hace poco la mayoría de los juegos eran actividades colectivas en las que las relaciones culturales y vitales eran fundamentales. Recuperar este espíritu, estos ritos, es fundamental para el desarrollo no sólo del bienestar económico sino del personal y colectivo, de la felicidad de tener una identidad propia individual, grupal y universal. No sólo fiestas como el torico son un reflejo del quehacer comunitario sino también esos juegos pascueros, esos cánticos o danzas, esas rondas o coplas, esas comidas, esos duelos o funerales. Esas celebraciones persistentes, cambiadas o desaparecidas, son un patrimonio colectivo que además de informar sobre cómo era la vida en el pasado nos dan las claves de una simbología cultural propia y nos pueden llevar a descubrir el porqué ritos ajenos nos invaden y anulan o modifican los nuestros, por qué unas costumbres perviven y otras no, y sobre todo las claves para que el futuro de nuestros conciudadanos no esté huérfano de un acervo cultural propio. ¿Serían iguales las obras de nuestros artistas si hubieran nacido o vivido en otro lugar del mundo, si hubieran jugado a otros juegos, si hubieran oído otras leyendas, si se hubieran guiado por otros mitos?

Por ello solicito que se profundice en esas tradiciones perdidas, que aportemos lo que sepamos sobre cosas que oímos, vimos en nuestras casas o vivimos y que ya no están o han cambiado: comidas, liturgias, celebraciones, dichos, historias orales, anécdotas, utensilios etc. Quizás entre todos podamos reencontrar una significación simbólica que nos llene en algo más que lo meramente económico y nos permita transferir un pasado real a nuestros descendientes que les ofrezca seguridad para seguir creando, para seguir haciendo de la cultura algo dinámico y adaptativo, para elevar la autoestima, el orgullo positivo y evitar la depresión de la pérdida de identidad.





HISTORIA

El Torico y La Tarara

Desde tiempo inmemorial el Torico se ha corrido los días 17, 18 y 19 de agosto, sólo en muy puntuales ocasiones este festejo popular se ha celebrado fuera de estas fechas. Todos recordamos que por sus valores simbólicos, por ser la costumbre más representativa de la villa, fue el elemento clave en la V Semana Cultural que celebró en diciembre de 1984 el Ayuntamiento, en colaboración con la Generalitat y que en otro número pasaremos a analizar más detenidamente, dada la trascendencia que tuvo este especial reconocimiento. Asimismo, por su componente festivo, este ritual ya había sido incluido en algún evento conmemorativo, por ejemplo, hubo torico en otro hecho de diferente signo: la celebración del 25 aniversario de la victoria franquista, en abril de 1964. Ya en el mismo mes, pero dos años antes, se había dado otra de estas contadísimas ocasiones en las que el torico tomaba el pueblo fuera de sus datas habituales, fue en las Pascuas de 1962. Así, el día 29, víspera de San Vicente, se celebró este curioso acontecimiento, esta vez organizado por la clavaría de la Virgen y que hacía coincidir en el tiempo dos de nuestras fiestas más emblemáticas. Se celebrarían dos carreras, y tres fueron los toros que se ataron (dos de media casta y uno de ganadería brava) y cuyos nombres eran «Galante», «Verdulero» y «Azuceno». Los tres eran propiedad del pueblo y se corrieron en calidad de prueba, resultando unas carreras trepidantes (1).

De esta forma, a la multitud de gente de toda la comarca que acudía tradicionalmente la Mañanica de pascua para saludar a su patrona, sucedió el aluvión de personas que asistieron, también en procesión, para correr el Torico al olor de la pólvora y la alfábega. Al ruido de la «mascletá» siguió el de las carcasas. La emocionante carrera de la traca por la calle mayor se prolongó con la carrera desenfrenada con el astado. Los juegos de las tardes de pascua se enlazaron con el periódico y ansiado juego con el animal idolatrado; el «corro Manolo» con la «Torrá», el «Churro va» con «las Torres».... Tras agarrar la cuerda que eleva el «cachirulo» se agarró la que impulsa a la «badana». A la «mona», que realizaban las madres en el horno de leña, siguió la «dosetica». El sonido de la entrañable acordeón que acompañaba cada peña, en cada carro, se fusionó con el de la dulzaina agostera. La Tarara se mezcló con la Mutxaranga, en esta experiencia extraordinaria. El verano llegó este año en primavera.

Texto:

Rafael Gómez Fayos

Página 30

Torico en Vista Alegre en el día de San Vicente. 1962.
Foto Vicente Burriel.

Página 31

Torico en el Paseo de la Argentina en el día de San Vicente. 1962
Foto Vicente Burriel.





Tradición en contacto

El Toro de Cuerda es una modalidad de festejo taurino ampliamente difundido por la Península Ibérica que hunde sus orígenes en la sociedad tradicional. Efectivamente, hay referencias que se prolongan en el tiempo hasta el siglo XII, y numerosos documentos que apuntan a su extendida difusión en los siglos XVI, XVII y XVIII. De hecho, el Toro de la Cuerda se corría por una serie de razones inherentes al propio funcionamiento de la sociedad estamental, como bodas reales, ordenaciones sacerdotales, visitas reales y nobiliarias, traslados ganaderos y celebraciones religiosas y festivas. Aunque no siempre estas manifestaciones contaron con el beneplácito de las autoridades, y al respecto proliferaron algunas prohibiciones, especialmente a partir de la Ilustración, la costumbre se mantuvo bien arraigada en los pueblos, llegando con gran vigor a los tiempos de la modernidad.

Este fue el caso de Chiva, pero también el de otras poblaciones distribuidas por numerosas tierras de España, como Andalucía, Castilla-La Mancha, Castilla-León, Navarra, País Vasco, La Rioja, Cataluña, Aragón y Galicia, además de algunas localidades portuguesas. Pese a las diversas denominaciones que la práctica recibe en cada zona, y a las variedades de la costumbre, perviven una serie de elementos comunes, que giran alrededor de la relación de riesgo que se establece entre hombre y toro, y que por otra parte impregnan las diversas manifestaciones de la tauromaquia, desde las más formalizadas a las más populares. Con todo, a lo largo de los siglos cada localidad ha ido introduciendo sus propias peculiaridades y singularidades en su forma de correr los toros, del mismo modo que podemos advertir la diversidad de formas de proceder a las procesiones de Viernes Santo, la quema de peleles, las burlas de Carnaval, las tamborradas de Semana Santa, las bromas de los Santos Inocentes o las celebraciones florales de la fiesta de la primavera. En todos estos rituales de arraigo tradicional existen unos elementos comunes y compartidos pero también diversas variantes del mismo tema.

De este modo, e igual que en los valles vascos cada subdialecto del euskera manifestaba sensibles diferencias con los de los vecinos hasta la implantación del euskera moderno estándar, especialmente forjado a través de la educación universal pública y los medios de comunicación, las variadas muestras de una misma fiesta han ido cediendo a un cierto proceso de homogeneización y mutua contami-

Texto:

Gil Manuel
Hernández i Martí
*Universitat de
València*

Ilustraciones

Aldo Iacobelli

Títulos:

Retinto albarbado,
capirote, lavado o
destenyido por la
frente, bociclaro,
aldinegro, bragado,
meano (pág. 32)

Berrendo en negro,
peso en vivo 550
kilos y 347 en canal
(pág. 35)

Página 34

Torico en Calle

Pascual Piquer. 1960

Foto Vicente Burriel



nación. Dicha circunstancia, con todo, es propia de la modernidad que de la tradición. Y ello es así porque con el avance de los procesos de destradicionalización, de industrialización y de urbanización, en definitiva, con el vertiginoso avance de las fuerzas de la modernidad, la mayor parte de las tradiciones desaparecen y aquellas que perviven lo hacen a costa de integrarse y adaptarse a los ritmos y exigencias de la modernidad. En el caso de las fiestas estas exigencias se asocian a la necesidad de tener un reconocimiento mediático, una formalización asociativa, una racionalización organizativa, una promoción turística y una conversión de la costumbre ancestral en patrimonio cultural oficialmente reconocido y salvaguardado, especialmente por parte de las instituciones públicas.

A causa de la modernización de las tradiciones ésas no solo son desgajadas de la sociedad tradicional que les dio sentido, al desintegrarse tanto sus estructuras socio-económicas como sus sentidos culturales, sino que se ven sometidas a un proceso de reconversión en neotradiciones modernizadas al servicio del turismo, la promoción de la identidad y la indagación antropológica. Y uno de los peajes a pagar en dicha reconversión, que asegura su visibilidad y salvaguarda, es el contacto con otras tradiciones que también están corriendo la misma suerte, lo que lleva directamente a una especie de homogeneización ritual que puede acarrear la pérdida o laminación de las peculiaridades locales.

Este hecho se advierte claramente en no pocas manifestaciones festivas, los Toros de Cuerda incluidos. Así, el hecho de haberse potenciado una Ruta del Tambor del Bajo Aragón ha hecho que las diversas tamborradas bajoaragonesas se parezcan cada vez más y se hayan contaminado mutuamente con sus antiguos elementos distintivos, e incluso ha hecho posible su exportación a zonas que jamás las conocieron y donde rápidamente han arraigado. Así sucede también con las fiestas de Carnaval (hay hoy elementos del carnaval brasileño en muchas fiestas españolas) o con las torres humanas catalanas y valencianas, entre otros ejemplos. En los toros tampoco es diferente. Ello lo demuestra el hecho de que desde 2002 se celebran Congresos del Toro de Cuerda a lo largo y ancho del territorio español, o todavía es más visible en el hecho de que en 2007 se creara la Asociación Nacional del Toro de Cuerda, igual que se han formado asociaciones o federaciones similares entre las cofradías de Jesús de Medinaceli, los grupos de entusiastas de la pólvora, las comparsas de Moros y Cristianos, las colles de castellers catalanas o las colles de dimonis valencianas. En el caso del Toro de la Cuerda, su Asociación nace, como reza su propia declaración oficial, con la finalidad de «agrupar a todos los pueblos que practican este festejo y promover cuantas acciones contribuyan a su conservación y promoción».

De entrada, observemos que aunque el Toro de Cuerda se celebra ampliamente en España solo son siete las poblaciones asociadas: tres de la Comunidad Valenciana (Ontinyent, Chiva y Alquerías de Santa Bàrbara de Borriana), tres más de Andalucía (Beas de Segura, en Jaén; Grazalema, en Cádiz; y Carcabuey, en Córdoba) y una en Castilla-León (Benavente, en Zamora). Las asociaciones de esta índole, un poco

a imitación de las federaciones deportivas, implican una tarea de formalización, organización, colaboración, intercambio regular de experiencias, reglamentación y visibilidad mediática, hasta el punto de que las sedes de los diversos congresos se eligen como las sedes de los eventos deportivos. Como consecuencia, es difícil evitar la mutua contaminación de elementos propios y la progresiva disolución de los aspectos absolutamente singulares de cada celebración.

Dicho de otro modo, para mantener fuerte el Toro de la Cuerda hace falta unión, comunicación y coordinación, pero inevitablemente ello sucede a costa de la importación de aspectos externos, de la exportación de algunos aspectos internos y de cierta homogeneización difusa en el propio universo de la celebración festiva, que va también perdiendo la especificidad ligada a determinada fecha para conformar un calendario estandarizado de festejos taurinos de cuerda, a modo de liga deportiva, por la que irán desfilando los aficionados al festejo o «evento», como se dice ahora. Que se organicen ferias y expositores sobre esta costumbre taurina popular solo es una derivación previsible, dados los intereses turísticos que se asocian a la singularidad del patrimonio etnológico festivo. Ese es contrapeso de la vitalidad que logran las tradiciones en estrecho contacto: sobreviven y perduran pero a cambio de mezclarse y reorganizarse. Una condición de hibridación cultural por otra parte muy propia de la modernidad avanzada y globalizada, de la que ninguna tradición popular destacada está actualmente en condiciones de escapar.





Edades y recuerdos

Poesía: Ernesto Navarro Yuste | **Foto:** Torico en casa Malea. 1958 (foto anónima)

El Sol rompió la noche deprisa...
porque tenía prisa de ver salir el toro.
El Sol es puntual, como el gallo en su canto,
como la carcasa.
Como puntual me parieron, atado a una
cuerda de ensueño, festoneada de toro,
badana, falleba y un pueblo. Viento de agosto
que trae, a Chiva fiesta y cosechas.
Y suena jarana y jolgorio y hay albás,
y vino y «rosquilletas».
Higos, anís y mistela,
¡¡Que corra la bota!!
¡¡Que corra la alegría, por doquiera!!.
Dejad la tristeza y la pena,
juntas..., solas... arrinconadas.
Encerrad el llanto y soltar a la risa.
Que hoy hay ronda y baile y amores,
y mañana habrá monte y Sol,
hambre y polvo en la tierra.

Joven que corre, hombre que ama,
mujer que sufre y madre que pena.
Verdadero amor que en el alma suena
y, al sentimiento llama.

¡¡No llore madre!!,
¡¡No cavile, que no pasa nada!!.
Que el toro es la osadía del joven
y el espíritu del que ama.
Que yo ando protegido,
que usted le reza con toda el alma,
a la de Agosto, a San Roque
y a la que haga falta.

¡Me cago en mi estampa si no me llevo el toro!.
Que mi madre me espera,
y mi mujer y mis hijos

y también mi historia.
En un balcón de mi casa,
en un rincón de sus almas,
donde rezan a rebato y a gloria.
¡¡ ¡Y aquí mismo mi navaja corta de un tajo
el deshonor de mi persona.
Y me llevo la cuerda y a quien
delante se ponga!!!.

Sale le toro, corre el hombre.
Se me desangra el alma y el corazón encogido,
de recuerdos, de juventud, de delirio.
¡Hay si pudiera de joven volver a vivir lo vivido!

La vida que pasa, y el espíritu queda,
y escarba en la herida de las edades,
con nostalgias desenfrenadas.
Porque el alma se enquistaba y ya no duele,
sino que duele la vida,
lo vivido, que viven otros ahora,
Y yo que por delante voy..., me aparto
a dejar continuar con la historia.

Ven, siéntate aquí conmigo, chiquilla,
ven, a la albura de la ventana.
Ven y veremos el toro,
que nos traen tus nietos, en esta mañana.

Que ya podemos partir tranquilos
tú y yo de la mano, ¡¡guapa!!.
Y nuestras almas... como nacimos,
a una cuerda amarradas,
festoneada de toro, falleba y badana.

Mira... mira como huelen
a toro y a cuerda,
los recuerdos de Chiva.



correbousculturatrocidadresp
oricochivanimalismofiestrad
ómoralibertadrespeterancia
bousalcarrersufrimientoroarte

Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...: argumentarios

Pongamos las nuestras a remojar. Hará ahora poco más de un año el Parlament Català aprobó la prohibición o la abolición, no conozco con exactitud los términos, de la fiesta de los toros en su ámbito territorial. De los toros de plaza, habría que puntualizar. Antes ya lo había hecho Canarias, por cierto; y no levantó ni mucho menos las encendidas polémicas y el alboroto mediático que se suscitó en Cataluña: la enfermedad patriótica posee muchas caras, pero algunas de ellas logran pasar casi inadvertidas. Pero bueno, no es esto último el asunto que nos ocupa.

El asunto que nos ocupa y nos preocupa tiene que ver con la progresiva irrupción, extensión y paulatina sedimentación de nuevos valores sociales. Es un hecho inevitable, incluso higiénico, que las sociedades cambien, y algunos cambios sociales importantes tienen que ver con la forma en que esas sociedades perciben e interpretan las cosas. Lo que hoy nos puede resultar intolerable pudo ser normal no mucho tiempo atrás. Ejemplos encontraríamos de esto por doquier a poco que nos pusiésemos a pensar y recordar. Y tengo la impresión de que uno de esos nuevos valores acabará por imponerse y nos obligará en un futuro no muy lejano a revisar la percepción y también la relación que tienen los seres humanos con el resto de animales. A esta manera de entender ese vínculo animal-persona se le ha bautizado con el concepto de animalismo, y podría calificarse como una excrecencia más o menos dogmática y más o menos racional de un cierto ecologismo que puede llegar a acoger en su seno ciertas formas de misticismo cercanas a las creencias religiosas. ¿Y dónde queda Chiva o el Torico? Ahora vamos. Desde esta ideología (se utiliza aquí el término ideología en un sentido poco riguroso con ciertas tradiciones filosóficas) animalista cualquier fiesta, tradición o espectáculo donde se ocasione algún tipo de daño, tortura o sufrimiento a un animal es absolutamente inadmisibles. Ese es el valor en auge, el que avanza y se propaga. Y me temo que Chiva y su fiesta acabarán más tarde o más temprano en el punto de mira de estos movimientos. No creo que sea algo inminente, pero sí creo que es algo inevitable. Lo de Cataluña es el principio de una travesía, y el final de la misma será la desaparición total de toda fiesta donde el toro sea el eje sobre el que se vertebra el acontecimiento. Al menos de todas aquellas donde se cause sufrimiento gratuito

Texto:

Enrique Piquer

Ilustración:

Francisco Cabero

Título:

¿Tortura animal?

Página 40

Torico en la Plaza de la Constitución. 1920 aprox.

Foto anónima.

Página 41

Torico en el Paseo de San Isidro. 1962

Foto anónima.

Página 43

Torico en la puerta.

Foto Fernando

López



**Y tengo la
impresión de que
uno de esos nuevos
valores acabará
por imponerse y
nos obligará en
un futuro no muy
lejano a revisar
la percepción
y también la
relación que tienen
los seres humanos
con el resto de
animales**

al auténtico protagonista del evento, en este caso el toro. El objetivo de cualquier cruzada es la conversión o la desaparición del hereje. El proceso en Cataluña me pareció irrefutable, porque en él todo el mundo (con opiniones más o menos formadas y fundamentadas) tuvo la oportunidad de exponer y defender sus argumentos a favor o en contra para que después los legítimos representantes del pueblo decidiesen con el voto. Lo que aquí pretendo es echar un vistazo somero a esos argumentos y a sus debilidades, para que cuando le toque a Chiva defender su Torico (los razonamientos no serán muy distintos en un caso y en otro) cuente con el mayor peso posible a la hora de preservar lo que desde mi particular punto de vista es una fiesta digna de ser salvaguardada. Tengo claro que existen muy notables diferencias entre los toros de plaza y el Torico de Cuerda; la primera y fundamental es que en la plaza el festejo concluye con el sacrificio del animal y la fiesta chivana no es más que, como bien ya se señaló en esta publicación en el año pasado, un juego donde el toro recibe (ahora) un trato respetuoso. Y entre la muerte y el entretenimiento media un gran trecho. Pero debe recordarse también que los correbous fueron señalados, sobre todo por los más beligerantes e intransigentes «ecomisticistas» catalanes (los del resto del Estado español no son muy distintos) como una tradición a expurgar: y con todas las diferencias y matices, que las hay y los hay, el Torico de Cuerda de Chiva es una de las formas que en la Comunidad Valenciana adoptan los bous al carrer, hermanos o primos lejanos de esos correbous típicos de la provincia de Tarragona.

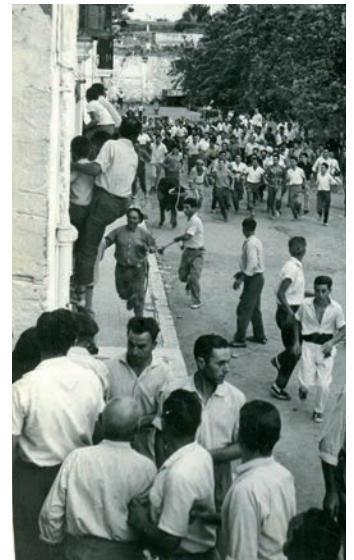
Empezamos esta empresa, pues, por aquellos argumentos que por su falta de consistencia no deberíamos utilizar. El primero, el más recurrente y utilizado, es el recurso a la tradición como fuente de legitimación. Decir de algo, del Torico de Chiva o de lo que sea, que debe ser protegido por el mero hecho de que se ha repetido a lo largo de un tiempo mayor o menor, no es decir nada acerca de su conveniencia ni mucho menos de su supuesta moralidad. Este es un argumento de muy poco vuelo. Con todas las reservas que hay que tener con las analogías (que son muchas porque nunca dos cosas son exactamente iguales), pensemos en todas las barbaridades que se han perpetrado en nombre de la tradición: tirar una cabra de un campanario, por ejemplo, o alancear hasta la muerte a un toro en Tordesillas. La tradición no da, ni quita, por supuesto, corteza moral a los hechos. Si así fuese, podría utilizarse para justificar cualquier tipo de atrocidad: se lapidan mujeres infieles (a sus maridos) porque la tradición, la cultura o la religión así la ha ordenado siempre.

Tampoco valdría el argumento de que si no fuera por las corridas de toros o por las diversas fiestas y modalidades tauromáquicas, el toro, como especie, acabaría por desaparecer. Posiblemente sea cierto. Pero si lo que ocurre en los cosos o en esas distintas formas de jugar con los toros articuladas en un sinfín de variantes y modalidades supusiera algún tipo de crueldad –que me temo que así es en muchas– la pregunta pertinente sería si esa preservación de la especie es valiosa, si es correcto y humano criar a un animal para luego torturarlo.

En esta línea de reparos no me resultan convincentes esos argumentos que dirigen sus dardos hacia supuestos liberticidios. Prohibir los toros, o las fiestas con ellos, donde se encontraría el Torico de Chiva, dirían ellos, los defensores de la libertad, es una forma de coartar la autonomía de aquellos que disfrutaban de esas fiestas. ¿Hemos de permitir, siguiendo el razonamiento, cualquier cosa que haga cualquier individuo para no restringir su libertad y convertirnos en perversos censores? ¿Diríamos que es un acto liberticida prohibir una violación en público, o es, por el contrario una obligación perseguir una brutalidad semejante?

Por último, y sin agotar todos los argumentos que no podemos utilizar para defender el Torico, estaría otro clásico muy recurrente: el argumento de que los toros son un arte. Sin duda es cierto. Hay más verdad y profundidad estética (a veces) en una buena faena que en toda la obra de Andy Warhol, toda la filmografía de Almodóvar (a éste, al menos, le debemos el título de la publicación) o las sandeces y extravagancias de muchos modernos que a falta de poder ofrecernos algo interesante, sugestivo o expresivo sólo les queda creatividad hueca o novedad estéril que mostrar. Ahora bien, que algo sea etiquetado como arte o que de algo se diga que posee cualidades estéticas no le confiere a ese algo estatus superior alguno ni ningún valor especial. El buen arte podría, perfectamente, ser moralmente inaceptable, o brutal y bárbaro, o inhumano y salvaje. Supongo que en la Roma imperial habría algún Joaquín Vidal que veía todo lo que este excelente cronista taurino veía, cuando lo veía, que eran pocas veces, en los marciales enfrentamientos de gladiadores, incluso en la ingesta de cristianos por parte de las fieras. El arte y la belleza tampoco justifican nada, le pese a quien le pese, sea éste T. de Quincey o A. Hitchcock.

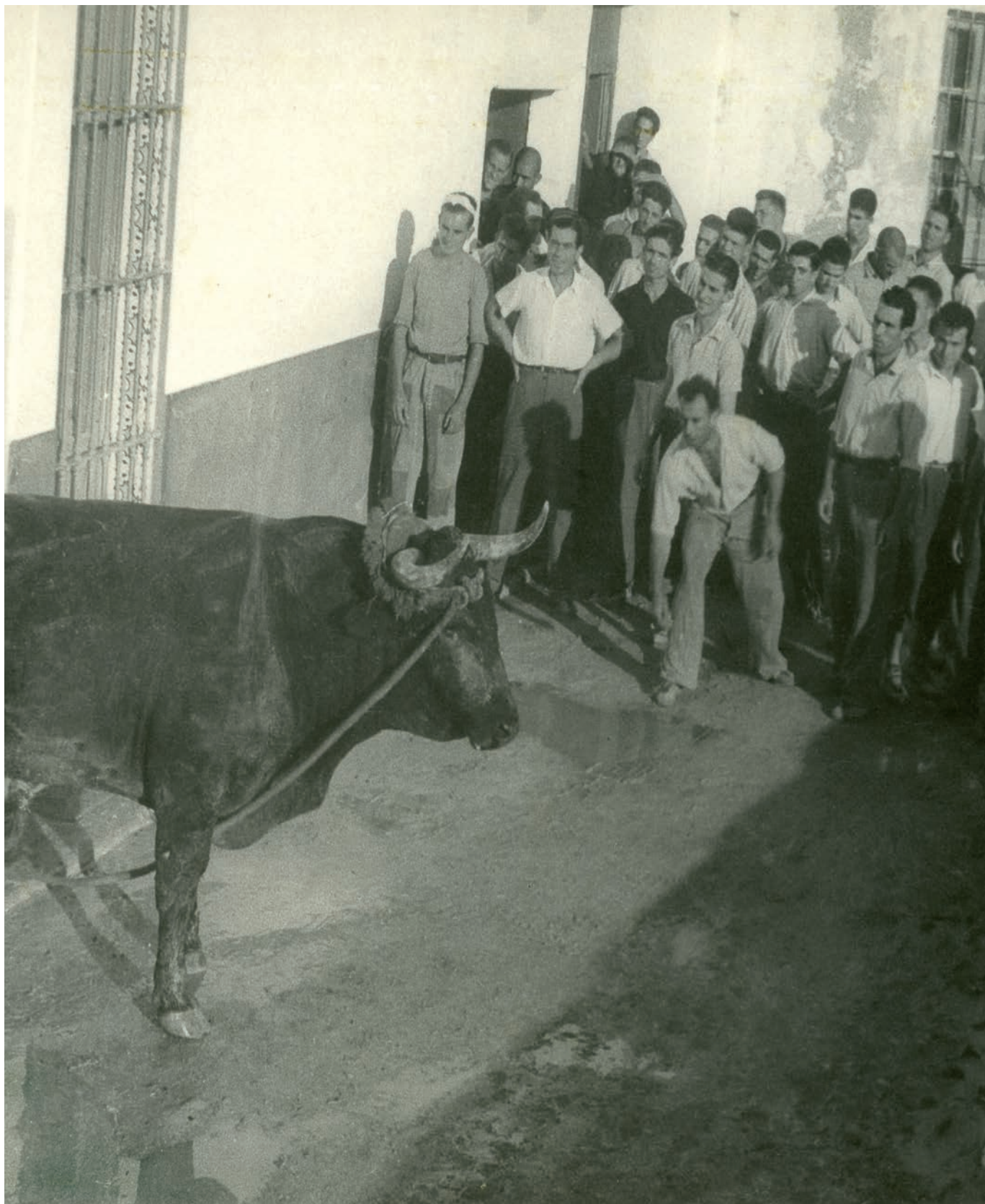
Despejados, espero, los caminos que hay que tratar de evitar, vayamos ahora a ciertas aclaraciones que me parecen absolutamente necesarias para intentar proteger el asunto que nos importa: el Torico de la Cuerda. La primera tiene que ver con los supuestos derechos de los animales, tópico cada vez más extendido pero siempre igual de falso. Quien quiera más profundidad sobre el tema que lea a Sava-ter, a Adela Cortina o que pregunte a cualquier hombre (o mujer) de leyes. Pero que quede algo claro: los únicos derechos de que gozan los animales son aquellos que las legislaciones les reconocen, pero si se quiere afirmar que esos derechos son exactamente iguales o los mismos que posee un ser humano incurriremos en una falacia (otra más) que sólo contribuirá a enredar más las cosas. Las personas los poseemos por el mero hecho de ser personas, por tanto se nos reconocen; a los cerdos, los bacilos de Koch, los perros, las tarántulas o los toros somos nosotros quienes se los concedemos. Para hablar de derechos hay que referirse a cuestiones como la autorreflexión, la autoconciencia o la responsabilidad, y ninguna de ellas tiene fácil encaje en el comportamiento animal. Por el momento ningún animal parece tener la capacidad para reconocer qué es un derecho y que esos derechos son los que sostienen una vida digna. Por tanto, en nuestra relación con los animales no podremos utilizar al tuntún nociones como moral (y menos aún ética), porque

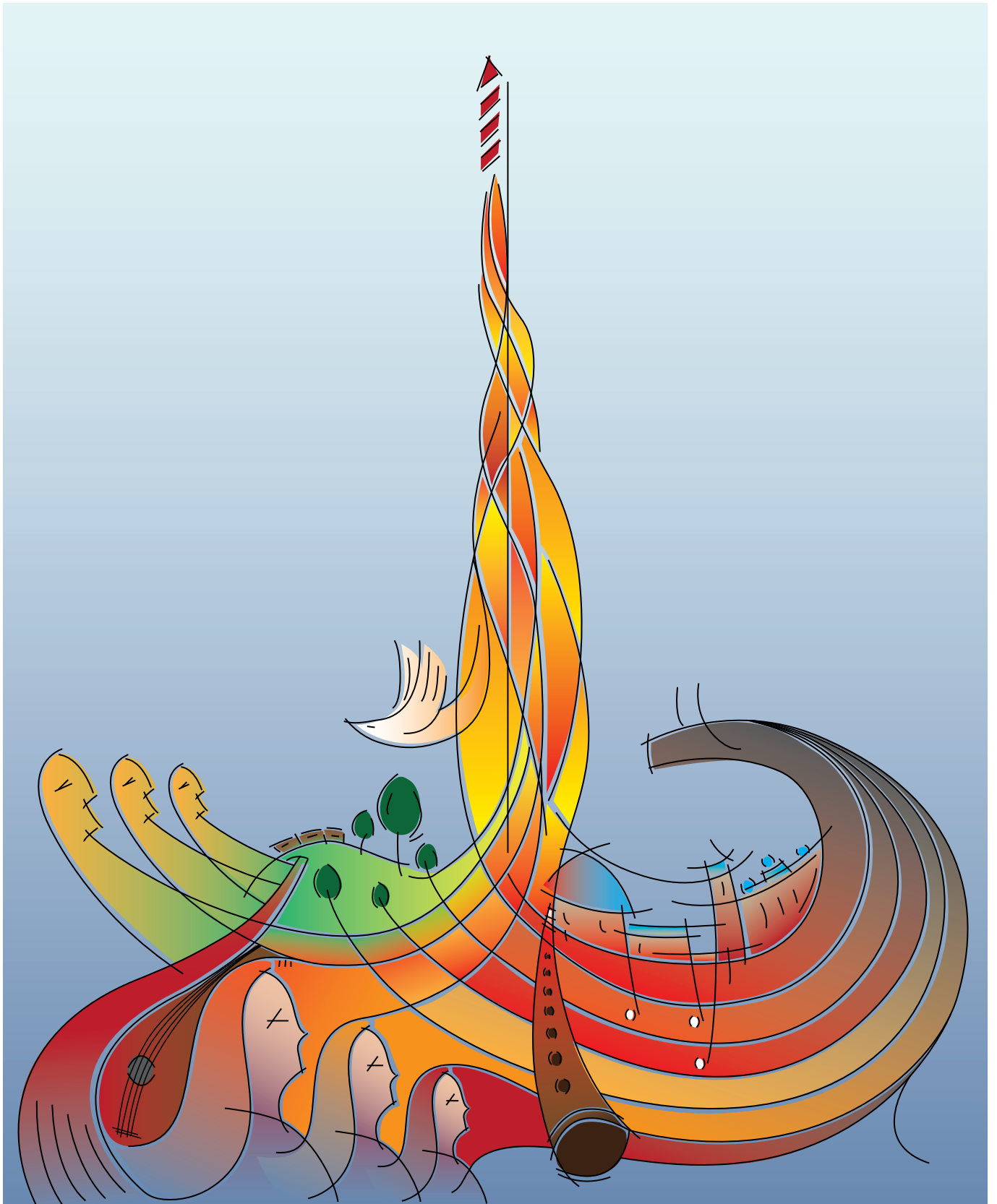


¿Hemos de permitir, siguiendo el razonamiento, cualquier cosa que haga cualquier individuo para no restringir su libertad y convertirnos en perversos censores?

Con un animal se puede ser compasivo, y si se es o no se es eso dirá mucho de nuestra talla humana, pero con una persona tengo contraídas obligaciones morales.

aquella queda restringida a nuestras relaciones con otros seres humanos y en absoluto a nuestra relación con el resto del orden natural. Con un animal se puede ser compasivo, y si se es o no se es eso dirá mucho de nuestra talla humana, pero con una persona tengo contraídas obligaciones morales. Y esto último parece que a ciertos animalistas ecomísticos les cuesta de entender o de reconocer. Aún así, estaría muy de acuerdo con un cierto animalismo sosegado y razonable que denunciase el maltrato cruel e injustificado contra los animales. Que nuestra relación con ellos sea de índole distinta a la que mantenemos con el resto de personas no nos autoriza a torturarlos innecesariamente. Y aquí es donde radica, a mi entender, el meollo de todo este asunto. ¿Lo que ocurre en Chiva a mediados de agosto es un acto de crueldad que encierra de una forma u otra algún grado de tortura animal? Si la respuesta a esta pregunta es sí, la fiesta del Torico de Chiva está condenada y muy poco se podrá argumentar a su favor. Pero si la respuesta es no, que es la que yo particularmente creo, puede que aún quede alguna esperanza racional de defensa. Los que apuesten por el sí sepan que hilan muy fino, que se ponen de una exquisitez de salón de té que nos puede llevar a peligrosos pantanos. ¿Verían ellos en cualquier manifestación ecuestre o en una carrera de obstáculos (Grand Nacional) o en un concurso de canto de jilgueros o canarios (pobres pajarillos encerrados ellos en diminutas celdas para deleitarnos los oídos) muestras de inhumana crueldad? La lista se podía hacer interminable. Estoy seguro que el animalismo más beligerante verá en todas ellas muestras reprobables contra las que hay que luchar. Que lo hagan si así lo creen. Esa es la esencia de la libertad y la tolerancia que debe sustentar un sistema democrático. Pero que sepan que su misticismo se levanta sobre creencias; y sobre creencias hay poco que discutir: sobre aquello que no puede ser ni verdadero ni falso (creencia) no merece la pena polemizar y es inútil la discusión racional. Estoy convencido, y hablo con la perspectiva que ya dan bastantes años, que el Torico de Chiva no es un festejo donde de forma gratuita se dañe de manera cruel a los toros, a no ser, como ya he explicado líneas arriba, que nos la cojamos con papel de fumar. Sí lo fue no hace demasiado tiempo; cualquiera que se lo proponga y tenga años para ello lo podrá recordar, incluso podrá recordar la cara de alguno de los torturadores oficiales, ahora ya viejos y demacrados, sino desaparecidos. Pero hay que reconocer que es éste uno de los aspectos donde la fiesta del Torico muestra de manera más evidente que ha cambiado, que ha sabido discurrir con los tiempos. Existe en la actualidad, afortunadamente, un respeto hacia los animales por la mayoría de los asistentes que debe convertirse en nuestro mejor aval y en nuestra mejor argumentación. Si aún así los apologetas animalistas no cejan, sólo una última cosa: en esta vida cada uno escoge la religión que más le satisface y más le llena, ellos optaron por la suya y yo, puestos a llevar las cosas al callejón sin salida de una discusión sobre qué religión es mejor o más verdadera, por la mía, que creo que ha quedado muy clara cual es: esperar que suene una carcasa cada mañana del diecisiete de agosto.





Fiesta del torico en Chiva

Texto: Alberto Álvarez de Cienfuegos Cobos | **Ilustración:** Marc Granell | **Título:** Cienfuegos | **Foto (pág. 46):** Kike Sempere

Comienza cuando a la grupa
azul de la madrugada
cabalgan las campanillas
resplandecientes del alba.

Todo es silencio a esa hora
virginal de la mañana
en que la vida se inunda
con resplandores de nácar.

El aroma de la huerta,
manejo de mil fragancias
es pregón de manso deje
que hasta el cielo se levanta
buscando fundir su aliento
con el de la mar cercana.

No existe rumor ni trino,
ni se estremece una rama,
y apagado es el bullir
de las cantarinas aguas.

El firmamento un espejo
pulido de fina plata,
se extiende como un pañuelo
sobre la villa, que aguarda,
con el corazón alerta
y un vago temblor del alma,

los primeros resplandores
de un sol que en sus oros traiga
presagios de sangre ardiente
a sus calles encaladas.

Pero aunque todo es reposo,
aunque ni copla o guitarra,
murmullo, risa, suspiro,
verso, trino, voz airada
quebrante el maleficio
en que la espera se inflama,
hay unos ojos que acechan,
un pulso que se dispara
y un ímpetu que no logran
frenar tras de sus ventanas
los que a cada instante esperan
la explosión de la carcasa
anunciadora de algo
que les muerde y atenaza.

¡Ay, el cohete que sube
a quemar su luminaria
entre arreboles dorados
y tules de madrugada!
A su estampido despiertan
las emociones calladas;
los pajarillos canoros;
los árboles y las aguas;

los sueños de amor ignoto;
la bravura insospechada;
un cantar que salta y vuela
desde el castillo a la Plaza
y un anhelo de peligro
que lentamente emborracha.

Y sin sospecharlo apenas,
sin imaginarse nada,
visten de luces los hombres,
de manolas las muchachas;
ellos la cintura fina,
con su faja colorada;
ellas las mejillas tintas
en abeoles de grana.

Y así comienza una fiesta,
tan española y tan brava,
que, con vino de sus vides,
y la sangre colorada
de un toro de lidia, borda
la bandera rojo y gualda.

Al principio es un clamor
que resuena en la distancia;
luego la chiquillada
que precede a los que avanzan.



Después vienen las mujeres
a las que el peligro llama
quizá por que son sus hombres
los que ante la fiera pasan.

Hasta que aparecen ellos,
sudorosos, frentes altas,
con los pechos abombados
corriendo a paso de marcha;
con la sonrisa en los labios,
mientras puntean las astas
del toro, los flecos sueltos,
juguetones de sus fajas.

De pronto la cuerda toma
un hombre entre sus manazas
y se detiene gritando:
¡vente, toro, a esta ventana!
¡frena porque sí te vea
de cerca la que me abrasa
con el ascua de su boca
y el fuego de su mirada!
Y la fiera se detiene,
por sus ijares resbala
sudor de espuma, y se opone
a que dobleguen su casta.

Pero el mozo no se arredra,
arriba está la que ama,

a codos sobre el alfeizar
florido de su ventana,
orgullosa, postinera,
diciéndole sin palabras
cuanto admira la majeza
de la que él hace gala.

Ya cuerpo limpio, sin miedo,
hasta el toro se adelanta
y, jugándose la vida,
lleva la fiera más brava
su corazón por capote
ante la mujer más guapa.

Ella sonríe triunfante
porque se sabe envidiada;
el tiende la cuerda a otro
que irá en pos de otra mirada
a través de las callejas
de la villa, mientras pasa,
ante los muros lechosos,
impolutos de las casas,
al clamor de muerte alegre
que bulle sobre las astas;
pero nadie ante el peligro
se detiene ni se espanta.

Puede que al llegar la noche
debajo de una ventana,

como recuerdo bravío
haya un rosa encarnada.

Mas el comentario entonces
de la gente, al contemplarla,
es breve, pues se refiere
a un mozo que, a la más guapa
llevó la fiera tan sólo
con su corazón por capa.

Y así termina la fiesta
que, por española y brava,
con el vino de sus vides
y la sangre colorada
de un toro de lidia,
borda la bandera de la patria.

Comienza cuando a la grupa
azul de la madrugada
cabalgan las campanillas
resplandecientes del alba,
y termina cuando atruena
el espacio otra carcasa
y, en la noche, bajo el manto
de una luna plateada,
un olor intenso, a toro,
en las calles emborracha.







La falla de Santa Ana

Chiva 26-7-1939.

Queridos padres y hermanos:

En esta mi última hora sólo me resta pedirles perdón por todo cuanto en esta vida les he hecho padecer y decirles que bien me conocen que soy inocente de cuanto se me acusa.

A Ubaldo que le escriba a mi Elisa con cuyo recuerdo muero y le diga que hasta mis últimos momentos su nombre está en mi mente y que muero queriéndola como siempre la he querido. Que tenga suerte y que se acuerde de este infeliz y que si alguna vez se casa y es feliz que a su hijo le ponga mi nombre y que no deje de escribirles a ustedes mientras viva, que le de un beso a su madre y peques.

Mis hermanos que nunca se venguen de quienes tan injustamente me acusan, que tengan presente que es más de hombres el saber perdonar que el saber vengarse.

Y a mis amigos y amistades que si alguna vez les he faltado en algo, quiero en estos momentos pedirles perdón en mis faltas.

Adiós para siempre, acordaos de mí toda vuestra vida y que todos podáis ser felices, besos y abrazos para todos de vuestro hijo y hermano.

Francisco Miró.

Escrito con lápiz sobre un papel de estraza conservamos esta última carta de mi tío Francisco, fusilado en las tapias del cementerio municipal de Chiva el mismo día que escribía éstas, sus últimas letras, que dedicaba a sus seres queridos en aquella cárcel del Distrito de Chiva conocida también como el «albaricoquero». Estas escasas líneas dan a conocer el carácter de aquel desdichado.

Para el que no sepa de él, decirles que Francisco era el hijo menor de cuatro varones de «los Miró», familia humilde de esta villa. En particular en Chiva era conocido con el sobrenombre de «cojico Casuelo», debido al leve vencimiento de una de sus piernas por haber contraído de niño la enfermedad de la Poliomiélitis (la Polio), también llamada Parálisis Infantil. Pese a este primer inconveniente que la vida le dispuso, Francisco, era sin duda un gran bailarín según las jóvenes de aquella época, las cuales coincidían en resaltar y anhelar sus dotes de poeta. También fue el primer guardameta que tuvo el originario equipo de fútbol del Chiva, su mediación y amistad con el párroco de la localidad, hizo que éste, favoreciera los

Texto:

David Mújica

Ilustración:

Manolo Sánchez

Título:

Muerte en el
Cementerio

Página 48 y 49

Subida al Castillo.

Foto Francisco
Gimeno.

Página 54 y 55

Milicianos chivanos
en el frente de Madrid.
1936.

Página 56

Falla de Chiva. 1936.

Foto Juan López
Máñez «estrosa».

Página 59

Falla del Frente
Popular. 1936.

Foto Juan López
Máñez «estrosa».

Página 60 y 61

Francisco Miró
delante de la Falla.
1936.

Fotos Giordano
Higón.

1- Su ideología poco definida y su lenguaje demagógico y populista le sirven para contar con una base social amplia. Comportamiento Electoral de Chiva y su Comarca durante la IIª República. José Manuel Alonso Plaza. Premio Otoño de Ensayo Local «Villa de Chiva, 1994» página 23.

2- Estos personajes que recitaban el «cara al sol» como si fuera el «padre nuestro», con una convicción fiera a los ideales del «Glorioso Movimiento Nacional» y que durante la dictadura se afanaban en ocupar los primeros bancos de la iglesia para recibir los auxilios espirituales, eran los mismos que allá por los años 20 y 30 llevaban a sus hijos a la prestigiosa y republicana «Escuela Laica de Chiva», en la que evidentemente había que pagar y ser gente con posibles; los mismos que malversaban en la Sociedad de Socorros Mutuos aprovechando su mayoría Republicana Autonomista, sujetos que hacía escasamente un año antes de la guerra gritaban exaltados con el puño en alto «¡Salud y República! o ¡Viva Blasco Ibáñez!...

gastos de la indumentaria. En aquel originario equipo «del Chiva», también jugaba con cinta enrollada en la cabeza un rudo defensa central, su hermano Juan, quien siempre quiso estar muy cerca de él. Aventajado discípulo de Lorenzo Latorre e inteligente como pocos, Francisco, fue ganándose el respeto de muchos debido a su capacidad, pero aunque él podía sospecharlo no se figuraba que sus ganas de aprender, superarse y su sentido de la justicia le iban a llevar irreversiblemente a la muerte. Cabe destacar que Joaquín Martínez, Registrador de Chiva, persona influyente en la localidad, «fichó» a Francisco para que trabajase como «sustituto» en las oficinas y crean que en lo político nada tenían que ver, aunque sí en lo humano. Mi tío también fue estudiante de arte dramático en Barcelona, Secretario General de las Juventudes Socialistas Unificadas de la provincia de Valencia, miembro durante dos meses del Comité Ejecutivo Popular de Chiva en el año 1937 para mayor de sus desgracias, Delegado de Compras de la Consejería Municipal de Abastos, Escribiente y Concejel del Ayuntamiento de Chiva en el año 1939.

En una España inquieta y convulsa por los nuevos cambios políticos y sociales, en Chiva podían definirse a principio de los años 30 claramente tres bandos: la izquierda, la derecha y la «hojarasca», todos ellos dentro de un sistema republicano. Los dos primeros no necesitan presentación, en cambio el de nombre más simpático por el contrario era el más peligroso. «La Hojarasca» se componía de aquellos vecinos que eran consumados monárquicos en los primeros años del siglo XX, activos republicanos anticlericales seguidamente y convencidos falangistas tradicionalistas después de la guerra civil. De ahí su símil con las hojas secas que mece el viento caprichosamente y acuden allá donde más conviene, en definitiva el poder estaba siempre representado por el mismo perro con distinto collar. «La hojarrasca» en argot de la villa, se constituía en Chiva en los primeros años 30 por el Partido de Unión Republicana Autonomista (P.U.R.A), de escasa credibilidad política (1), gobernada por los «mayores contribuyentes», o sea, casi toda la burguesía adinerada que lo controlaba absolutamente todo: Ayuntamiento, Sociedad de Socorros Mutuos, Comunidad de Regantes, etc., transformándose política y paulatinamente a conveniencia desde la abolición de los señoríos, con el fin de dar continuidad al cacique de turno y perpetuar sus preceptos en la sombra. Cabe destacar que la mayoría de los miembros del Partido de Unión Republicana Autonomista, aliado inquebrantable del Partido Radical y miembro de la Alianza de Izquierdas Antidinásticas en el año 1931, se convirtieron en fieles seguidores del «Glorioso Movimiento Nacional», militando en las filas de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S al acabar la Guerra Civil Española (1936-1939), pero que nadie se sorprenda... esto era de esperar (2). A su favor tengo que decir que su poder en Chiva era hegemónico, pues nunca perdieron unos comicios de representación política, venciendo holgadamente en todos los que se celebraron: municipales de 1931, las parciales de 1931 y las generales de 1931, 1933 y 1936, tan sólo su dominio se derrumbaba en el distrito electoral del Puente Viejo, área de residencia por lo general de la gente más desfavorecida de la villa.

Para aquellos chivanos, dar el voto a los «caciques», significaba asegurar un jornal y el sustento familiar, así que preferir una vida lineal en derechos y oportunidades en la mayoría de casos miserable, al menos permitía comer. También el miedo era patente entre muchos, pues hacía poco más de 40 años se había llevado a cabo el asesinato en la puerta de su casa de Manuel Máñez Cervera, conocido con el sobrenombre del «tío pulga», uno de los primeros disidentes del caciquismo de este pueblo. Asesinato llevado a cabo por cabezas de turco representados en este caso por dos guardias de campo de Chiva (padre e hijo). Amparados pues por la impunidad que ofrecían los inductores a los ejecutantes, se cometió este asesinato sólo satisfecho a medias por no haber sido los asesinos lo resolutivos y fulminantes que se esperaba. No obstante y como siempre, la pena fue para el brazo ejecutor no llegando a depurarse las responsabilidades de los manipuladores, quienes a través de los diputados títeres de los distritos controlaban a los tribunales, aunque esto es una historia para narrar otro día.

El poder «hojarrasquero» comenzó a ser objetivo del ingenio y agudeza de las Juventudes Socialistas Unificadas de Chiva, siendo protagonista de sus risas, sornas, cánticos y guasas, alcanzando su punto álgido con la popular falla del año 1936, donde se satirizaron a los poderes locales como realmente manda la tradición fallera (3). Hasta ahora lo poco que se ha referido sobre esta primera afamada falla de Chiva es políticamente correcto; se reivindicaron en un intento de recuperarlas y nada más se ha contado. Pues bien, para decir algo más, esa falla fue realizada por los jóvenes del Frente Popular. Se confeccionó en la carpintería de Amadeo (4) situada en el nº 4 de la calle Pascual Piquer, próxima al lugar donde se estableció que fue la actual Plaza de la Constitución. Como elemento principal se simulaba un edificio que según por donde se mirase suponía distintas puertas (Ayuntamiento, Mutua, horno). Fue montada una noche de lluvia que no impidió su «plantá», inclemencia meteorológica que los atípicos falleros plasmaron en uno de sus ocurrentes pasacalles. Carmen Vallés Lázaro conocida con el sobrenombre de «la tía marsa», fue quien vistió y caricaturizó a los monigotes por lo visto muy acertadamente, el fotógrafo fue Juan López Máñez «el tío estrosa» (20 años y un día de prisión mayor y exiliado a Argentina) y la decoró el pintor Manuel Mora (30 años y un día de prisión mayor). En ella se pueden identificar claramente a los siguientes figurantes: Manuel Fort Tarín: Primer Alcalde de Chiva durante la II República, perteneciente al Partido de Unión Republicana Autonomista (P.U.R.A), conocido con el sobrenombre de «El tío Manoplas» (5) caricaturizado con unas grandes manos; Domingo Gimeno, conocido con el sobrenombre de «el Pipa», guardia de campo encargado de que la falla no se plantase; Ricardo Arnau Cervera, conocido con el sobrenombre de «El Señorito» y cacique de la Villa (6), caricaturizado con gabardina, fumando un puro y colgados de su mano izquierda un montón de biberones, que reflejan y dan a entender su poder y autoridad para conceder o denegar su favor a los que lo pedían «llorando»; Vicente Herráez corriendo con un puñado de votos en la mano, en clara alusión de ser el encargado conseguirlos para el P.U.R.A; el alguacil de los Republicanos Autonomistas José Sánchez «Rasón», probablen-

3-Fue popular la fanfarria o charanga vestida con traje a cuadros rojos y blancos, peligrosamente armada de instrumentos manufacturados con cañas del barranco y otros de ingenio casero donde concurrían entre otros mi tío Francisco, Luis «el Choro» y Manuel Blay Máñez (que moriría en los combates de la Sierra de Guadarrama junto con otros jóvenes chivanos de su partido: Fenec, Elio...). Sus canciones críticas decían: «Unos van al caracol, / otros a mendigar / y por fin el que no es carbonero / se tiene que mascarar». O «A eso de medianoche / dicen que han visto plantar, / una falla con paraguas / los del Frente Popular (Archivo G. Llorens y J. Casillo). Los «hojarrasqueros», en contrapartida intentaban también desarrollar el ingenio con un cántico «delator» que coreaban al paso de la fanfarria que decía así: «¡Viva Arnau y Paco Herráez!, / ¡viva el tío Manuel el Fort!, / ¡viva toda la hojarrasca!, / y el que tenga rabia que muerda un pilón».





4- Archivo Manuel Mora Yuste.

5- *Ibidem*.

6- *Allí se reunía con sus amigos, gente humilde y obrera que necesitaba información para poder defenderse del cacique del pueblo y sus amigos, que se consideraban sus dueños y explotaban a los trabajadores por su ignorancia y el temor a quedarse sin trabajo. Por aquella época el cacique era un tal Ricardo Arnau. Lorenzo Latorre Blay. Historia de un Socialista, página 56. Armonía Latorre Muñoz. (Premio Otoño Ensayo Loca Villa de Chiva año 2005).*

7- *Ibidem*.



te saliendo de la «puerta» del Centro Republicano sede del P.U.R.A, al mando de un carro de desinfección en el que se leía «Sanidad Provincial», con el encargo de «limpiar a los desafectos». También habían mofas al recaudador de nombre Lorenzo y a Vicenta conocida con el sobrenombre de «tía Crispina» (7), militante también del P.U.R.A, ésta saliendo de la «puerta» del horno ficticio ofreciendo bollería pues se había hecho popular su frase de que cuando ganasen las elecciones «haría una tabla de pan quemaos». Otra «puerta», escenificaba la del Ayuntamiento y como una persona era echada del mismo a patadas (8), también podía leerse textualmente sobre una tabla de madera: No confundir a las personas de esta falla con los males de este «PUEBLO», así como pintada en los dibujos de su base, una ruleta cuya selector andaba loco entre varias opciones... izquierda, derecha, arriba o abajo, siendo una crítica a la alianza del P.U.R.A, con el Partido Radical leyéndose en la parte superior R.I.P y en la inferior HAGA JUEGO RADICAL. La última de las «puertas» era la de la Sociedad de Socorros Mutuos adornada con un gran numeral que indicaba los votos que hicieron ganar la dirección a los Socialistas y a la Derecha Regionalista Valenciana, que créanselo, se unieron en los años 30 para echar a los «hojarrasqueros» de la directiva en esa y en las sucesivas elecciones democráticas de su historia, hasta la denominada transición. Para evitar que ardiese la falla antes de la noche de San José o sea... antes de hora, Gaspar Barrera «el Menudo» (9) estuvo de vigilia haciendo guardia armado con una pistola (10), lo que da a entender el estado de crispación y la poca armonía que había en nuestra Villa (11).

En una de las fotografías realizadas por «el tío Estrosa» que todavía se conserva, están retratados parte de aquellos peculiares «artistas» chivanos caídos en el olvido, quienes «mudados» con sus mejores ropas, uniéndose en grupo al pie de la falla para inmortalizar y perpetuar aquellos días, hacen gala en sus rostros satisfechos de la audacia y atrevimientos propios de la juventud, que en ocasiones por desgracia van de la mano de la temeridad. Pero como quiera que ellos quisieron que algún día se les recordase y yo, aunque sea con sus nombres incompletos o sólo con sus mote en su recuerdo y memoria lo voy a hacer; en reconocimiento a sus vidas trágicamente cercenadas y truncadas, llevadas a dar con sus huesos en la cárcel o con sus cuerpos abatidos y agonizantes en suelos extraños, sepultados en lugares desconocidos donde nadie los pudo llorar o expuestos como objetos de terror en la tapia del cementerio, ellos son:

Tras la valla de pie y de izquierda a derecha: Con vestimentas negras y boina de igual color Manuel «Canana» o el «Huevo»; con traje claro con cuello blanco y boina, un «Cagón»; picos del cuello abiertos y boina, «Paco el Marso»; traje oscuro con alfiler o corchete, frente despejada, Enrique Rodrigo «Buscanidos» (muerto en el frente de Madrid); el más alto con boina, posiblemente Ricardo Marco, empleado de «Luz Nueva» que vivía en San Isidro (desterrado de Chiva); traje claro, camisa blanca, boina y sonrisa, Baltasar Estellés «Saro» que hacía carros en San Isidro; con traje chaqueta Alfredo Hermán (30 años y un día de prisión mayor), vivía en la «placica vieja»; sin boina, posiblemente Jesús García; con la cabeza ladeada y

boina el pequeño de los «Foguereros»; rostro alargado y boina Vicente Cubedo «el Sestero» (muerto en el campo de concentración nazi de Mauthausen-Gusen en Austria); y el último sin prenda de cabeza Manuel, el mayor de «los Mauro», que trabajaba en el molino de la balsa de la plaza (12).

De cuclillas delante de la valla de izquierda a derecha: El de bufanda blanca, sonriente, José Zanón «Picaso»; el niño de traje claro, Juan Bautista Alarcón «Panyvino», que vivía en Bechinos (encarcelado); con paraguas, sonriente y boina clara Antonio «Remolí» o «Mojete»; tras él con boina clara también, un «Bastero» que vivía en la calle Buñol; con traje y corbata, al lado de una de las vigas de madera de la valla, mi tío Francisco Miró (fusilado); en el otro lado sin gorra, Luis García «el Choro» (12 años y un día de prisión mayor); inclinado con chaqueta oscura y camisa blanca, Gaspar Barrera «el Menudo» (encarcelado y exiliado a Argentina); y debajo de él, sus cuatro sobrinos y un hombre que desconozco como se llama, pero vivía en la calle Mayor (13).

Pero si aquellos jóvenes serían duramente represaliados, para Francisco que en el año 1.939 contaba con 25 años había reservada una sorpresa especial: él también había sido colocado como «ninot» en otra falla que le habían confeccionado diferentes individuos sin que nadie lo sospechase, era una falla que aguardaba el momento oportuno de su «cremá». No le iban a perdonar, entre otras, que poco tiempo atrás siendo menor de edad y antes de ser nombrado visitador en la Mutua, descubriera irregularidades en las cuentas (14). Noticia de enorme impacto que sacudiría fuertemente los cimientos de la sociedad local cediendo definitiva, prolongada y por primera vez democráticamente la dirección de la Mutua a aquellos desventurados Socialistas: Urbino Blay Mañez (fusilado en Paterna), Lorenzo Latorre Blay (30 años y un día de prisión), Fermín Bonacho Navarro (fusilado en el cementerio de Chiva), Javier Morea Cambra (fusilado en Paterna), Vicente Blay Mañez (30 años y un día de prisión)...

Ocupada Chiva por las fuerzas golpistas y tras un denominado «Juicio Sumarísimo de Urgencia» que vulgarmente y para el que no lo entienda es lo mismo que «date prisa antes de que se enteren de lo que vamos a hacer», Francisco fue subido a un coche al que nunca había montado. De nada sirvió su manifestación ni la de otros detenidos, ridículamente fue aceptada la declaración de unos individuos de la «hojarrasca» que dijeron ser pertenecientes a Falange, cuando todo el mundo sabía que durante la guerra habían pertenecido a los Anarquistas de la CNT-FAI, que habían robado en las casas de gente pudiente de «derechas» y habían participado en el saqueo y quema de las imágenes de la iglesia parroquial de Chiva (15); alguno de sus indeseables denunciantes vestido incluso con la sotana del párroco. A estos personajes el favor se les pago, pues como siempre y en casi todos los expedientes de la guerra, se les atenuó la pena pues aun cumpliendo con lo pactado fue necesario juzgarlos por sus fehacientes desmanes.

Encerrado en una ambulancia chapada de madera, junto con otros prisioneros fue trasladados al cementerio de Chiva y como me contaba el «tío Manuel Agra-

8- *Ibídem.*

9- *Archivo Mora Yuste.*

10- *Ibídem.*

11- *Como medidas de seguridad pasiva, existía una valla de alambre y estacas de madera que la rodeaban.*

12- *Archivo Guzmán Llorens y Javier Castillo.*

13- *Ibídem.*

14- *Extremo conocido y demostrado aunque las incompletas actas sólo recogen a medias tintas.*



15- Al contrario
que los fusilados
y encarcelados del
Frente Popular de
Chiva, que habían
salvado pistola en
mano, la vida de
todos los religiosos del
pueblo e «in extremis»
que se quemasen,
la estatua de San
Juan Bautista y las
recientes restauradas
pinturas de Vergara.

16- Una madre
que había perdido
también dos hijas
pequeñas y un hijo
en la Guerra de
Marruecos.

17- Ya se van
arrepintiendo los que
me han denunciado
y han ido a casa a
pedirles perdón a
mis padres... parece
ser que van a repetir
el juicio...Diario
personal de Francisco
Miró. Escrito en la
cárcel del distrito
de Chiva. Archivo:
Nieves Miró.

«munt» en nuestras tertulias, cuando se ordenó fuego y los once condenados a la pena capital de aquel día fueron abatidos por la sección de fusilamiento, el único que no cayó muerto en el acto o al menos no perdió la consciencia por el dolor, fue mi tío, quien desplomado en el suelo aun llegó a decir «cuan injusta es mi sentencia que ni aun así habéis podido matarme», y ya no dijo nada más, pues alcanzado en la cabeza por un tiro de pistola a bocajarro de un chivano, expiraba regando con su sangre aquellos pequeños cipreses de bienvenida recientemente plantados en la entrada del camposanto y... ¡milagro!, hubiesen exclamado algunos, como seguía contándome el «tío Manuel», ya que el árbol donde yació en la noche jamás creció ni murió, habiendo sido arrancado en recientes fechas con la ampliación del cementerio cuando contaba con una altura próxima al metro.

En lo que a mi respecta no entiendo mucho de política ni lo pretendo, soy militar y estoy orgulloso de ello, intento aprender día a día lo que está bien de lo que está mal que para un hombre sencillo como yo, es bastante. Soy padre y quien también lo sea sabe cuanto se quiere a un hijo y lo difícil que es criarlo. A veces cuando acaricio a mis niños mientras los cambio o los baño, no puedo evitar el pensar lo que debió de sufrir mi bisabuela Vicenta, cuando la autorizaron a recoger el cadáver de su hijo Francisco a los pies de las tapias del cementerio, con la prerrogativa y apercebimiento de: «no armes escándalo o no te lo llevas» y tras obligarla atrocemente a decir en voz alta entre otras frases: «que a mi hijo lo han matado porque se lo merecía», mientras lo hacía sin perder la compostura... ¿que pasaría por su cabeza al lavar y acariciar por última vez a su pequeño?, ¿qué pasaría por la cabeza de aquella madre (16) mientras le limpiaba la sangre seca de su cuerpo que derramaran los tres injustos y asesinos proyectiles que recibió su torso?, ¿qué pasaría en su mente mientras lo amortajaba y le vendaba la cabeza desmontada por ese otro impacto definitivo?, ¿qué le diría a su niño tullido como despedida mientras miraba por última vez sus ojos sin vida?.

Joaquín Martínez, aquel hombre de las denominadas «derechas» del Registro, intentó interceder por la persona de mi tío antes que lo mataran, no sabía que el «ninot cojico» no iba a ser indultado pues ya tiempo que lo querían quemar. Al no conseguirlo parte de él vivió apesadumbrado el resto de su vida. Un grupo de los denunciantes pidieron perdón a sus padres al saber su destino (17), ya que esto no era lo que «les habían dicho», otro por el contrario se comió una paella para festejar su ejecución en las proximidades del motor de los Lucas y es que al final... todo se sabe.

En cuanto al resto de los Miró, decir que José, el hermano mayor, murió en la Guerra de África en el año 1.918 y nunca hemos podido saber su lugar de descanso. Ubaldo, mi abuelo, fue condenado a 30 años y un día por adhesión a la rebelión. Tras su liberación y todos los 26 de julio «día de Santa Ana» del resto de su vida, se encerraba en una habitación hasta el día siguiente para llorar con los recuerdos de su hermano. Mi tío Juan, que en vida siempre quiso estar muy cerca de él, en la actualidad descansa en paz en el mismo nicho que Francisco, fue condenado a 20 años y un día por auxilio a la rebelión. Igual cosa le pasó a su primo, mi tío Gaspar

Miró, quien también fue denunciado y encarcelado a 20 años y un día de prisión mayor... en cuanto pudo emigró de su querido pueblo a Brasil, donde vivió y murió en el año 2.003.

Sobre aquellos infortunados infelices se han vertido innumerables y miserables sofismas en un intento de justificar lo injustificable. Lo único cierto y la única verdad, es que en democracia sus condenas han sido declaradas ilegítimas, por ser contrarias a derecho y vulnerar las más elementales exigencias del derecho a un juicio justo, por ser viciadas en forma y fondo. El Ministro de Justicia les ha otorgado una declaración de reparación y de reconocimiento personal, cosa que me alegra y enorgullece en extremo. Por el contrario y curiosamente hoy en día obra en mis manos aquel juicio sumarísimo de urgencia el cual leo y releo, donde aprendo a ver las miserias de la gente. Documento guardado por ese régimen dictatorial y que alguien pensó que jamás vería la luz y por supuesto lo que nadie y mucho menos los denunciantes pensarían que algunos «Miró» serían los primeros chivanos que 71 años después de aquellos infames y viles asesinatos volviesen a tenerlo en sus manos y esta vez para que con paciencia se diga la verdad.









La carta

Isabel González

Ilustración:
Manolo Sánchez

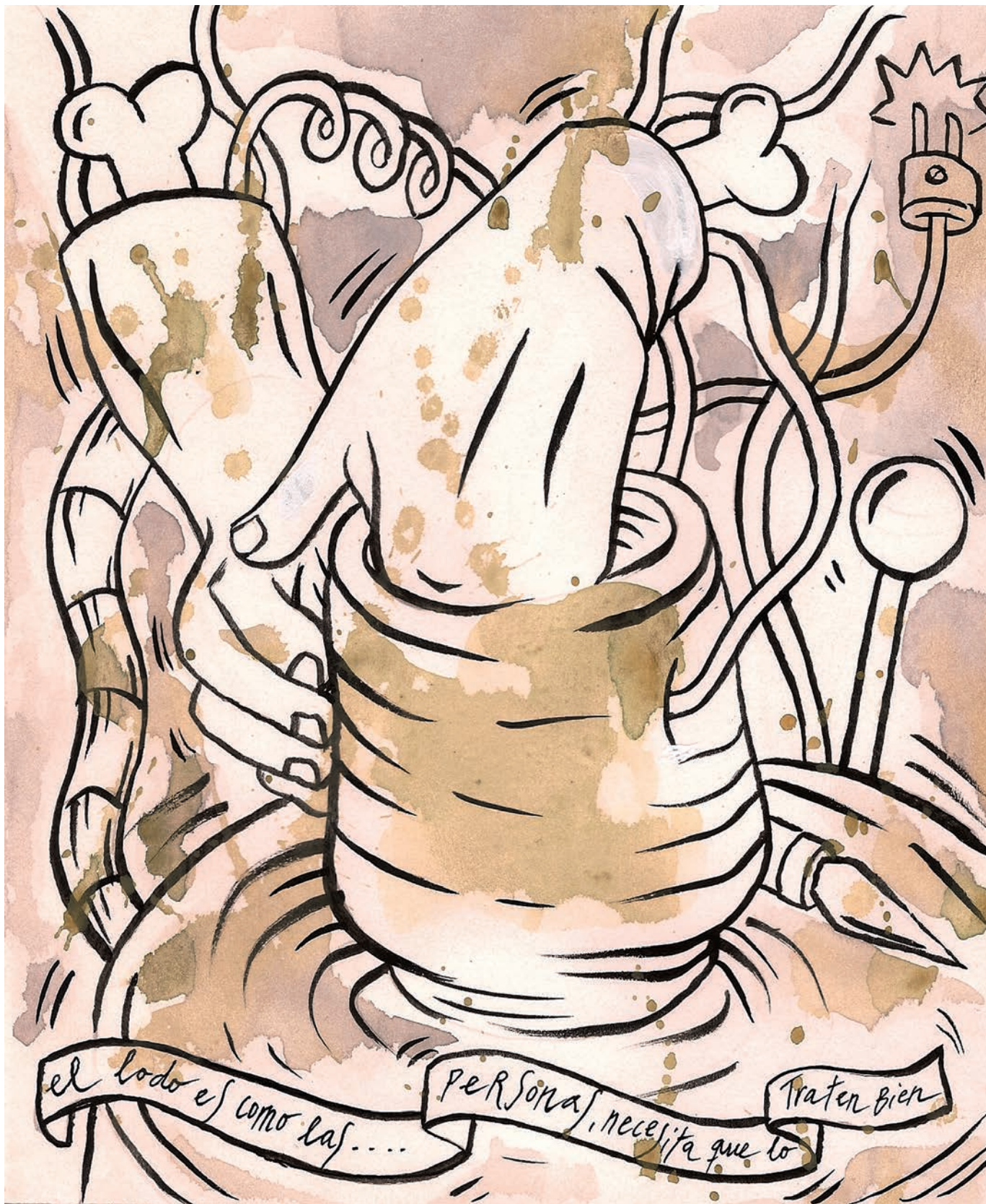
Título:
La verdad de las mentiras

Todavía te escucho.
Aún te oigo.
Palabras ensangrentadas, tus últimas palabras,
escapan de este papel arrugado,
que me arde, me escuece, a la altura del pecho.
Tu letra, emborronada y temblorosa, aún
tiene tu voz.
Me recuerda cómo he llegado hasta aquí.
Me recuerda quién soy ahora.

He cambiado, te lo advierto, he cambiado mucho.
Me obligaron a ser otra.

La rabia cortó mi pelo y endureció mis rasgos.
La venganza me colgó a la espalda este fusil,
apéndice ya de mi cuerpo.
La pena desdibujó mi sonrisa y la convirtió
en una mueca a medio camino entre la serenidad y el odio.
La nostalgia me vistió con tu camisa roja,
la que tanto te gustaba.

El llanto me proporcionó esta mirada:
áspera, lejana, desafiante, ahogada de
tanto dolor.
Esta mirada, incansable, en busca de
aquellos que acabaron con la tuya.



el lodo es como las....

personas, necesita que lo

Traten Bien

OFICIOS

El final de la tradición alfarera en Chiva

El lodo es como las personas, necesita que lo traten bien.

José Saramago

En su libro «La Caverna» Saramago habla de un modo de vivir que cada vez va siendo menos el nuestro. El hombre se va separando de la naturaleza en el mundo alienante del capitalismo tecnológico. Como dice Sabato, ya nada anda al paso del hombre, el hombre no se puede mantener humano a la velocidad en que nos movemos, presos de ese tiempo que turba y enajena. En el universo helado de las mercancías, donde reinan las cosas, el hombre se convierte también en cosa, su conciencia se cosifica; es cautivo de lo industrial, de lo simulado, de lo artificial. Las actividades humanas se separan de sus sujetos; la cultura ya no es más que mercancía, configurada por el poder, dirigida por el sistema; cultura inhibidora y generadora de neurosis, como diría Freud.

En una espiral devastadora, de la misma forma que asistimos atónitos, diariamente, a la extinción de especies, vemos como los idiomas dejan de hablarse en pro de la funcionalidad; hay tradiciones, danzas o canciones que desaparecen o pierden sentido, en pro de la novedad; u oficios que se tornan inútiles en pro de la productividad, igual que hay valores que no son rentables o sentimientos que se vuelven obsoletos. Una de esas profesiones que agonizan es la alfarería, tocada de muerte por esta sociedad industrial donde se impone la lógica del Dios «Mercado»: comprar-tirar-comprar, que difunde productos perecederos, destinados a fallar, convirtiendo a los hombres, a su vez, en letales «generadores de basura».

La belleza, la calidad o la autenticidad que certifica la cerámica se han devaluado en beneficio de lo barato, lo precario y lo estandarizado. Cuando se busca la rentabilidad, a toda costa, no se tienen en cuenta otros beneficios que podría generar la producción y el disfrute de estas piezas, a nivel individual o colectivo, social o cultural, dado el sentido, el significado o la trascendencia que éstas poseen para una determinada comunidad (1). La tertulia en torno al horno en las largas noches de cocción se ha sustituido por la incomunicación de la producción en cadena. Las cálidas manos se han suplantado por las frías máquinas; los sabios consejos del abuelo por el manual de instrucciones; la calidad del producto por la vulgaridad, por lo seriado; lo simbólico por lo superficial, lo insustancial; lo entrañable, lo íntimo, por lo insensible; lo exclusivo, lo distintivo, por lo banal; lo honesto por lo mezquino; lo eterno por lo fugaz.

Así, aunque la riquísima alfarería tradicional española se ha mantenido viva hasta tiempos muy recientes en comparación a otros países, a medida que la industrializa-

Texto:

Juan Carrión Miró

Ilustración:

Xavier Monsalvatje

Título:

Manos

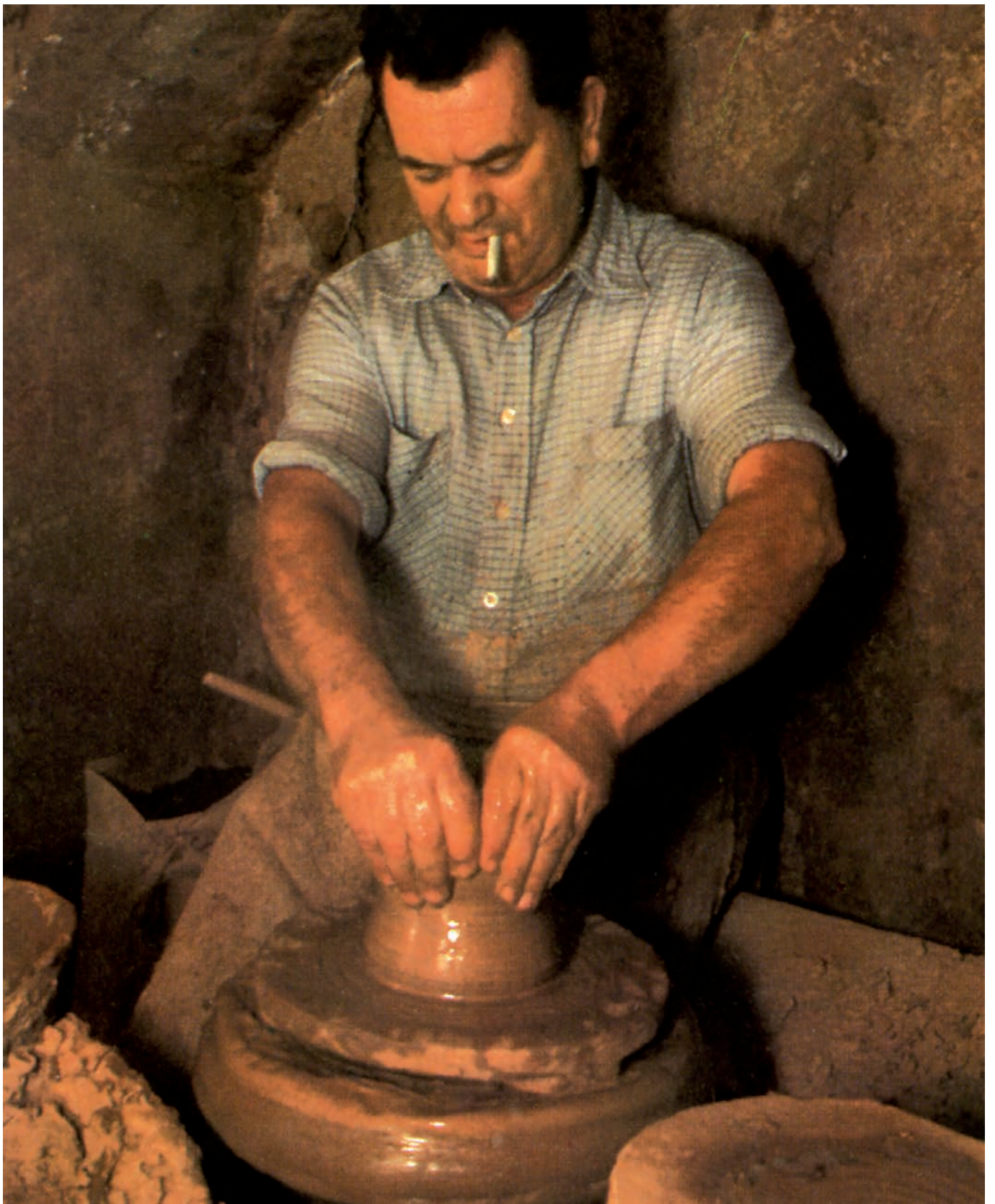
Página 66 y 69

Fotos de Francesc Jarque para el libro «Artesanos de Valencia» en el apartado dedicado a la tradición alfarera en Chiva «Juan Martínez Saus. Alfarero». publicado en 1985 por la Diputación de Valencia.

Página 70 y 71

Alfarería de Juan Martínez en el puente nuevo. 1966.

Foto Mora Yuste.



ción se ha ido extendiendo, con la destrucción del ethos agrario, esta actividad, como otras ligadas a la tierra, ha ido desapareciendo. Las nuevas formas de producción y los nuevos materiales adaptados a las actuales fuentes de energía, han ido desbancando a la cerámica para guisar, envasar o almacenar. Solamente se salvan de este fin de la alfarería las piezas ornamentales, las de jardinería o algún utensilio de cocina que se utiliza para cocinar algún plato tradicional, porque, como sabemos, el barro es el mejor recipiente, el de mayor calidad, el que conserva todos los sabores de la naturaleza (2).

Hace apenas treinta años en Chiva, cuando el tiempo aún nos daba tregua, se veía llevar a cocer al horno el pan amasado en casa o el arroz en una cazuela; o la botija pegada a los adrales del carro. Muchas casas tenían tinajas, para almacenar el aceite de la cosecha para el uso doméstico, un nicho en la pared para la cantarera, un escullero y una vidriera con los vasos y jarros de porcelana; incluso algunas mujeres iban con sus lebrillos a lavar la ropa sucia al lavadero. Eran de uso común utensilios de loza como: medidas, escurridores, jarros, ollas, peroles, queseros, cántaros, bacines y orinales, palanganas, morteros, botijos, orzas, tinajas, comederos y bebederos para aves o saleros. Aquí, en Chiva, se fabricaban la muchas de estas piezas en el horno moruno, la mayoría de las asociadas a la llamada «cerámica de agua», siendo la más emblemática el cántaro de culo estrecho. Estos objetos, podían ser barnizados o no; la patina vidriada les daba un color característico verdoso o melado, salpicado por las típicas manchas alargadas, oscuras e irregulares (3). Esos motivos ornamentales, igual que las formas eran fruto de arcaicas tradiciones hondamente arraigadas. Su tenaz repetición por generaciones de artesanos fue fijando los modelos en una larga cadena de permanencia cultural, lo que sumado a su utilidad y a su atractiva belleza, les da un valor que se engrandece en la distancia. Así pues, esta alfarería, llamada «de basto», ha sabido explicar durante siglos, en el lenguaje sencillo y eficaz de los utensilios domésticos, muchos de nuestros rasgos definitorios, del sustrato cultural del que aflora. A través de ella asoma una estrecha vinculación a los ciclos naturales y al sistema de producción agrícola y ganadero. Fue pues testigo y expresión de nuestro quehacer y parte significativa del alma de nuestro pueblo que llegó a ser uno de los principales núcleos alfareros de Valencia. De ello quedan, por desgracia, escasas huellas, ni siquiera un pequeño espacio museístico donde se conserve algún vestigio: piezas, herramientas o fotografías (4).

La tradición alfarera de nuestra villa viene pues de muy antiguo y llega hasta hace muy poco. En su libro «Cerámica Popular Española de 1970», Artigas aún la sitúa como uno de los principales centros cerámicos de Valencia junto con Villar del Arzobispo, Llíria, Benaguasil, Burjassot, Manises, Alaquàs, Alcira, Canals y Potries, Asimismo, Seseña, Köpke y Vossen en su obra «Guía de los Alfares de España», de 1975, enumeran cuatro alfarerías en Chiva (5), las de Eliseo Muñoz, Marcial Saus, Salvador Martínez y la del mencionado Juan Martínez Saus, que se ubicaba junto al puente nuevo, parece que, por lo menos, desde tiempos de Isabel II (6).

Por otra parte, también Emili Sempere en su obra «Rutas a los Alfares. España-Portugal», publicada en 1982 nombra los siguientes núcleos: Villar del Arzobispo, Llíria, Paterna, Burjassot, Manises, Alaquas, Alzira, Canals y Chiva. También en la

1-Estamos hablando de unos objetos con un gran interés artístico, etnográfico y afectivo que les otorga un valor diferenciador.

2-No se puede comparar con el plástico u otros materiales artificiales y «baratos» (desde el punto de vista económico), todo en él sabe mejor porque, al fin y al cabo, nosotros somos barro... barro agrietado, que espera para ser moldeado, que late en las manos de la vida.

3- Según Juan Martínez Saus, uno de nuestros últimos alfareros, recientemente fallecido, el color se conseguía con sulfuro de plomo y mezcla de cuarzo; el tono se variaba con óxido de cobre; y las manchas con óxido de manganeso o alcohol de alfarero o de hoja.

4- Aprovecho esta plataforma para reivindicar ese recinto donde difundir este patrimonio etnográfico y artístico. Chiva tiene la entidad y la solera para poseer un verdadero Centro de Arte y tradiciones populares.

5- Sólo lo superan
en número Canals
con cinco y Manises
con diez. Por lo visto,
ya había dejado
de funcionar la de
Casaña o de los
Casañicas, situada
en las escalericas
Cambra.

6- Fue el último alfar
en funcionamiento,
siendo, por
desgracia destruido
recientemente,
perdiendo así el
pueblo un destacado
bien patrimonial,
un testimonio
fundamental de
nuestro pasado
que es mensajero
de información y
cultura, además de
servir de nexo entre
generaciones.

7- «No hay que hacerse
ilusiones: la cerámica
popular es fruto de
una sociedad que ya
no es la nuestra. Como
tal arte tradicional ha
llegado a su término.
Ha desaparecido el
fin inmediato: la
utilidad, por haber
sido sustituido este
tipo de vasijas por
otras susceptibles de
fabricarse con la gran
industria» de la vida.

serie de TVE «Arte y tradiciones populares», que se proyectó en 1989 y contó con el asesoramiento de la especialista Natacha Seseña, Julio S. Andrada dedica gran parte del capítulo «Barros y Formas de Levante» a Chiva, mencionando que son tres los alfares existentes. Ahora el mapa de la cerámica tradicional activa casi ha desaparecido, como pronosticó en su día Artigas (7). Así se evidencia el fin de un mundo entrañable que daba piezas útiles y dignas en cuanto a su belleza formal, elementos expresivos de su cultura, capaces de generar un diálogo intergeneracional, un mayor sentimiento o conciencia de comunidad; que permiten recrear permanentemente la identidad social, al vincular lo cotidiano a un sentido de trascendencia del tiempo, convirtiéndose en un estilo de convivencia.

Mientras que el simulacro tecnoindustrial reproduce mecánicamente formas banales, sin conciencia histórica, empobreciendo la vida y su experiencia subjetiva; el artesano revitaliza, en sus actividades, los vínculos con la tierra, el ambiente y el contexto cultural que los vio nacer y convierte en patrimonio integral todas sus expresiones. Sus habilidades serán intelectuales, pero también éticas; su capacidad cognitiva y moral. Precisamente, la UNESCO ha querido destacar la importancia y la trascendencia de la labor de estos artesanos o artistas calificándolos como «tesoros humanos vivos»: Personas que encarnan, en grado máximo, las destrezas y técnicas necesarias para la manifestación de ciertos aspectos de la vida intelectual de un pueblo y la perdurabilidad del patrimonio material. Esta organización propone la creación de un sistema de estos «Tesoros humanos vivos» que se encargue de transmitir a las generaciones siguientes su saber, ese patrimonio intangible amenazado por una cultura internacional estandarizada, promovida no sólo por la modernización socioeconómica, sino también por el enorme avance de las técnicas de transporte e información.

En nuestro pueblo ya no quedan alfareros en activo, tampoco quedan esparteros, encajadoras o boteros, entre otros; pero sí quedan personas que conocen esas artesanías que hay que preservar y patrocinar, para que sean oficios del futuro, que nos reconcilien con nuestra esencia, que ayuden a revitalizar esa cultura tradicional con una filosofía propia, que nos distinguía. Al fin y al cabo, ya manifestó Margaret Mead, somos nuestra cultura, estamos hechos a su imagen, ella es la imagen de nuestra personalidad.

La mercantilización ha ido eliminando las bases de la heterogeneidad social, así, para contrarrestar sus efectos, hay que apostar por una cultura lo menos objetivada y estandarizada posible, por una sociedad libre de esas redes de dominación que cosifican incluso al tiempo, capaz de fragmentar y normativizar la vida, para recuperar su sentido. Debemos volver a recuperar esos oficios que humanizan al hombre y lo concilian con él mismo y con los demás, que lo acercan a la naturaleza, como el de alfarero. Sólo este artesano puede convertir el lodo en diamante, en el dosel deslumbrante de fuego iluminador. Sólo sus manos serenas pueden acariciar la arcilla humana para modelar el hombre nuevo, capaz de oponerse a la dictadura del tiempo, de colmar su vida de instantes absolutos y días sagrados; cuyo rostro esté surcado por las cicatrices de la memoria, horneado por vigorosas llamaradas de energía. Como insinúa Saramago en «La Caverna»: No cambiaremos de vida sino cambiamos la vida.









El tendal del olvido

Era todavía demasiado joven para saber que la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y que gracias a ese artificio logramos sobrellevar el pasado. Gabriel García Márquez

«Venga... ¿Me cuentas otro cuento de esos de tu abuelo?»

«No son cuentos, ya te lo he dicho. Son casos sucedidos reales, verídicos, que en verdad pasaron y por eso me los cuenta. Fíjate si serán verdad, que casi todos le han pasado a él. Si no, no sé cómo se iba a acordar de tantos y de tantos detalles.»

Pepico preguntaba, Miguel le respondía. Dos niños, sentados en una acera cualquiera de Chiva, en una tarde cualquiera de verano. Era en la época de los cambios. Era en aquellos tiempos en los que ya era memoria, lo que hoy es memoria para nosotros, solo que entonces estaba prohibido recordarla.

«Bueno... te contaré lo que pasó justo en esa casa de ahí enfrente...»

La puerta de enfrente era un portalón antiguo rojo, de pintura gruesa cuarteada. La fachada ya estaba vieja y se notaba la ausencia de cal ya de varios años y la presencia del descuido y del abandono. Arriba, tres pequeñas ventanas, daban la sensación como de un dibujo de ojos y nariz que sumado a la puerta aparentaba toda ella una cara, anciana y demacrada, ocultando un rostro que en un tiempo fue vivo, bello y risueño, aunque ahora por las resquebrajaduras de los escorchos de las paredes, parecía como triste y doliente de haber llorado lo que no estaba escrito.

Miguel le contó que por la cuesta que bajaba hasta allí, venían los corredores y el toro, todos en un guiñapo, a lo que más le dieran las piernas. Los dos hermanos que vivían en aquella casa llevaban la cuerda. Al volver la esquina cayeron al suelo y el toro casi los sobrepasó, pero como fuera que las calles aún eran de tierra, el animal lejos de caer se agarró bien al suelo y buscó, casi en sus propios tobillos, a los muchachos caídos y sin defensa ninguna. Estaban los chicos ágiles como liebres y se levantaron como rayos, y como por visto y no visto se metieron en la casa, con el morro del toro mordiendo casi la vuelta del pantalón del último de los hermanos. Cayeron de nuevo en la entrada de la casa, junto con cinco o seis corredores más, esparcidos todos por el suelo como trocitos de porcelana de un jarrón recién estrellado. Mientras, el toro, negro y de capa brillante como tizones de leña de mobila, quedó tumbado con medio cuerpo dentro y el otro medio fuera de la casa, y se dolía por clavarse en los costillares la traviesa de la puerta a cada aspaviento de fuerza que hacía para poder ponerse de pie. Rabioso, mordiendo, arañando con sus pezuñas la tierra; lo cerca que tenía las presas y él, que no podía ni levantarse.

Texto:

Ernesto Navarro

Página 72

Taller de la Alfarería de Marcial Saus.

Foto Televisión Española.

Página 74

Marcal Saus en su taller. Programa arte y tradiciones populares en 1987. Foto Televisión Española.

Páginas 75, 76, 78 y 79

Fotos de Francesc Jarque para el libro «Artesanos de Valencia» en el apartado dedicado a la tradición alfarera en Chiva «Juan Martínez Saus. Alfarero». publicado en 1985 por la Diputación de Valencia.

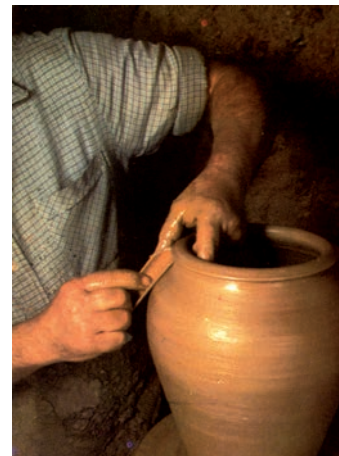


Todos se arrastraron hasta donde pudieron, unos entraron en los cuartos, otro se metió por debajo de la mesa, otro se tiró de lleno a la cocina que estaba dos escalones por debajo del nivel de la entrada y los más, llegaron a salir al corral. El toro por fin se levantó, y cuando pudo guiar su embestida, lo hizo hacia los dos hermanos que gateaban por la tierra para meterse debajo del carro que estaba arrimado a un lado de la entrada. Fue entonces cuando la abuela, desde la puerta de uno de los cuartos, le tiró una silla a los cuernos que el animal astilló entre gañafones, puntazos y mamporros, hasta que de ella no quedó ni para el fuego.

El mayor de los dos hermanos, Terencio de nombre, quedó sordo de una hostia que le dio un guardia por trabajar en domingo. Laboraba un terruño en el monte y tras dos días de sangrar el oído por la rotura del tímpano, cogió una infección que casi le cuesta la pelleja. Las cosas eran así. Tenía veinticinco años y el pobre se pasó el resto de su vida sintiéndose inferior a todos por su sordera. Con el tiempo mejoró, pero al principio no oía casi nada. La vida no era ni honesta ni justa con él. Su pasado en la guerra le cobraba la cuenta casi a diario, topeteando con malasombras buscapleitos cuyas provocaciones se quedaban tan solo en palabras y burlas, pues su corpulencia les hacía dudar sobre si envainarse con él a tortazos o dejarlo estar, no fuera que se le escapara alguna en serio y malintencionada. Terencio poseía otra ventaja, que era muy buen albañil. Por ello, los maestros de obras lo buscaban para los buenos trabajos y así era asumido y, en parte, respetado y consentido, a pesar de su historial. Una fama que le impusieron falseada, ideada y urdida con el único fin de que la humillación y la vergüenza lo apartase de la vida diaria y de cualquier tertulia. Así, era retraído por obligación y no se prodigaba en conversaciones con nadie por el recelo que en él despertó tanto y tanto desprecio, hasta un día en que vio como un centelleo en medio de aquella tenebrosa humanidad.

Terencio supo adivinar, aunque no era fácil, lo que se escondía bajo las negras faldas de la joven Irina. Hoy, cada uno, nos acordamos de nuestros muertos. Por entonces también se acordaría cada uno de los suyos, pero además caías en la cuenta de los muertos de los demás, pues los lutos de las comadres, negros como la capa del toro de nuestra historia, te recordaban la falta del abuelo, la defunción del hermano, o la de una tía, o vete a saber de quién, que le había expirado al vecino, al amigo o al primero que vieras por la calle. Había moza que con un poco de mala suerte podía cruzar toda su juventud escondiendo su cuerpo y su alegría entre lutos por personas que siquiera apenas llegó a conocer. Terencio lo vio en sus ojos. Adivinó que ella no era tan triste como el luto que llevaba, por el brillo de la mirada que aquella mujer le mandaba entre sombríos y mal disimulados requiebros. Al tercer año de conocerla la vio por vez primera sin el negro, y otros tres años después se casaron.

Resulta curioso el porqué unos recuerdos se mantienen y otros se borran como si no hubiesen existido. Tal vez sea una forma de defendernos el ser humano de nosotros mismos. Quizá por ello Terencio creyó hasta su último día, que su vida empezó cuando apareció Irina, pues fue entonces cuando de verdad encontró fundamento para seguir viviéndola. De lo anterior, del resentimiento, de la venganza y de la humillación, ya nunca quiso saber nada.



Resulta curioso el porqué unos recuerdos se mantienen y otros se borran como si no hubiesen existido. Tal vez sea una forma de defendernos el ser humano de nosotros mismos.



Cuando el toro hubo despachado la silla se quedó mirando hacia el carro. Allí se había escondido alguien, eso era seguro. Pero el animal no los veía. Los hermanos estaban dentro del carro, quietos, sin moverse, mirando al toro de frente a él, pero inmóviles como el San Juan y el cordero del altar mayor de la Iglesia. Así, andando y buscándolos casi se metió hasta el corral y en la gorrinera y en la cuadra se escondían los mozos que se refugiaban por allí. Alguno, incluso, se metió debajo del cerdo. El abuelo de Miguel, el abuelo Elías, estuvo viendo toda la escena desde la puerta de la salita que estaba nada más entrar en la casa. En cuanto el toro se descuidó el hombre salió corriendo con la cuerda, sacándola a la calle donde varios hombres tiraron de ella hasta sacar el toro y seguir con la carrera.

El pequeño de los dos hermanos, de nombre Ceferino, emigró a la Argentina. Marchó pocos meses antes de entrar a ser quinto. Se fue medio hambriento y medio asustado. Le contaron cómo le iba en la mili a los de Valencia y no quiso ni siquiera probar. Se lo contó el abuelo de Miguel, que lo tenía como pinche y aprendiz y después como tornero, en la alfarería. Entró allí de muy pequeño. Apenas si podía trasportar los pellotes de arcilla que el «tío Elías», como él lo llamaba, después amasaba en el torno, y el crío se dedicaba a almacenar por el tendal los bebederos, los botijos, las «jarricas» y a ofrecer y vender a los forasteros cuando venían de la capital a comprar sus artículos. Algunas veces llegaban con carros tirados por jacas y los cargaban hasta los topes, para las tiendas del Puerto, del Mercado Central y de la parte de la Lonja, aunque con esos regateaba el abuelo, porque decía que sabían álgebra.

El pequeño Ceferino también ponía, con buen tacto, las cuñas en los culos de las jarras puestas boca abajo, para que no se pegaran con las bocas de las que se ponían encima haciendo así enormes pirámides en el tendal de la alfarería, que dejaban al sol hasta que se secaban para poder llevarlas al horno. Y hasta que aprendió a tornear y a modelar las pellas, se dedicaba a pintar dibujos aleatorios de un color verde tarquín en los lebrillos, los botijos, los cántaros... Sentado al lado del abuelo, Ceferino aprendía el oficio entre vueltas y vueltas de aquel torno que nunca paraba y del que parecía iba a salir, desenrollado, el mundo entero. Elías le contaba historias, como después se las contaría a sus propios nietos, y aquel muchacho se fue haciendo hombre oyendo sucedidos del monte, del toro y de las penas que le contaba por la guerra y lo que vino después.

Una tarde, de un día en que no vendieron nada, Ceferino guardó todos los cacharros dentro de la alfarería, buscó al «tío Elías» y entre balbuceos y tartamudeces le dijo: «Esto se acaba, ya lo ve usted. Las ganancias ya no dan para estar los dos aquí, no hace falta que me lo diga. Así que me voy, me marchó, aunque todavía no se a donde. Gracias... por todo». Llevaba días pensando en esa salida porque ya llevaba meses viendo cómo la alfarería y el «tío Elías» se iban muriendo a la vez, poco a poco. El uno de viejo y la otra, por el abandono de la gente que cambia sus hábitos sin tener en cuenta de dónde, cómo y porqué nacieron las cosas.

Aquella misma noche Ceferino decidió su partida. A su hermano se lo contó de madrugada, sentados en el catre, escribiéndoselo con un lápiz en un cuartillo de papel de estraza a la tenue luz de una bombilla. Terencio no lo oía y no eran horas de chillar y que se enteraran los padres. Le dio para el viaje unas pesetas que tenía



Al abuelo Elías lo enterraron bajo tierra. Siempre he pensado que no le cabe mayor gloria a un alfarero, que estar rebozado de la misma masa que un día eligió para dejar su historia y su trabajo en el mundo.



ahorradas y quedó allí sentado, llorando en silencio, mientras en su interior se le clavaban como varias agujas saqueras por el sentimiento de verlo partir. Quizá por el convencimiento de que su hermano hacía lo que él no se atrevía, se acordó de Irina y pensó que era una razón muy fuerte y entonces entendió que quedándose hacía lo correcto. Aún no había salido el sol cuando Ceferino se fue camino del Puerto de Valencia y se enroló en un barco que partió hacia Cuba. Ahí empezó su periplo por otros mundos, que son parte de otras muchas historias.

Miguel y Pepico observaban aquel portalón rojo y pensaban cuánta historia se esconde en todo lo viejo, en todo lo que en su día fue útil y estuvo vivo. Los niños tiene razón. Todo lo que hoy está muerto, una vez fue vida y sentimientos, pasión, amargura y muchas, muchas más cosas. Los dos se levantaron casi a la vez. Los demás mocosos, que se habían sentado en otro lado de la calle a descansar, también estaban ya dispuestos a seguir, así que cada uno se puso a lo suyo. Tiraron la cuerda y el que llevaba la punta preguntó a donde iban. «A Bechinos, de una castaña». «¿Sin parar?». Salieron los críos corriendo, cuesta abajo, y el que hacía de toro corría a todo lo que daba de sí, pero con las manos y los cuernos a un lado de la cadera, para no liarse con la comba de la cuerda que arrastraba delante de él.

Al abuelo Elías lo enterraron bajo tierra. Siempre he pensado que no le cabe mayor gloria a un alfarero, que estar rebozado de la misma masa que un día eligió para dejar su historia y su trabajo en el mundo. El material que conoce desde toda su vida, el que modeló con sus manos, horas y horas, días y días, hasta que se le fundieron los cartílagos de los dedos, desintegrados por el efecto repetitivo de la fuerza y la artrosis por la humedad. Decimos que la vida pasa y continúa, siempre ha sido así y siempre será. Pero a diferencia de antes, que unos se iban y otros venían y hacían lo mismo, el progreso nos lleva a que se vayan unos y los que vienen, lo hacen para hacer cosas distintas. Miguel no fue alfarero, se dedicó a otras cosas, fue un trabajador pero no un artesano.

Un día, años después, Miguel fue con su madre a llevarle flores a la tumba del abuelo. Allí continuaba el alfarero, solitario, pero elegante y presumido. Parecía que desde su último cobijo jaleara a todos los vecinos de los nichos colindantes, diciéndoles, «mirad... yo estoy aquí, en la tierra, donde todo nació, donde todo pasa; desde donde de todo me entero.» Miguel le quitó las flores secas y al vaciar el jarroncillo que veinte años antes habían moldeado las manos su abuelo, se dio cuenta de que llevaba un pequeño poso de tarquín en el fondo. Lo lavó con agua bajo el grifo y al mirar dentro para ver si estaba limpio, se encontró, escrito con óxido de cobalto, de color azul, el nombre de Ceferino. No de un azul cualquiera, sino del azul más hermoso y fresco que jamás exista entre todos los colores. Quizá el «tío Elías» quiso pintar el color de la lealtad, la sinceridad, la complicidad de una persona que no precisaba hablar para decir todo cuanto se necesitaba oír. Quizá eso sea la amistad.

Cuando Miguel se marchaba del cementerio se topó con dos hombres, ya mayores, que paseaban por allí. No los conocía, no sabía quién eran, ni siquiera sus nombres. Al que parecía menos anciano no lo había visto nunca, además de que hablaba con un extraño deje de forastero. Al otro sí que lo había visto por Chiva. Lo recordaba porque era inconfundible, por su corpulencia, a pesar de andar encorvado apoyado en su garrote, y también, porque llevaba un audífono enorme colocado dentro de su oído izquierdo.





El feliz «no cumpleaños» de esas embriagadoras curvas

A mediados de siglo pasado, Chiva contaba ya con varias bodegas, pero el volumen de producción de uva que se generaba en la población, obligaba a muchos chivanos a llevar sus cosechas a bodegas de otros pueblos como Cheste o Godella. Esta situación hizo que a principios de los años cincuenta, un grupo de chivanos empezara a organizarse y a asesorarse con el fin de crear una nueva bodega; para ello se convocó a todo el pueblo a una reunión en el teatro Astoria, donde tratar de reunir socios con los que constituir la nueva Cooperativa, la «Vínica chivana». Así, tal y como lo reflejan los periódicos de la época, en 1951 era una «obra terminada ya con toda rapidez y acierto. El año pasado era un proyecto, hoy es una realidad». De esta forma, gracias al esfuerzo y dedicación de unos socios-cooperativistas que, a ratos y después de sus trabajos, acudían a afanarse en la construcción de las instalaciones, el sueño se había materializado.

Hoy en día, este edificio diseñado por el prestigioso arquitecto Arturo Monfor que realizó numerosos e importantes proyectos arquitectónicos, entre los que cabe destacar el del puente de Aragón de Valencia, el cual fue diseñado junto a José Burguera y Gabriel Leyda.

Es, por sus características, uno de las construcciones agrícolas más bellas y representativas de nuestra comarca. Debemos destacar que la Consellería de cultura, mediante la Dirección General de Patrimonio Cultural Valenciano, contempla esta construcción dentro de la catalogación de «Bienes inmuebles patrimoniales etnológicos». Una bodega de la que tenemos que destacar, además de la importancia de su arquitectura, el hecho de que contara, entre uno de sus trabajadores más ilustres, con el ingeniero agrónomo Pascual Carrión Carrión.

Pascual Carrión (Sax, Alicante, 3 de noviembre de 1891, Valencia, 15 de septiembre de 1976), fue un prestigioso ingeniero que, además de editar numerosas publicaciones, destacó a principios del siglo XX por ser uno de los más activos miembros y promotores de Comisión Técnica encargada de elaborar la Ley de Reforma Agraria de la Segunda República.

Este edificio constituye un emblema de lo que es hoy Chiva, y de lo que somos nosotros como chivanos; un pueblo que ha crecido gracias a su agricultura, constituyendo la principal fuente económica y generadora de riqueza del municipio has-

Texto:

Roberto Martínez

Ilustraciones:

Sera Miró

Título:

Bodega

Página 82

Bodega. 1957

Foto anónima.



ta hace bien poco. Una villa que se llenaba cada verano con el sonido incesante de vehículos agrícolas, en cuyos remolques iban encaramados los miembros de cada cuadrilla, ataviados con la gorra, la mochila del almuerzo y el pan recién comprado. Un murmullo que, junto al fresco de la mañana, anunciaba el inicio de un nuevo día de trabajo. Todo se impregnaba de ese olor a mosto tan característico de cada verano, en el que la bodega se convertía en el centro neurálgico del pueblo, llena de tractores colmados de uva inclinados en las tolvas, gente pesando, sacando el grado, ...

Para muchos de nosotros, la cooperativa ha formado parte de nuestras vidas, no solo por esos días de trabajo estival, sino también por ser uno de nuestros emblemas identitarios, de nuestra chivanía. Esas curvas de color burdeos de la fachada, aparecen como fondo de muchas de nuestras fotografías, montados en carrozas, disfrazados, paseando el toro por delante de ella o, simplemente, siendo la embajadora en las etiquetas de nuestros vinos. Sin duda, y casi sin darnos cuenta, ese edificio, dice mucho de nosotros, nos dota de personalidad. No obstante, sorprende ver como en el 2011, lejos de festejar su sesenta aniversario, nos encontramos ante un panorama bien diferente, pues cabe la posibilidad de que desaparezca, ya que existe un proyecto para la construcción en el solar de numerosas viviendas. Solo nos consuela, en parte, que, por lo menos, la propuesta planteada a los socios y aprobada en la asamblea del once de julio de dos mil ocho, contempla la protección de la singular y emblemática fachada. La fachada se respetaría, sino totalmente, el máximo de metros que nos sea posible» (Libro de actas de la asamblea general de la Cooperativa Valenciana Vínica Chivana, realizada el once de julio de dos mil ocho. Página 13, párrafo cinco).

Todos conocemos la difícil situación por la que pasa la agricultura y la importancia que supone este plan urbanístico para la viabilidad económica de la Cooperativa, aun así, deberían seguir buscándose alternativas que permitan asegurar la rentabilidad de la entidad, así como la preservación del monumento que la acoge, que además de estar todavía capacitado para ser un ente funcional y generador de riqueza, es un objeto de gran valor patrimonial; un símbolo de tradición y, a la vez, de progreso. Tenemos que ser conscientes de que la actual paralización de este proyecto responde únicamente a la crisis del sector inmobiliario, por ello, antes de que sea demasiado tarde, convendría que tanto administraciones, junta directiva y los propios socios, plantearan otras opciones para dar una solución más sostenible a este problema que no solo afecta a esta institución, sino a todo el municipio.

El pueblo ha de valorar y reconocer ese patrimonio, que aunque en manos privadas, es de todos; tiene la responsabilidad de procurar su conservación en su propio beneficio y en el de la posteridad. Hemos de apelar a una sociedad que deje de ser pasiva y que abandone su papel de mero espectador, el cual se limita únicamente a aplaudir o a criticar las posibles actuaciones. Hay que reconocer lo que con esfuerzo nos dejaron nuestros antepasados, algo que, al margen de cualquier prurito conservacionista, nos permita profundizar en nuestra propia identidad cultural a través de ellos. Éticamente nos corresponde pensar en nuestros descendientes, a cuyo juicio y criterio se someterá nuestra sensibilidad y responsabilidades culturales. Por todo ello, lo que nosotros dejamos a nuestros hijos y nietos no es más que un referente al que poder mirar con orgullo.





Tota pedra fa paret

(www.plataformas ierrachiva.org)

Al decir de un viejo ribacero que conocí en Morella, no hi ha pedra prou redona que no valga per a fer marge.

El tópico que he elegido para el título y la sentencia del viejo maestro vienen a dejar claro un elemento fundamental para entender esta tecnología: que sólo de la habilidad del que elige y pone las piedras depende la estabilidad, la idoneidad respecto de los requisitos que motivan y justifican la faena y la estética de la obra terminada. No valen excusas, especialmente la más socorrida entre los espontáneos que, enfrentados a la tarea, se quejan de la mala calidad de la piedra con la que deben trabajar.

Decía Arturo Zaragozá en unos apuntes para el primer master de restauración arquitectónica de la UPV que las obras realizadas utilizando la piedra seca como único elemento constituyen el «grado cero» de la arquitectura valenciana. Ubicua y anónima, quizá sobre todo anónima, pero no obstante Arquitectura.

Y de arquitectura tiene, al menos, la cualidad de aprovechar los materiales disponibles para resolver las necesidades de abrigo, contención o delimitación del espacio con un resultado estético, pretendido o no, que eso es lo de menos. Quizá este valor estético venga del mero recurso de organizar los materiales desde el aparente caos natural hasta un orden humano y, en esa operación, transformar el monte en un paisaje cultural, en un paisaje humanizado. Por contraste, otro aspecto estético de las obras de piedra en seco viene de la intrínseca cualidad de integrarse en el medio, de constituirse enseguida en parte del paisaje que la acoge, y esto porque se parte de los materiales presentes en el entorno inmediato.

En nuestra comarca, la arquitectura de la piedra en seco está ligada especialmente a la agricultura y abarca desde los ribazos que contienen y delimitan los bancales, hasta las barracas o casetas de piedra que constituyen el punto culminante de esta tecnología.

Las casicas y corrales no entrarían en esta categoría por utilizar elementos ligantes, barro, yeso, mortero, y por lo tanto pertenecer a una categoría tecnológica diferente. Admitamos la pequeña dosis de arbitrariedad que tiene toda clasificación científica técnica, puesto que además nos aporta un argumento de fondo: la simple adición de barro u otro mortero mejora poco la nula capacidad de trabajar a tracción de estas obras de fábrica, pero sin embargo permite realizar construcciones

Texto:

Paco Blay
Arqueólogo

Página 84

Abrigo en la Centinela. 1954
Foto Francisco Gimeno.

Página 87

Arriba:
Las Pedrizas. 1977.
Foto Mora Yuste.
Abajo:
Canadillas. 1976.
Foto Mora Yuste.

Página 88 y 89

Haciendo ribazo por el «Piojo». 1964.
Foto Vicente Burriel

1- En la partida del Coto Torreto existen restos que pueden ser de una barraca de piedra en seco. Es la única de las situadas en la sierra que no se relaciona directamente con la protección de algún posico o fuente y es difícil saber cuando se construyó y con que fin

2- El año 2009 restauramos una en la Pedriza

grandes con menos exigencias en cuanto a los materiales, muros más delgados, menos piedras, más irregulares y con menos cuidados en cuanto a la colocación, porque pueden utilizar cubiertas más ligeras con pares de mayor luz.

La construcción de espacios cubiertos utilizando exclusivamente piedras dispuestas de forma que se estabilicen sólo merced al rozamiento y el peso, también llamados de falsa cúpula, es un recurso constructivo que se extiende por todo el ámbito mediterráneo desde la prehistoria, con ejemplos tan notables como el tesoro de Atreo en Micenas o les navetes menorquinas.

Aunque estos edificios tienen siempre un aspecto primigenio y ancestral, no conozco en estas tierras ninguna barraca ni refugio de piedra en seco que pueda ser muy antiguo (1). Todas las que conocemos en pie están relacionadas con la expansión de las prácticas agrícolas modernas a tierras marginales que no se pusieron en explotación hasta época moderna, formando parte de un proceso de roturación de tierras que se intensifica por diversos fenómenos sociales a lo largo del siglo XVIII y culmina en los primeros decenios del XX con la puesta en explotación de las laderas de La Sierra, retrepando los cultivos a cotas cercanas a los 900 metros. Pero en La Sierra no hay barracas, sólo casicas, en las que la madera cobra protagonismo –los rollizos de pino de las viguetas y la cumbreira–.

Así, parece ser que las barracas propiamente dichas se circunscriben a las tierras pobres más bajas, mientras que la disponibilidad de árboles de tamaño suficiente propiciaría el cambio de modelo en La Sierra. Por otro lado, las tierras más bajas son también las más próximas al pueblo, mejor comunicadas, y por lo tanto no se hace tan indispensable disponer de una construcción permanente en la que pernoctar, mientras que la función de abrigo circunstancial la cumple con suficiencia la simple y discreta barraca de piedra en seco.

El repertorio formal es muy reducido, tratándose más bien de un único programa adaptado a los cambios de escala. Hay edificios en forma de casco o cono muy pequeños, lo justo para cubrir y proteger pozos o aljibes, otros en que este cono se desarrolla sobre un tambor más o menos desarrollado, lo que permite alcanzar mayor altura y luz interiores. En este tamaño a veces se adopta una planta de dominante cuadrada o rectangular que en nuestra comarca es exclusiva de las barracas más grandes. En otras comarcas existen edificios todavía mayores que recuerdan pirámides escalonadas, utilizadas por lo general para cubrir los grandes pozos de nieve –por cierto ¿era así la Nevera de Chiva, perdida la cubierta desde hace demasiado tiempo?–.

Es llamativa la «restauración» de la práctica totalidad de las barracas de piedra en seco que todavía hoy tienen utilidad con la adición de un sombrero de hormigón o mortero. No hay palabras. Aunque bienintencionada, esta práctica es una agresión a nuestro patrimonio, tan grotesca como completar un Goya con titanlux. Es posible restaurar y mantener estas barracas en su forma prístina (2). No hay nada en las prácticas constructivas modernas que aporte eficacia, valor o estética a una construcción de piedra en seco y se deben evitar.

En realidad las barracas son sólo una extensión sofisticada de la práctica y necesidad de construir ribazos. Estos son la expresión más humilde de esta ar-

quitectura, son omnipresentes en el paisaje agrario de la comarca, donde es necesario contener las tierras de labor, drenar las aguas, delimitar caminos, construir apriscos... una tecnología dúctil, fácil y barata en recursos que cubre muchas funciones, pero además una necesidad práctica: fuera de los valles y cañadas más fértiles, grandes áreas del término están formados por costras de tapá cubriendo la superficie de los cerros, de forma que sólo pueden llegar a cultivarse rompiendo esta costra para acumular la poca tierra de labor aprovechable. Quedan enormes volúmenes de piedras de todos los tamaños que hay que sacar a los lindes de la propiedad que terminarán formando ribazos entre propiedades o en el lindero del monte, ya sin otra función que la de servir de depósito de piedras. En muchos casos es aquí donde se construyen las barracas u otros refugios menos sofisticados, sólo ordenando los materiales de desecho de forma que todavía puedan resultar útiles y haciendo de un problema una pequeña ventaja.

La mecanización agrícola de la segunda mitad del siglo XX produjo enormes cambios en todos los aspectos de la vida rural y la construcción de piedra en seco no fue ajena a este fenómeno, pues si de un lado se facilitaba el transporte de los materiales hasta donde los disponibles no eran los idóneos, llegó un momento en que simplemente dejaron de construirse ribazos.

Hoy las prácticas agrícolas están desapareciendo de nuestras tierras, no transformándose, no nos engañemos. Sin embargo, aun abandonados a su suerte desde hace dos generaciones, los ribazos siguen cumpliendo una callada función: fueron contruidos para contener las tierras en las laderas, manteniendo el suelo fértil y permitiendo el drenaje del exceso de las lluvias ladera abajo, es decir, conteniendo la erosión. En unas montañas con unas pendientes muy elevadas, con suelos pobres y pedregosos, lluvias marcadamente estacionales y esquilmadas durante siglos por la ganadería y por prácticas agroforestales imprudentes, la construcción en los montes de decenas de kilómetros de ribazos y bancales por las manos anónimas de nuestros mayores de pocas generaciones atrás, está redundando en la actualidad en facilitar la regeneración natural de los montes, contribuyendo a mitigar la erosión y aminorar el efecto destructor de los incendios y, quizá, facilitando la vuelta del monte a lo que fue suyo, aunque sea con algunas generaciones de retraso.

Hace años planteé en un trabajo de investigación el valor en jornales de los ribazos que formaban una labor en la sierra: construir hoy los ribazos resultaría sencillamente impagable. Afortunadamente la inversión está hecha y funciona, aunque sea de una forma que causaría estupor a quienes los contruyeron.

Así que, no es indiferente destruir un ribazo durante una obra, pública o privada. Al menos debería ser repuesto. Tampoco vale su sustitución por obras de hormigón que nunca tendrán la suficiente permeabilidad y flexibilidad, que son antieconómicos porque se contruyen con técnicas y materiales ajenos, voraces de energía y de transportes. De poco sirven los costosísimos programas de repoblación forestal si con ellos se destruyen los soportes físicos naturalizados que contienen el suelo, al menos no sirven al beneficio de la comunidad ni a los objetivos de quienes amamos la sierra y la queremos verde.









EDICIONES ÁTAME

Átame monográficos

El Castillo de Chiva a través del archivo Mora Yuste

Desde el primer número «Átame» siempre hemos venido reivindicando nuestro singular patrimonio cultural e histórico, tanto los bienes inmateriales, que tanto han contribuido a configurar la actual idiosincrasia de Chiva, como los materiales. De entre estos últimos, sin duda, el más emblemático es nuestro Castillo, por eso hemos querido que sea el protagonista del primer número de nuestro último proyecto, la serie: «Átame Monográficos».

Esta colección que ahora lanzamos, nace debido a la necesidad de desarrollar algunos de esos componentes patrimoniales, que hemos mencionado, más ampliamente y con más profundidad de lo que nos permite el actual formato y carácter de nuestra publicación anual. Para abordar estos temas de interés que vamos a tratar, pensamos colaborar, como hemos hecho en este primer número, con diferentes expertos en cada una de las materias. En este caso, para conocer mejor esas escasas ruinas que quedan (de lo que fue una de las fortificaciones más poderosas de Valencia) y su futuro, nos pusimos en contacto con el especialista que más ha estudiado la arcaica fortificación, el que mejor la conoce, el arqueólogo chivano Paco Blay.

El texto resultante es fruto de algunas de las conferencias referidas al baluarte que este investigador ha realizado durante los últimos diez años, ilustrado ahora con las referencias bibliográficas y documentales imprescindibles, con un discurso ampliado y matizado hasta donde sólo puede realizarse por escrito. Pero además el autor ha podido contar para su labor con una documentación muy importante, el archivo fotográfico de Manuel Mora Yuste, que permite apreciar la evolución de las ruinas del castillo y las murallas de Chiva en el último siglo. Así el libro, se convierte también en un pequeño homenaje del autor a la figura del erudito local, en su faceta de recolector impenitente de documentos sobre nuestra villa. En el libro convergen pues, explícitamente, la línea editorial de Átame y la trayectoria personal y profesional del autor. Desde un texto, que trata de ser una puesta al día de los conocimientos disponibles sobre el castillo, desde el punto de vista histórico, se llega a un análisis de los procesos que han dado lugar al estado actual de la fortaleza y su entorno en los aspectos administrativos, legales y políticos, para terminar con una reflexión sobre las perspectivas de futuro y el impacto de la gestión urbanística, como base para una reflexión en torno a la viabilidad, objetivos y limitaciones de un proyecto de restauración que, lamentablemente, nunca llega.

Texto:

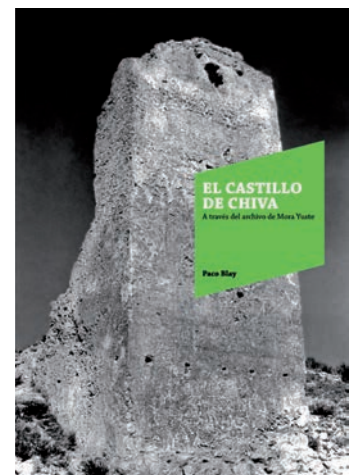
Consejo Redacción
Átame

Ilustración:

Oscar Mora

Título:

Castillo a la noche





La Covacha de la ladera del Castillo

Con este nombre es conocido el yacimiento arqueológico que apareció en Chiva el 4 de febrero del año 1953 en la conocida como «Cantera de Cano», en la partida de la Cueva Catalá, mientras se realizaban las obras de la carretera que sería conocida como Nacional III. Era entonces alcalde de Chiva el Dr. Bernat y fueron los propios operarios e ingenieros de la carretera quienes se dieron cuenta de que los restos que habían aparecido debían tener una cierta importancia. Los señores Carrascosa y Deval se pusieron en contacto con el erudito Almela y Vives quien a su vez lo puso en conocimiento del entonces director del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia el arqueólogo D. Domingo Fletcher Valls. El día 5 de febrero se personó allí junto al subdirector, D. Enrique Pla, comprobando *in situ* que efectivamente habían quedado a la vista restos humanos, cerámicas, sílex, hachas pulidas, etc.

Hoy no nos llama la atención que una obra pública se paralice para que se realicen trabajos arqueológicos que recuperan restos de nuestro patrimonio y nos explican parte del pasado, pero hay que reconocer que hace 50 años era algo poco habitual. Sin embargo, gracias a la observación e interés de aquellos hombres se paró la obra y se pudo excavar una cueva de enterramiento sepulcral de época Calcolítica (IV-III milenio antes de Cristo), la primera conocida en la comarca, aunque con paralelos claros en muchas otras zonas (Cova de la Pastora, Alcoi; Camí Real d'Alacant, Albaida, etc.) Esta cultura, conocida también como Eneolítica, se caracteriza por tener una economía basada en la agricultura y la ganadería, trabajar por primera vez el metal produciendo piezas de cobre y poseer lugares y rituales de enterramiento ya sea dentro o fuera de los poblados.

La covacha de la ladera del castillo es un lugar de enterramiento secundario que significa que no fue en esta cueva donde enterraron los restos por primera vez, razón por la cual sólo se encontraron restos craneales. Esta es una práctica bastante habitual en esos momentos, enterramientos colectivos y secundarios en cuevas y grietas acompañados de ajuar que caracterizan bien esta cultura. En el caso de Chiva el ajuar que se pudo recuperar fue muy significativo: un cuenco de cerámica a mano y varios fragmentos de otros vasos cerámicos, dos hachas de piedra pulida, tres azuelas, cuatro puntas de flecha de sílex, 13 cuchillos de

Texto:

Begoña Soler
Arqueóloga. Museu de
Prehistòria de València

Página 92

Covacha. 1953.
Foto anónima.

Página 93

Dibujo realizado en
1953 por Mora Yuste
de los objetos encontrados en la Covacha
Sepulcral de Chiva

Página 94

Algunas de las Piezas
encontradas. 1995
Foto Gil Carles





sílex, un puñal de sílex de color negro bastante excepcional, un punzón de cobre y varios punzones de hueso. El puñal de sílex fue objeto de un minucioso análisis por parte del investigador del SIP J. Juan Cabanilles, dados sus escasos paralelos y su magnífica factura. Es un objeto al que los estudios dan como posible útil, pero que al hallarse en contexto funerario se relaciona a su vez con la realización de depósitos rituales.

Estos restos materiales tuvieron desde el momento de su hallazgo una gran relevancia, de tal manera que se quisieron exponer en las vitrinas del museo inmediatamente, lamentándose los entonces responsables del museo de no tener suficiente espacio. En poco tiempo se subsanó el problema y así se expusieron en el Palau de la Batlia hasta 1982, momento en el que el museo se traslada a su actual emplazamiento donde siguen expuestos desde 1995.

El estudio de los restos humanos

Desde el momento en que el barreno que debía abrir paso a la carretera dejó al descubierto esta covacha, se observaron restos de cráneos, que ya en el año 1957 fueron estudiados por el Dr. Miguel Fusté del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Barcelona. En ese trabajo se determina que los fragmentos recuperados podrían corresponder a siete individuos, pero que dado el estado de conservación sólo se puede reconstruir una bóveda craneal que corresponde a un individuo juvenil de entre 18 y 20 años.

El interés que encierran los restos humanos y, especialmente los cráneos, resulta evidente dada la cantidad de información que proporcionan sobre los individuos en vida. En el caso de los cráneos, su estudio detallado permite determinar el sexo, la edad y enfermedades que hayan quedado patentes en los huesos. Asimismo, si se conservan los restos de mandíbula y dientes también se puede obtener información sobre la cantidad, calidad y tipo de alimentos ingeridos.

La osteoarqueología está contribuyendo con nuevos análisis a ampliar la documentación que de los restos humanos se tenía. Prueba de ello es la revisión efectuada en 2010 por la arqueóloga forense Ángela Pérez Fernández, sobre la colección de restos humanos depositados en el Museo de Prehistoria, que ha permitido determinar finalmente que los restos pertenecían sólo a cuatro individuos. Se trata de un individuo joven entre 18 y 20 años probablemente femenino, dos individuos juveniles-adultos (masculino y femenino) y un individuo probablemente masculino, senil, de unos 60 años que presenta una osteoporosis avanzada y deformaciones propias de la avanzada edad.

Como vemos, a pesar de los avatares de la excavación y de los más de 50 años transcurridos, los restos recuperados en la Covacha de la ladera del Castillo siguen proporcionando información sobre una comunidad agrícola, que debió vivir en las proximidades del cerro del Castillo y que decidió realizar en esta grieta de la montaña un ritual de enterramiento hace 4.000 años.

Bibliografía

- Flether Valls, D. (1957): *La Covacha sepulcral de la ladera del Castillo (Chiva)*. Archivo de Prehistoria Levantina, VI. Diputación de Valencia. Pp. 13-26
- Fuste Ara, M. (1957): *Cráneo dinámico-armenoide de época eneolítica procedente de Chiva (Valencia)*. Archivo de Prehistoria Levantina, VI. Diputación de Valencia. Pp. 27-43
- Juan Cabanilles, J. (1990): *A propòsit d'un puntal de retoc en peladures i sílex polit de la Cova del Barranc de l'Infern (Gandia, València)*. Archivo de Prehistoria Levantina XX. Diputación de Valencia. Pp. 201-222
- VVAA (1953): *La labor del SIP y su Museo*. Diputación de Valencia





Canción del torico

Foto: Chivanas antiguas en tarde de Pascua. 1926.

Levántate chivanico
y da de la cama un brinco,
mira que ya son las cinco,
la salida es a las seis.

Y aquel que no lleve el toro
por el alto la Parrilla
lo mandan a hacer tortilla
al lado de su mujer.

Y la «Morenica» que todo lo ve
Te bendecirá, te bendecirá, te bendecirá.
Ríau, Ríau.

Jotica

Recopilada por Elvira Sánchez Alarcón.
“La Justillera”

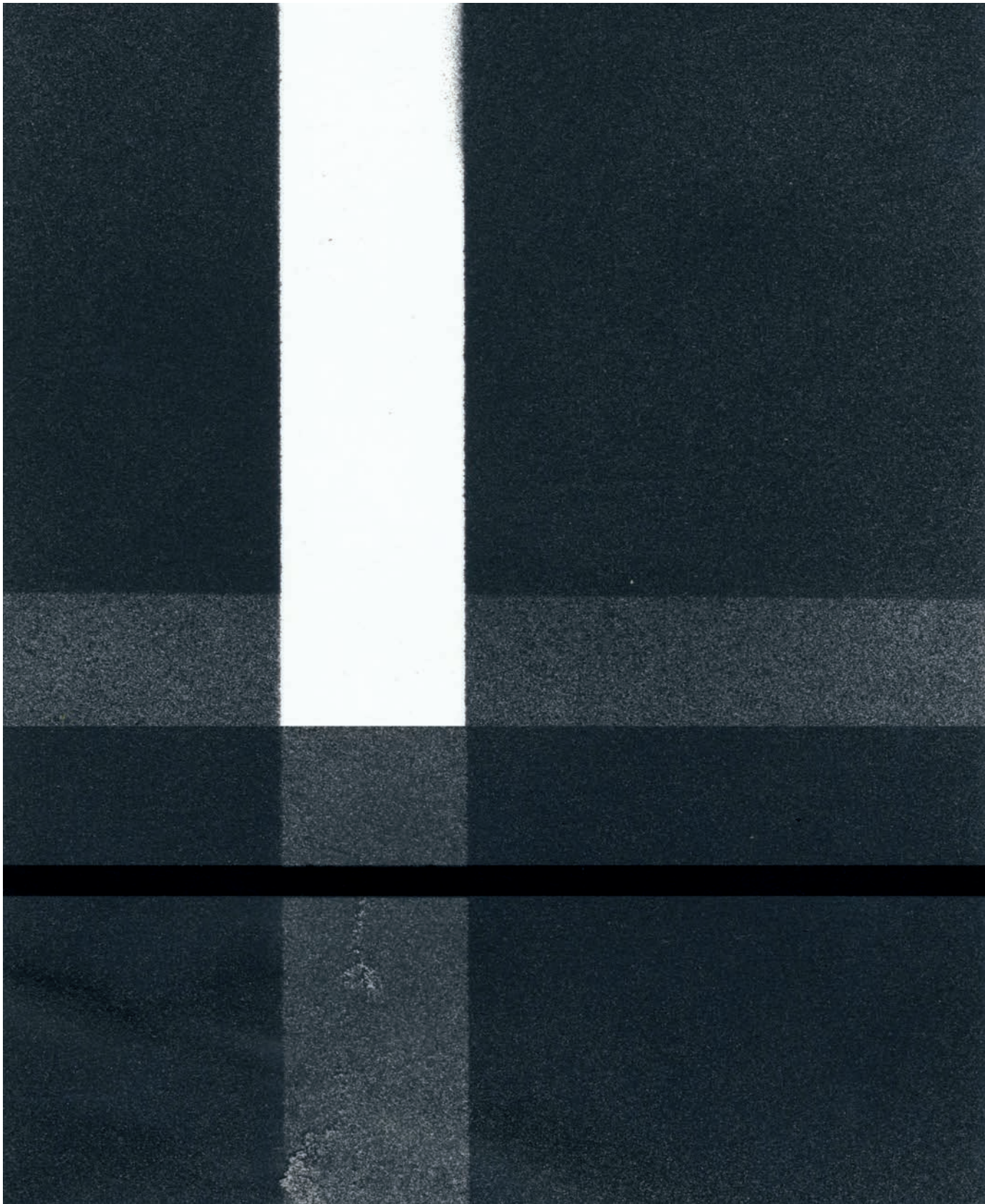
Que bonita está Valencia
con las ventanas al río,
pero más bonita Chiva
con la Virgen del Castillo.

Bien te acordarás mañica
del viernes de carnaval
cuando íbamos paseando
por la orilla el Armajal.

Y te metía la mano
por debajo el delantal
y tu madre nos veía
y no nos decía ná.

Y es que tu madre quería,
que a su hija la acompañaran (*tocarla*).

Chunga la mañana,
la mañana chungu
fresca mi morena
como una lechuga.



El verso de mi abuela

Mi abuela se llamaba Consuelo Martí Latorre, nació en Chiva a las doce del mediodía del 19 de enero de 1901, todo el pueblo la conocía como «Consuelo la Morruda», fue la segunda niña que vino al mundo con el siglo anterior, el XX. La primera fue la «tía Paca», que nació el día 1 de enero de ese mismo año, y a la que apodaron, por tal circunstancia, «la Sigla».

Los padres de mi abuela, mis bisabuelos, se llamaban Atanasio Martí, al que, para abreviar dado que el nombre de Atanasio les parecía muy largo, todo el mundo llamaba «Ignasio» y Petra Latorre. Atanasio Martí era el «hombre bueno» de Chiva. A él acudían los vecinos de Chiva que tenían problemas de tierras, de herencias, familiares y de otra naturaleza. El tío «Ignasio», al que llamaban de mote «Santana», les ayudaba a resolver el problema o lo resolvía él aplicando el sentido común, porque era lego en derecho.

El «tío Santana» era un agricultor trabajador y honesto, respetado por sus familiares y vecinos, por eso confiaban en él para resolver los problemas que surgían en el pueblo, principalmente de tipo agrícola, pero también de otra naturaleza, como discusiones conyugales, litigios por reparto de tierras o de herencias, entre otros.

Los dos hermanos de mi abuela se llamaban Pepe y Antonio. Pepe era un tipo muy divertido, con mucho humor chivano, de los que era imposible estar a su lado y no reír constantemente. Le gustaba, como decía mi abuela, «hacer la risa». Así, solía coger una vara a la que ataba una cuerda y un higo en su extremo y se paseaba por el pueblo gastando bromas. Antonio era más sobrio, un agricultor abnegado típico de la época.

Me contaba mi abuela que la bautizaron en la Iglesia de San Juan Bautista de Chiva, en la «Plasica Vieja», y fueron sus padrinos Vicente Sánchez Máñez y su hija Consuelo Sánchez Olivet. El convite tuvo lugar en la última casa del «Hondo», junto a la «Torreta», casa que todavía se conserva y que me gusta ver cada vez que voy a Chiva. Una anécdota de su bautizo que ella me contaba era que su hermano Antonio irrumpió en la casa donde se estaban efectuando los preparativos para el convite y exclamó: «Señá Ramona, y'astán muertos los pollos pa la paella». Lo que motivó una carcajada general de todos los asistentes.

Mi abuela era una mujer pequeña de cuerpo pero grande de inteligencia y de corazón. Era una mujer realmente extraordinaria. Tuvo que dejar los estudios siendo muy pequeña, con ocho años de edad, con el fin de poder cuidar a su madre que se encontraba delicada de salud.

Texto:

Juan Francisco
Mejías
Magistrado

Ilustración:

Carmen Ortíz

Página 100

Fuente Plaza.
Foto anónima.

Página 101

Calle San
Antonio. 1975.
Foto Mora Yuste.



Le gustaba mucho la Zarzuela, hasta el punto de que fue la presidenta de una peña de mujeres admiradoras del barítono mallorquín Francisco Bosch, que llegó a ser un gran amigo de todas ellas. Mi abuela me contaba que durante la gira que realizaban por Valencia iban a ver las dos representaciones diarias de la misma zarzuela. Solían ir al famoso Teatro Apolo, situado en la calle Don Juan de Austria de Valencia. No se cansaban de escucharla y disfrutaban mucho en tiempos de grandes penurias, puesto que nos remontamos a la época de la postguerra.

Era una mujer muy querida por sus convecinos, por todos los chivanos que la conocieron. Recuerdo perfectamente como pasear con ella por las angostas calles de Chiva suponía que nos parásemos constantemente para hablar con personas que la conocían, que querían saludarla, hablar con ella, recordar viejos tiempos, agradecerle sus favores, sus consejos, su ayuda. Yo, en aquel tiempo, era muy joven y me sorprendía como las personas que se le acercaban la querían de verdad, le manifestaban un afecto sincero y entrañable. Nunca olvidaré esto. Lo llevo clavado en mi corazón.

Mi abuela era una mujer laboriosa, tenaz, honesta, familiar. Desde los ocho años se dedicó al cuidado de su madre y a la atención de la casa. Además, para traer dinero a casa, vendía agua en la estación, les rezaba a los muertos y cosía por encargo. Iba todas las tardes a casa de la «tía María la Chupo» para aprender a coser. Finalmente se puso a servir como empleada doméstica en una de las casas más importantes de Chiva. El marido de la señora de la casa, D^a. Leonor, era uno de los accionistas y directivos de RENFE, lo que tuvo su importancia para su futuro novio y para el hermano de su novio, que también acabó en RENFE.

Con dieciséis años le cosió sus primeros pantalones a su novio, Fernando Gómez Muerdra, de mote «Pedrapiquero», al que terminó colocando como empleado de RENFE, al igual que a un hermano de su novio. Mi abuela era una de las mujeres con más energía vital y más capacidad de trabajo que he conocido nunca. Era una persona extremadamente perfeccionista, cualquier cosa que se proponía realizar la hacía no solo bien sino muy bien, ya fuera relativo a su trabajo como costurera, como sirvienta, como ama de casa o como cocinera, repostera, o cualquier otra actividad que acometiese. Aún recuerdo el sabor del arroz con pollo que ella hacía. Nunca he vuelto a comer uno igual.

Una de las cosas que más me gustaba cuando era adolescente era, precisamente, que mi abuela me contara historias de Chiva, y podría escribir un libro entero relatándolas, referiré únicamente dos muy significativas. Una muy divertida se refiere a un chivano que iba con un parche en un ojo, a modo de pirata, y otro vecino le dijo que porque iba con el ojo tapado si no tenía ningún problema en el mismo, a lo que el primero le contestó, de forma escéptica, «pa no ver tanto». Obviamente ya en aquel tiempo, principios del siglo XX, había quien prefería no ver la cruda realidad.

Otra de las historias que me contaba mi abuela se refería al proyecto de constitución de «sociedad de mujeres», es decir, de una asociación, formada únicamente por mujeres, para reivindicar la igualdad con el hombre, pero a todos los niveles. Se proponían prepararse para poder realizar tareas agrícolas, hasta ese momento reservadas únicamente al hombre. No se trataba de una asociación contra los hombres sino a favor del reconocimiento laboral y social de la mujer como persona en igualdad con el resto de personas, independientemente de su sexo. Mi abuela hubiera formado parte de

su junta directiva, le habían reservado el cargo de contadora, no obstante tal asociación no llegó a constituirse. Sin embargo la idea surgió, y a mi juicio era fantástica.

Pues bien, cuando mi abuela tenía tres años de edad acudieron una noche de visita a su casa tres personajes notables del pueblo; el alcalde, el cura y el maestro. Tenían una cosa importante que hablar con los padres de mi abuela, Atanasio y Petra. Con motivo de las celebraciones locales que se realizaban al terminar los exámenes finales de las escuelas del pueblo, se realizaba un gran espectáculo popular, donde tocaba la banda de música de Chiva y se llevaban a cabo otras actuaciones e intervenciones literarias y de entretenimiento. Los organizadores arriba expresados habían pensado que la primera niña nacida con el siglo recitase un verso escrito por ellos. Había surgido un problema, la niña en cuestión no se había aprendido el verso, por lo que, ante la inminencia del acto, que se iba a realizar unas semanas después, los tres personajes referidos decidieron que lo intentase la segunda niña nacida con el siglo, esto es, mi abuela, si bien manifestaron que tenían pocas esperanzas de que pudiese aprenderse el verso y recitarlo, dado que la otra niña no lo había conseguido. Me contaba mi abuela que escuchó esta conversación del alcalde, el cura y el maestro con sus padres, escondida detrás de una cortina y que se propuso con todas sus fuerzas conseguirlo. Y así fue. Llegado el día todo estaba preparado, la mesa presidencial con alcalde y concejales, la banda de música, el escenario y el público.

En el momento indicado apareció sobre el escenario mi abuela, una niña de tres años, diminuta, vestida con una bata blanca de piqué y con una banda longitudinal que iba desde su hombro hasta su cadera, con los colores de la bandera de España. Le habían preparado un pequeño atrio, realizado con una caja de naranjas, la cual había sido igualmente forrada con los colores de la bandera nacional. Subida al mismo y con gran tranquilidad recitó el verso que decía lo siguiente:

Magnífico Ayuntamiento
Y digna Junta Local,
Cuyo celo paternal
Nos infunde un vivo aliento.
Padres, que en este momento,
De júbilo rebozáis,
Oyentes que nos honráis
Con vuestra amable asistencia
Prestadnos benevolencia
Ya que tanto nos amáis.

Al terminar de recitar el verso, todos los asistentes prorrumpieron en un sonoro aplauso, que fue correspondido por unos saludos con inclinación por parte de la niña, mi abuela, que había conseguido su propósito.

Este verso me lo recitó mi abuela en muchas ocasiones, y cuando falleció me dí cuenta que yo era el único chivano que lo conocía. Por eso, como homenaje a mi querida abuela, a la que yo adoraba y sigo adorando, he enseñado este verso a mis dos hijos y lo escribo en estas líneas para que no se pierda esa parte de la microhistoria chivana.





El batallón infantil de la villa de Chiva

Con la coronación del Rey Alfonso XIII, surgirían en España distintas exaltaciones a favor de la Monarquía; las autoridades locales por su parte realizaron numerosas expresiones para congraciarse con el gobierno de la nación. La Villa de Chiva, que cuenta con un pasado militar individual y colectivo envidiable, se sumó a este tipo de manifestaciones entusiastas con diferentes acciones, pero sin duda la más llamativa y exclusiva de todas fue la formación del «Batallón Infantil de la Villa de Chiva».

Del análisis de su creación que realizamos en la Sociedad Histórico Militar de la Villa de Chiva, con la poca documentación que existe, podemos confirmar que su fundación fue el 5 de septiembre de 1910 y, en cuanto a sus componentes, a tenor de lo que observamos en las pocas fotos del conjunto y las muchas individuales realizadas por los hermanos Peris, conservadas a nivel particular y en el Archivo Mora Yuste, sabemos que su composición era de muchachos comprendidos entre ciertas edades y todos oriundos de la localidad, desconociendo quienes fueron sus organizadores.

Las fotografías nos revelan que, por lo numeroso de la tropa y su disposición en una representación donde realizan maniobras tres secciones en la actual Plaza de la Constitución, compondrían una unidad del tipo Compañía de Infantería, con conocimiento de que otro grupo actuaba como banda de música militar, de ahí que pueda ser por esto que ambas unidades se autoproclamasen «Batallón».

La uniformidad sería idéntica al traje de gala del Ejército Español en el reinado de Alfonso XIII (1902-1930) muy parecida al de la «Guardia Real» y casi exacta al uniforme actual de gala del Regimiento «Inmemorial del Rey».

Su composición sería la siguiente:

Infantes provistos de camisa blanca, guerrera azul turquí con cuello rojo abotonada al centro, pantalón rojo tejido en la costura exterior con banda azul turquí de unos 50 milímetros, la prenda de cabeza es el característico gorro español conocido como Ros, por ser el General Ros de Olano quien lo ideó; es de color blanco para campaña con barbuquejo de color negro; el de gala también blanco va tocado con «splits» de pluma roja para identificar que son de «Infantería de Línea» y en algunas fotos la pluma es posiblemente blanca, seguramente por existir dentro del Batallón un grupo de escolta de la bandera, todos ellos con escarapela de color

Texto:

David Mújica
Vicepresidente de la
Sociedad Histórico
Militar de la Villa de
Chiva

Página 102

Cadete del Batallón
Infantil de Chiva.
Foto Hnos. Peris.

Página 104

Cadete del Batallón
Infantil de Chiva.
Foto Hnos. Peris.

Página 106 y 107

Maniobras del
Batallón Infantil en la
plaza de Chiva.
1910 aprox.
Foto Hnos. Peris.



rojo que reconoce al Ejército Español desde tiempo inmemorial. Los suboficiales en la hombrera llevarían un cordón trenzado posiblemente dorado o blanco. Los empleos en las bocamangas, excepto el de soldado de primera que iría en el antebrazo izquierdo formando un ángulo a la altura del hombro.

En cuanto a los complementos de estas clases, las trinchas cuando las portan son de color marrón avellana conforme al Reglamento vigente al menos en 1.908, exceptuando a la escolta de la enseña que serían de color blanco, van provistos en campaña por una mochila de las denominadas del tipo «bolsa morral», muy prácticas y comunes durante las guerras carlistas, calzados con esparteñas y ocasionalmente alguno con zapato de cuero negro, visten guantes blancos para actos y se arman de cuchillo-bayoneta con una réplica de fusil de cerrojo.

Los oficiales presentarían alguna diferencia en cuanto a las clases de tropa y suboficiales, por ejemplo en la hombrera portarían una dragona metálica también dorada. En el cuello parece adivinarse que cuelga una gola, muy utilizada en este tipo de uniformidad, siendo este remate metálico una reminiscencia de las armaduras medievales. Los correaes, traíllas y tahalí parecen de color negro acharolado. Es muy probable que en la guerrera no sólo el cuello fuese rojo, también los vivos, el Alférez abanderado o el Teniente más antiguo sería el encargado de portar la enseña o bandera del Batallón, en cuanto al calzado son zapatos de cuero negro con polainas por debajo de las rodillas y en ocasiones parece que se utilizan botas de media caña, van armados de sable largo de infantería para oficial.

Respecto a los músicos, la uniformidad es idéntica a los fusileros con las siguientes salvedades: los botones y los emblemas de músico del cuello son dorados, el puño de la guerrera es de color rojo con un ribete horizontal posiblemente dorado así como tres galones verticales formando sardinetas sobre el ribete. Bajo esta franja se colocarían los empleos; en la hombrera un cordón dorado. El calzado, zapatos de cuero negro sin polainas, gorro Ros blanco con barboquejo negro provisto de escarpela bicolor con los colores nacionales, es decir «rojo y gualda», coronado con pluma en «splits», amarilla en su parte media superior y roja en la inferior.

El Batallón realizaba ejercicios de todo tipo, desfilando en las fiestas locales dando escolta a la Virgen del Castillo, patrona de Chiva, como era normal en la tradición militar española. La mayoría de las fotos de la unidad nos indican que en la actual plaza de la Constitución se realizó también una puesta en escena en la que, presentando armas, se comprometieron ante la Bandera del Batallón. También sabemos que los infantes efectuaban orden cerrado con preparación de eventos. Asimismo realizaban maniobras con el fusil y hasta acciones de guerrillas... celadas, emboscadas, trampas, también afinamiento de puntería en el lanzamiento de piedras, etc. Los músicos tenían por cometido ensayar las obras musicales más adecuadas y apropiadas para los actos a realizar.

La creación de Batallones y Escuadrones Infantiles, viene supeditada como decimos al entusiasmo colectivo reinante en España a principios del siglo XX, siendo muy comunes sus composiciones en las grandes ciudades o urbes con una población considerable tales como Cádiz, Albacete, etc., resultando paradójico el encontrar una de estas unidades en una población pequeña en comparación como es Chiva, reforzando nuestros estudios que nos indican una pasión por lo militar en la localidad fuera de lo común.



El Batallón realizaba ejercicios de todo tipo, desfilando en las fiestas locales dando escolta a la Virgen del Castillo, patrona de Chiva, como era normal en la tradición militar española







HISTORIA

Hace 101 años

Artículo recuperado de las fiestas de septiembre de 1973.

El pueblo olía a Fiesta en esta tarde del cinco de septiembre de 1910. La fuente de la plaza, recién estrenada, con sus veintiún caños cantaba su incansable melodía. Muy cerca hombres, unos con pañuelo a la cabeza y otros con sombrero de ala ancha, jugaban ensimismados al truque y a la brisca. Los mirones permanecían atentos a las jugadas que se iban desarrollando. En otros corros, por el contrario, el tapete lo presidía un buen «barral» de vino del terreno y un montón de «cacaús» y «tramusos». Un grupo de mujeres comentaba con algarabía manifiesta las cucañas que se habían celebrado momentos antes. Por el suelo de la plaza quedaban los trozos de las botijas y cántaros rotos, manchados por los colores de las fucsinas.

En un rincón de la plaza, varias hileras de sillas de todas medidas y clases, sujetas unas con otras con «fascas», formaban círculo alrededor del «entablau». Y así fue como a las nueve en punto de la noche, la charanga arremetió con los primeros compases del pasodoble de moda, mientras la «artista» de turno, se «esgallitaba» a pulmón abierto para que la oyese desde todos los rincones, luego el cómico, y la jotica.

Al día siguiente, cuando comenzaba a amanecer, la Banda de Música de la localidad, junto con dulzaineros y tamborileros, dio un pasacalle por las principales calles y plazas de la población. Más tarde, en la Ermita del Castillo, fue ofrecida una fiesta votiva al santísimo Cristo de los Afligidos (el pueblo tenía una especial devoción al Cristo). El sermón corrió a cargo del coadjutor de la parroquia y clavario de la cofradía de este año, don Bernardo Mascarell. Terminada la misa, se llevó a cabo una «dispará» en la cuesta del Castillo. Por la tarde, alrededor de las cinco, comenzaron a congregarse carros arrastrados por mulas y caballos, jinetes y acompañantes sobre grupas. Bellamente engalanados de adelfas, murta y muchas flores de papel de variados colores. Comenzaba la tradicional cabalgata. Al final tomaría carácter de Batalla de Flores.

Esa noche la Banda Municipal «La Artística» deleitaba a la concurrencia con una serenata de su repertorio. Y, entretanto, otros se deleitaban saboreando turrónes y golosinas en las típicas mesas de madera limpias y manteles blancos, que durante tiempo presidieron las fiestas de nuestro lugar. A la vez, en el Teatro de chiva se proyectaban las últimas producciones cinematográficas mudas o se representaban obras de teatro en verso.

Texto:

Manuel Mora Yuste

Página 108

Virgen del Castillo

Foto Giordano

Higón.

Página 110

Virgen del Castillo

en domingo de Pascua.

1915.

Foto Hnos. Peris.

Página 112 y 113

Vista de Chiva. 1958.

Foto Francisco

Gimeno.



Las insistentes campanas del Castillo anunciaban, la mañana del día siete, la misa votiva que los vecinos de la Cuesta del Castillo ofrecían en honor a su excelsa Patrona. Terminado el Santo Oficio, se prendió fuego a la kilométrica traca, tendida desde la puerta del ermitorio hasta la plaza de la iglesia, ante la algarabía de mayores y niños. A las cinco de la tarde se iba a llevar a cabo un espectáculo inédito en nuestra población. El vecindario, curioso, comenzó a llenar balcones, ventanas y hasta los tejados. Se trataba de la Jura de Bandera del Batallón Infantil recién creado en nuestro pueblo. La gente formaba un gran círculo alrededor de los muchachos que, debidamente uniformados y armados con fusiles de madera, se afanaban en hacer toda clase de exhibiciones militares. Terminado el espectáculo fue bajada en procesión la Virgen del Castillo desde su ermitorio hasta la iglesia parroquial, donde a su llegada se cantó la Salve del Maestro Giner. Finalmente, se celebró una animada verbena.

Pero el día grande de las fiestas es hoy. Las Marías celebran su onomástica y en sus casas reciben a los vecinos y amigos que las felicitan. Les obsequian con un plato de toscas y deformadas pastas que ellas mismas hicieron en el horno, y la «copica» de anís o cazalla, para después echarse un buen trago de agua fresca de la fuente. El ama de casa mira complacida a todos. La misa de hoy es larga y la iglesia está completamente abarrotada. «A las nueve y media, Tercia solemne con acompañamiento de órgano y, a continuación, solemnísimas funciones religiosas en el Templo Parroquial, cantándose la Misa en *Sí bemol* (3) por un selecto coro (4) y oficiará el Señor cura párroco de ésta, Dr. D. Manuel C. Martínez Ample, y predicará el muy ilustre Sr. Dr. Don Francisco Iñesta, canónigo magistral de la S. I. Catedral de Orihuela». Seguidamente dio comienzo la típica traca, que desde tiempo inmemorial recorre la vuelta de la procesión. Los más atrevidos la siguen corriendo y, a veces, tropezando debajo de ella. La familia hoy come junta. Algunas tienen preparado ya el «puchero con pelotas». A quienes no les llega, los clavarios ya les han hecho un reparto de limosnas en especias.

La procesión en honor a la Virgen del Castillo es solemne ese día, «presidida por las Autoridades, Clavarios e invitados, y en la que figurarán los Heraldos, Misterios, Ángeles y sirialots de costumbre, con espléndida iluminación en el templo a la entrada de la comitiva». Cubres y ruedabalcones engalanan el recorrido. Silencio y devoción en el rostro de la gente humilde al paso de la Santa Imagen. Detrás de la Virgen van pomposos, ostentosos los Clavarios (5). Cierra la comitiva la Banda Municipal de Música y un inmenso gentío.

Llegó el último día de fiestas, 9 de septiembre de 1910, y a las cinco de la tarde se subió procesionalmente la Virgen a su morada, como de costumbre. A partir de este día comenzaba el Novenario, al toque de las alegres y siempre nostálgicas campanas del Castillo. Después de cenar, la última velada musical, y terminada ésta, otro castillo de fuegos artificiales para finalizar con la tradicional «cordá». El último de los cohetes, con su estruendo y su olor a pólvora, cerró anónimamente estas fiestas de mil novecientos diez que la villa de Chiva, desde tiempo inmemorial, dedica a su Patrona la Virgen del Castillo.

El vecindario, curioso, comenzó a llenar balcones, ventanas y hasta los tejados. Se trataba de la Jura de Bandera del Batallón Infantil recién creado en nuestro pueblo.







#lavidaesunagranobradeteatro

Que Exklafido

En Chiva ha existido siempre una gran devoción al teatro, conocemos las representaciones que hacían aficionados de nuestro pueblo o compañías de fuera en el antiguo teatro a principios del pasado siglo, así como la existencia de diferentes compañías que se han sucedido desde que se inauguró el nuevo edificio del Astoria, hace más de cincuenta años. A mediados del XX y fruto de esa tradición secular, nació el Cuadro Artístico Local, de cual fueron directores Ricardo Alarcón y Antonio López; ya en el sesenta y nueve recogió esa herencia un nuevo grupo: «Teatro 70, que estuvo en activo diez años, ejerciendo como director la mayoría de ellos Juan Alarcón Higón. Tras su desaparición, sus integrantes crearon nuevos grupos, algunos se incorporaron al Grupo lírico de la Sociedad Musical, mientras que otros pasarían a integrar «La Cabra», que tuvo una corta existencia y fue el antecedente de la Asociación Exklafido Teatro.

Exklafido se gestó en la Escuela de Adultos hace ya veinte años y desde entonces su trayectoria ha sido ascendente, fueron naciendo ensayos y ofreciendo representaciones de autores como Jardiel Poncela o Lorca. Con mucha ilusión y con el apoyo del Ayuntamiento, se consiguió un local y crear una Escuela de Teatro que ha funcionado hasta hoy, dirigida por profesionales de la talla de Ruth Lezcano, Alberto Jiménez, Rafa Alarcón y Pascual Rodrigo. Entre los montajes mas espectaculares destacaríamos la adaptación del «Quijote» junto con la «La Artística de Chiva» y la soprano Inma Burriel, a las órdenes de Paco Pellicer; actor, escenógrafo y artista. Otra de las obras a destacar fue sin duda «Después de la lluvia», con un montaje innovador y brillante a cargo de Ruth Lezcano y Rafa Alarcón. Además se han realizado cortos como «Día a Día», «Vent de Mar» o «Mi madre no es una Singer», dirigidos y guionizados por los integrantes del grupo Pepe Iriarte o Merche Lacalle. Por otra parte, hay que destacar la vertiente solidaria de la Asociación que ha colaborado desinteresadamente en proyectos de ayuda humanitaria, participando en galas para la lucha contra el cáncer, el terremoto de Haití o en la de FUNDAR.

Hoy se celebran veinte años de vida, bajo la presidencia de Cristóbal Ríos. Un aniversario lleno de metas y proyectos entre los que se encuentran la puesta en escena de un evento teatral cada mes o la transformación el primer fin de semana de abril, de Chiva en «Territorio Teatrero». Siempre con el deseo de que el espectáculo sirva para llenar de magia la vida de los espectadores, de que recuperen el valor de las ilusiones; pues cómo decía Shakespeare: «La vida es una gran obra de teatro».

Texto:

Asociación
Exklafido Teatro

Ilustración:

Eugenio Simó

Título:

La vida es una gran
obra de teatro



Segando hierba a medianoche

Nuestra historia la protagonizaron dos personajes muy populares en su época por sus ocurrencias y hechos. Ésta tuvo lugar a finales de siglo XIX en el antiguo cementerio de Chiva, situado en la parte alta del pueblo donde terminaban los pajares entre las «Eras Largas» y el «Puente de la Corredora», conocido ahora como avenida Lepanto, cuyas tapias eran de tierra, altas y coronadas por unas escasas tejas.

Uno de los protagonistas era el enterrador del pueblo, conocido por «Juan el de Cuchara», hombre que no conocía el miedo, ni se atemorizaba por nada ni por nadie. Se cuenta de él, que una vez se vio obligado de hacer sus necesidades tras de la tapia del cementerio, cuando en aquellos momentos una vecina que pasaba por allí, al oír los esfuerzos y suspiros que el pobre Juan hacía para desalojar lo que llevaba dentro, exclamó toda asustada: «Almas del Purgatorio: ¿Que estáis penando?», a lo que él contestó: «¡Pero si soy yo, Juan el de Cuchara, que estoy cagando!»

El otro personaje era el «tío Alberto el Bueyero», apodo que le venía por tener una carreta de bueyes dedicada al transporte. Hombre de apariencia sencilla y tosca pero a la vez fornido y corpulento. De él se cuentan famosas anécdotas, como la de traer desde Cheste a Chiva dos sacos de harina de cien kilos cada uno a sus espaldas, descansando una sola vez sobre un ribazo del camino. En otra ocasión se le desgració un buey en Requena y éste se cogió del yugo suplantando al buey, llegando hasta Chiva ocupando su lugar.

Ambos coincidieron en un hecho que, como ya he dicho, tuvo lugar en nuestro antiguo camposanto. Parecía ser que a la medianoche alguien entraba al cementerio a segar hierba, así que el enterrador, Juan el de Cuchara, se propuso saber quien era. Una noche se quedó dentro y efectivamente sobre las doce de la noche alguien tiró un capazo por la tapia y a continuación saltó al interior. Se puso a segar y cuando ya tenía suficiente, se dispuso a salir tranquilamente y sin prisa por donde había entrado, cuando el enterrador aprovechó para cogerle por la pierna para ver quién era, y éste sin inmutarse le dijo: «¡Suelta, Juan, qué siempre tiés ganas de broma!», sorprendido Juan le preguntó: «¿Y tú cómo sabes quién soy?», a lo que contestó el tío Alberto el Bueyero: «De los muertos no ha de ser ninguno, y de los vivos, de no ser tú no pué ser otro alguno», y salió del cementerio con su capazo, tan ancho.

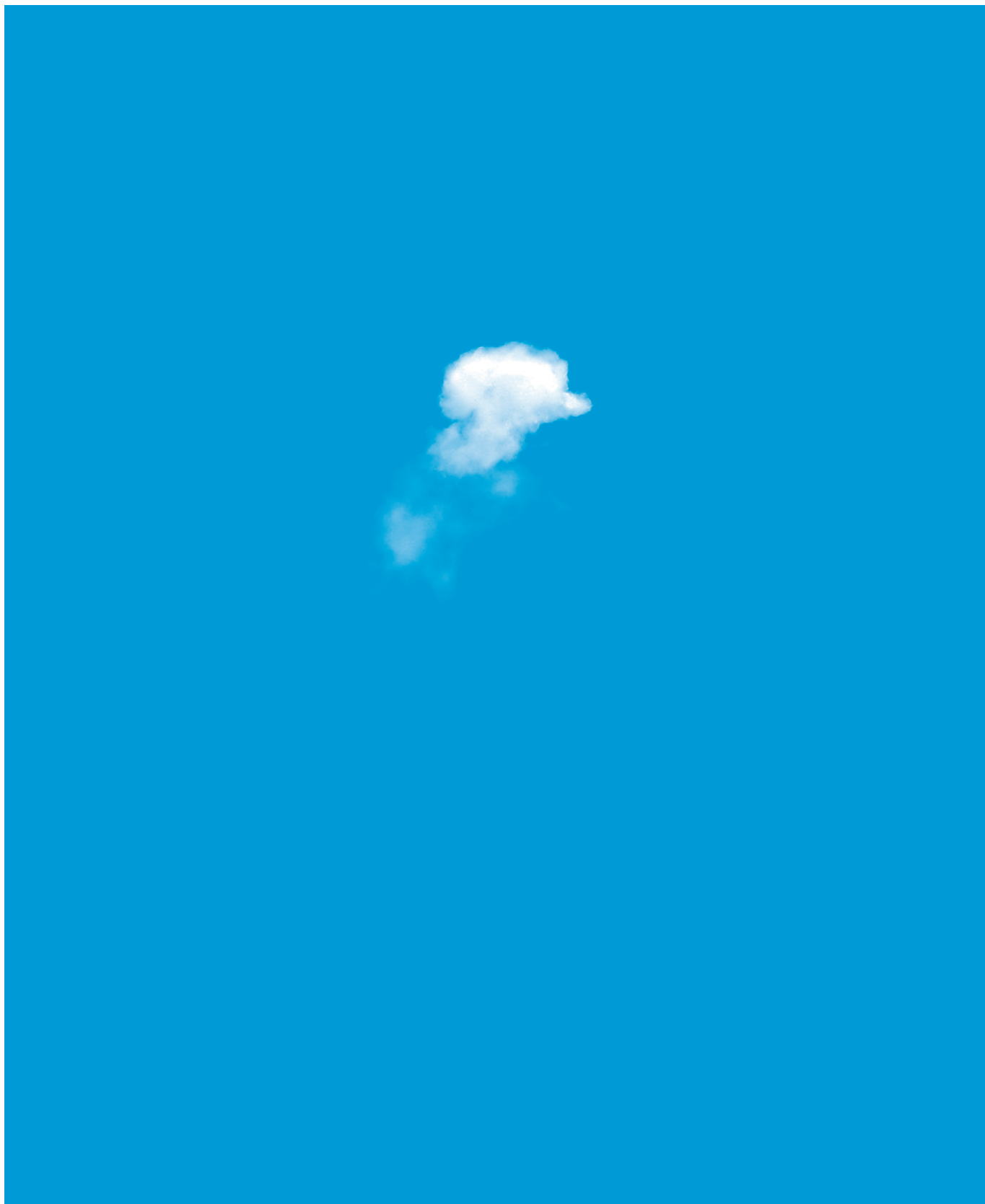
Texto:

Óscar Mora

Página 116

Cementerio antiguo a medianoche.

Retoque fotográfico de Ferran Perera a partir de una foto de Mora Yuste.



Análisis de las últimas novedades en la normativa autonómica de «bous al carrer»

En el año 2010 se produjeron dos novedades normativas referidas a la regulación de «bous al carrer», ambas relacionadas con los incidentes ocurridos durante ese verano y que desembocaron, como hecho más grave y lamentable, en el fallecimiento de un hombre durante las fiestas de Godella, durante la celebración del «toro embolao». Las imágenes que nos ofrecieron las diversas televisiones sobre el incidente nos pusieron los pelos de punta. Un hombre, completamente ebrio, sujeto a una farola, era embesitado reiteradamente por un toro embolado hasta causarle la muerte. Las imágenes fueron brutales y espolearon no solo la conciencia de los ciudadanos sino también la de los políticos, en este caso de los políticos autonómicos, que se apresuraron a reformar el Decreto de «bous al carrer» del año 2.007.

Así, por Decreto 120/2010, de 27 de agosto, se modificó parcialmente el Decreto 24/2007, de 23 de febrero, que regula los «bous al carrer». En concreto se modificó el artículo 35.2 del Decreto del 2007 con el siguiente tenor literal: «Corresponde a los organizadores o promotores del festejo la asunción de responsabilidad que se derive de la presencia en el recorrido, recinto o plaza de los colaboradores voluntarios expertos a que se refiere el artículo 14 j y en su caso, profesional taurino, su debida identificación, así como todo lo que atañe al cumplimiento de las funciones asignadas de acuerdo a lo indicado en la normativa de desarrollo del Decreto 24/2007, de 23 de febrero del Consell».

Es decir, se insiste, como ya lo hizo la Orden del 2009, que es la normativa de desarrollo a que se refiere el último párrafo de la modificación arriba referenciada, en la necesidad de que en el recorrido donde se celebra el festejo taurino existan, al menos, diez voluntarios expertos, debidamente identificados. En este sentido debe reconocerse el esfuerzo realizado por la peña taurina puesto que durante el pasado torico de 2010 no solo había diez sino veintisiete voluntarios expertos, debidamente identificados mediante brazalete.

Por otro lado, la Disposición Adicional Cuarta de la Ley 14/2010, de 3 de diciembre dispuso lo siguiente: «Las personas que participen en los festejos taurinos tradicionales (bous al carrer) sin las condiciones físicas o psíquicas exigidas, de acuerdo con lo establecido en la ley y en la normativa de desarrollo, asumirán el coste económico de los daños y perjuicios que de su comportamiento se derive respecto de sí mismo, otros participantes, público, terceras personas y bienes».

Tal disposición no es sino la trasposición de lo dispuesto en el artículo 1902 del Código Civil según el cual quien se encuentre ebrio o bajo los efectos de las drogas y resulte lesionado, será responsable de ello, así como si los daños o las lesiones afectan a terceros, debiendo indemnizarlos.

Texto:

Juan Francisco
Mejías
Magistrado

Foto:

Óscar Mora

Título:

Carcasa



Sensaciones

Desde varios días antes ya está uno preparando a conciencia los sentidos, el estómago y el orden del día. Todo tiene que verse, hablarse, comentarse, debatirse en pocas horas. Hoy en día, con las nuevas tecnologías, emails, internet, móviles, etc. quizá no haría falta reunirnos, pero entonces Átame no significaría lo que significa en nuestras vidas. Las reuniones son una mezcla de trabajo a destajo y clásicos encuentros entre amigos, y casi nunca están exentas de sorpresas, hallazgos, descubrimientos que engrandecen, si cabe, nuestra pasión por esta aventura. Y luego están las comidas, el último punto de la reunión, el más extenso y el más querido y en el cual Ernesto no se atreve a levantar la sesión por miedo a una revuelta. Cada año que pasa tenemos más la sensación de que lo que estamos haciendo probablemente quedará para la historia, en nuestra historia.

Aquel fue un día de sensaciones. Madrugamos porque queríamos aprovechar el tiempo. Fotografiar pinturas, detalles, tesoros de algunas paredes de Chiva. Para ello nos acompañó nuestro amigo y magnífico fotógrafo, Kike Sempere. Y pronto empezaron las emociones. Y es que, después de fotografiar, de saborear un clásico de nuestra memoria como es el mural que Manolo Mora pintó en el antiguo Bar El Madrileño, hoy Kiosco Saus, tan solo puedes hablar de historia, de arte, de patrimonio, de tradiciones, de Átame.

Nos dirigíamos a casa de Vicente Morales cuando, ya en la puerta, coincidimos con las hijas del tío Benjamín y de la tía Pilar la «Quineles». Allí vivimos una nueva y agradable sensación, porque tras comentarles de adonde y a lo que íbamos, nos enseñaron las pinturas murales de casa de su tía y un interesantísimo San Juan en azulejos que deben ser del XVIII y que conservan en muy buen estado en casa de sus padres. Ya en casa de los Morales, más emociones. Óscar vanagloriaba los frescos de la entrada de esta casa, pues su padre le había dicho que eran de dos pintores impresionistas: Peris, que era un conocido discípulo de Sorolla y un tal «Verdú». Ahí terció nuestro experto en arte, Juan Carrión, que sugirió que si no sería «Verde»: «¡Si es Ricardo Verde, echaros a temblar, y el otro puede ser Peris Brell!», nos dijo. Y eso hicimos cuando vimos las firmas de aquellos preciosos murales en las cuales se podía leer: «Peris y Verde». No quedó ahí la cosa. La fecha del trabajo era la de 1900, cuando se hizo la cultísima rehabilitación modernista de la casa. El mismo año, según

Texto:

Consejo Redactor
de Átame

Fotos:

Kike Sempere





Juan, en que esos brillantes artistas habían pintado los murales de la escalinata del Palacio de Ayora en Valencia, en compañía, nada menos, que de Pinazo, Fillol y Beüt.

Comentó Manolo Sánchez la gran cantidad de tesoros que esconden las casas antiguas de Chiva. Casas de valor histórico, artístico y sentimental incalculable. Y una frase que nos hizo meditar a todos; «En otros países, las casas son como alguien más de la familia, en ellas está la fecha y el nombre de quién la construyó y estas merecen el mayor de los respetos». Continuamos saboreando visualmente aquella magnífica casa junto a su propietario, cuando una pregunta que quizá en otro momento y lugar hubiera sido intrascendente, nos llevó a una nueva sorpresa. «Y esos arrastrones en la pared,... ¿De que son? El dueño, siempre muy amable, nos contesto que fueron hechos por las cajas de municiones que se apilaron allí durante la guerra civil. El cuerpo nos dio un vuelco aunque no a nosotros solos, pues, por casualidad, pasaba por allí nuestro colaborador David Mújica y oyó la respuesta, saltando de la impresión. Por fin había descubierto la casa donde había estado escondido el polvorín, motivo por el cual bombardearon Chiva. Mújica intuía su existencia y suponía que estaba en esta zona, «porque es la que bombardearon los alemanes», nos dijo conmovido, mientras nos daba una clase de historia magistral e inédita. Allí era. Allí había estado.

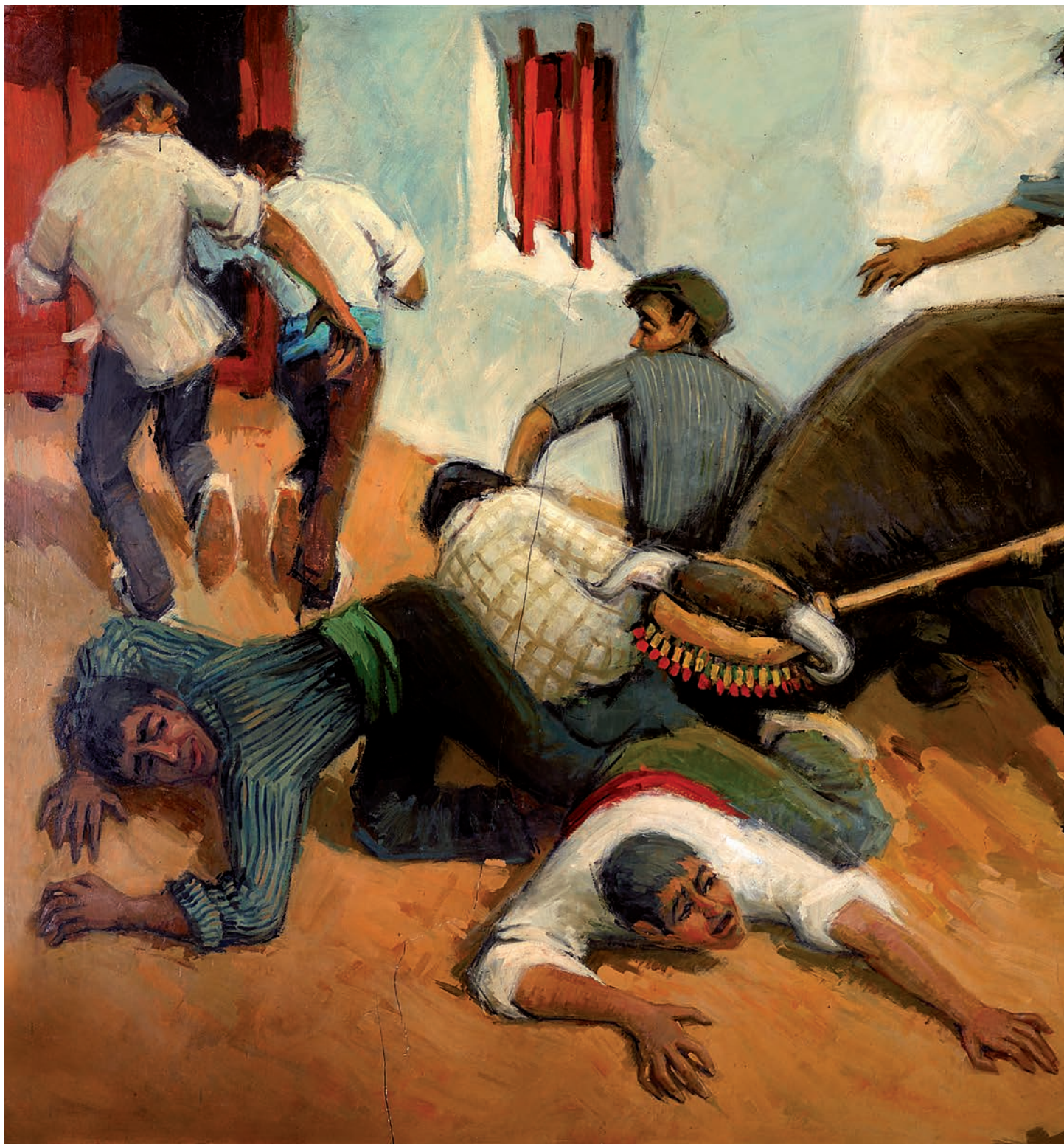
Llegamos a la conclusión de que todo en aquella casa era digno de admiración, desde las «brancás» de piedra de la fachada, hasta su propia historia. Y con esa sensación, nos marchamos a comer.

Diego Carrión y Mamen Vallés, nuestros anfitriones, lo tenían todo a punto para que nosotros solo tuviéramos que preocuparnos por sentarnos a la mesa. Y estábamos todos, como siempre, hasta una personilla escondida dentro de su madre que no dejó de moverse puesto que aquello. Lo Nuestro, ya empezaba a gustarle. Apenas unos días después, Marta nos sorprendió con su llegada y aumentó la ya extensa familia Átame. Que sensación pensar que algún día, quizá hoy, mañana, pasado, quizá ya hoy mismo, alguien leerá estas líneas y se estará convirtiendo en nuestro recambio, en nuestra sucesión, en aquello que visto por nosotros desde la distancia que marca el paso del tiempo, nos haga ver nuestro trabajo de hoy no como una asignatura, sino como un paso más para la recuperación de nuestra cultura.

Nos comimos el impresionante «pisto de alubias» que nos preparó Mamen como si tal cosa. No faltó el «jajo!... trago», como excusa, sí es que nos hacía falta, para beber del buen vino. Tampoco nos faltaron los dulces de su horno, ni el «jalupe», ni el té de monte, ni el de Marjana, cuestiones estas que en Diego toman la definición de alta sabiduría.

Y hablamos, hablamos y hablamos... de Átame..., de Chiva. Ya era noche cerrada cuando nos fuimos cada uno a su casa y es entonces cuando se empieza a digerir lo vivido, lo disfrutado, lo compartido. Cuando Átame poco a poco y día a día empieza a tomar cada vez más la forma de una historia, de un cuento, de una fantasía, tan real, como nuestra propia existencia. Que óleo tan hermoso de todo el pueblo se vislumbra desde el chalet de los Vallés en Vista Alegre. Y pensar todo lo que todavía nos queda por descubrir, por disfrutar. Pero no solo a nosotros... a todos ustedes también. Quizá por ello lo hacemos con tanto cariño y sacrificio...¡¡¡Uff!!!, Santo Dios..., que sacrificio tan grande.

Interiormente todos pensábamos que nos quedan tantas cosas por averiguar, por aprender, por descubrir, por mostrar al pueblo entero, que las reuniones se nos hacen cortas, que las publicaciones se quedan pequeñas, que la impaciencia nos invade...



Mural en el Bar Madrileño (actualmente Kiosko Saus) realizado por **Manuel Mora Yuste** en diciembre de 1958. Restaurado por el mismo autor en noviembre de 1965.





Léxico chivano

Uno de los grandes enigmas filológicos de Chiva radica justamente en su onomástica, el origen del topónimo Chiva o Xiva ha sido fuente de varias hipótesis. La más extendida en la actualidad es la que plantea la posibilidad de que el pueblo deba su nombre al animal, a la cabra o chiva. Esta hipótesis ha calado gracias a las aportaciones del erudito Manuel Mora que llegó a incluir la imagen de la chiva cuando recuperó y rediseñó el escudo de la Muy Leal, Valiente y Honrada villa de Chiva, pero por el contrario no encontramos fundamentos etimológicos o filológicos sólidos para fundamentar esta hipótesis, tan solo cabe asirse a la posibilidad de que Chiva fuera conocida como tierra de cabras. Como segunda hipótesis se ha barajado la posibilidad de que el nombre derive de «Giba», Chepa, ya que nos encontramos ante el primer montículo prominente al salir del llano de Valencia. La evolución etimológica de Giba a Chiva es clara y evidente, ensordecimiento de la «G» inicial por influencia del sustrato árabe como sucede en el «parlar apitxat» y vacilación entre «b» y «v». De la misma forma no es difícil pensar que hubiera en la antigüedad vacilación entre la «X» y «J» iniciales al igual que sucede con otras palabras como «Jimena o Ximena».

Por último me gustaría exponer la hipótesis de Joan Coromines, que además de estar muy documentada aporta datos reveladores de la importancia que tuvo en su día el habla de Chiva, ya que según Coromines el Valenciano Central, hoy conocido como «apitxat», es realmente una metástasis de «atxipat» que no es más que el «atxibat», la peculiar forma que tenían los chivanos de hablar catalán. Este razonamiento nos conduce a contemplar que en el origen de «Chiva» se encuentre el «Chipa», forma mozárabe de la «Cepa» latina o «ceba» catalana» haciendo clara referencia a las grandes extensiones de cultivo de cebolla que existían antaño en nuestra localidad. Todo esto se refuerza con la documentación de unos versos de folklore popular que recogió Sanchís Guarnier y que decían «Xiva té orgull / per la ceba que cull./ Si la ceba erra / Xiva està en terra».

Y qué mejor origen para un pueblo tan amante de la gastronomía y la suculencia que ser tierra de cebolla, elemento enriquecedor de guisos. Y prueba de nuestro amor a la buena mesa son las palabras que este año os comentamos.

Texto:

Claudio López

Ilustración:

Paco Tena

*Obra propiedad del
Ayuntamiento de
Chiva*

Título:

Paella

Página 128

*Comida en el Bar del
Rincón. 1955.
Foto anónima.*

Página 129

*Cacería en la loma
del Cuco. 1960.
Foto Miguel Suria.*

Página 131

*Mientras viene el
torico nos comemos
un melón. 1965.
Foto Francisco
Gimeno.*



Bocoy

El origen de la palabra bocoy, o bocoi en catalán, reviste cierta polémica sobre si la incorporó antes el castellano o el catalán; pero sin tener suficientes datos para pronunciarnos claramente sobre este debate, lo que sí que podemos afirmar es que se trata de una palabra moderna en ambas lenguas, documentada en 1853 por primera vez en castellano y en 1868 en catalán. El origen de la palabra bocoy lo encontramos en la francesa «Bocaut» que debería haber pasado tanto al catalán como al castellano como «bocó» con lo cual podemos sospechar que esa terminación en -oi se deba a un paso intermedio por el euskera que ha dejado su sustrato, ya que ellos utilizan la palabra «botarroí» con un significado muy similar. El significado de Bocoy es barril grande pero en Chiva su uso se ha quedado reducido a la frase «Está como un bocoy» para referirse a una persona que ha engordado sobremanera.

Goludo

Forma castellanizada de la catalana «golut» (goluda en femenino) que significa 'goloso, glotón'. El origen de goludo lo encontramos en «gola», palabra también de uso común en el habla de Chiva para referirse a la garganta castellana que tiene su origen en la latina «gula». De este mismo étimo deriva la también chivana y catalana «reglot/reglotar», eructar en castellano, que son una deformación de «regular o arrigolar» del catalán antiguo. Es curioso que Chiva mantenga la variante «reglot» frente a la más común en la zona valencianohablante que es la apocopada y onomatopéyica «rot».

Laminero

Derivada de «lamín», golosina, u objeto hecho expresamente para ser lamido, el origen de «lamer» lo encontramos en la latina «lambere». El uso en el habla de Chiva de «laminero» es el de goloso. Esta acepción está recogida en el diccionario de la R.A.E pero el uso de «laminero» en castellano ha quedado circunscrito para referirse a quien hace láminas. El catalán recoge una forma paralela del mismo étimo y del mismo uso que el chivano que es «llaminer».

Tripá

Se trata de la reducción por economía lingüística de «tripada», fenómeno muy común en el valenciano (cremà por cremada, mascletà por mascletada) Una «tripá» no es más que lo que en castellano se conoce como una panzada, es decir, llenar la tripa o la panza en exceso, darse un hartazón de comida (cosa que alguna vez le ha ocurrido a alguno de los miembros de Átame). El origen de tripada lo tenemos en «tripa» que es una palabra de origen muy incierto pero que comparten todas las lenguas románicas para referirse a los intestinos humanos o animales. Es probable que la palabra «tripa» se extrajera del verbo catalán «estripar» que proviene de latín «estirpare», arrancar; pero tan sólo es una hipótesis ya que el hecho de que sea común en tantas lenguas hace pensar en sustrato prerromano muy anterior a la aparición de la catalana «estripar».



Torsón

Y después de una buena «tripá» viene el riesgo del «torsón», de hecho en el habla de Chiva existen frases muy populares como: «Murió de un torsón» o «Chico para que te va a dar un torsón». Torsón no es más que la adaptación chivana de la castellana «torzón» o la adaptación chivana de la catalana «torçó», retortijón doloroso del vientre. El origen de «torsón» lo encontramos en la latina «tortio, tortionis» del verbo «torquere», torcer. Lo curioso es que, tanto en castellano como en catalán, esta palabra ha caído en desuso y se ha restringido a un uso técnico veterinario: «Torozón»; mientras que los chivanos, demostrando una vez más nuestra sensibilidad a la hora de mantener nuestro patrimonio lingüístico, la hemos conservado viva.

Tudesco

Pero si superamos el torsón y seguimos de tripá en tripá, por goludos y lamineros acabaremos «tudesco». Tudesco era el habitante de cierto país alemán de la Sajonia inferior; después por extensión se utilizó el nombre para referirse genéricamente a todos los alemanes, de hecho algunas lenguas como el italiano conservan «tedesco» para referirse a los alemanes. El origen de «tudesco» lo encontramos en la latino medieval «teutiscus» derivada del germano «thiudisca». El uso de «tudesco» en Chiva, al igual que en el castellano, ha quedado restringido a un uso familiar y figurado para referirse a «comer, beber o engordar como un tudesco»; de hecho la frase más común, además de muy peculiar, en Chiva es «Se ha puesto tudesco», para referirse a una persona que se ha echado unos cuantos kilogramos encima.

Fuentes Bibliográficas Consultadas:

Atienza Peñarrocha, A. «**Chiva. Una aproximación a su historia**». Coromines, Joan «**Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana**». Coromines, J. y Pascual, J. A. «**Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico**». Coromines, Joan «**Onomasticon cataloniae**». Fabra, Pompeu «**Diccionari general de la llengua catalana**». I.E.C., «**Diccionari de la llengua catalana**». López, C. «**Suatrató catalán en el habla de Chiva**». Moliner, María «**Diccionario de uso del español**». Moll, F de B «**Diccionari català-castellà**». R.A.E «**Diccionario de la lengua española**». Alcover i Moll, «**Diccionari català-Valencià-Balear**» del Institut d'Estudis Catalans. «**Diccionari Ortogràfic i de Pronunciació del Valencià**» de la Acadèmia Valenciana de la Llengua. Sánchez Sánchez, V. «**Vocabulario para andar por Cheste**». Alegre, Montserrat. «**Dialectologia catalana**». Lapesa, Rafael. «**Historia de la lengua española**».





A solas con las estatuas

Encontré al doctor por sorpresa, mientras pensaba ir a otro sitio, como le pasó a Colón con las Américas.

Me aproximo a los barrotes de la puerta, iniciándose un bis a bis. El doctor Corachán se fue como muchos durante la guerra civil, en ese exilio se consagró como cirujano de prestigio internacional. Cuando regresó a España fue encarcelado y fallecería de tifus.

El doctor comenta la dificultad de suturar heridas de la memoria pues sangran con facilidad y que ha sido una pena que hayan tenido que transcurrir tantos años y haber hecho tantos recuentos por un lado y por otro, para darse cuenta que en esa contienda, vencidos fueron todos.

Le pregunto al doctor qué hacer con los males del espíritu, recuerdos y nostalgias de todo lo que fue y ahora no es; comenta que hay que aprender a convivir con ello pues mucho estudió en su disciplina, pero llegó también a la conclusión que el alma no es cosa que admita cirugías.

Antes de marcharme le pido que me responda a una pregunta. Me dice que no empiece con si hay algo mas allá o más acá. Le digo que no va por ahí la cosa, solo quiero saber si allí también cada diecisiete de agosto sale un toro de cuerda. El doctor hace como que no me escucha, pero creo ver la mueca de una sonrisa abrirse en la piedra tallada y me marchó satisfecho, pensando que sin Torico, aquello no sería digno de llamarse Paraíso.

Llegando los calores, la garganta necesita su alivio, así que me acerco hasta la fuente de la plaza, y al beber, reparo en el conjunto, y les pregunto cómo van y me dicen que ahí andan, cuentan que el asunto de los toros últimamente tiene mal arreglo, mientras a unos les huele a cuerno quemado a otros les parece gloria bendita. Y con este tema las Españas aprovechan para enzarzarse en la arena de la discordia.

Comentamos que este tipo de toro existe por estos festejos, sean corridas o fiestas. Para carne no podrían sobrevivir porque existen otros ganados más rentables, y una vez refutado lo de la carne solo queda la anemia del resto de argumentos. Hay que distinguir entre toros y política, siendo lo primero un arte y lo segundo un mal arte para arrimarse a lo populista para ganar adeptos.

Les pregunto cómo ven ahora la plaza y me contestan que el tráfico lo acapara

Texto:

David Maicas

Ilustración:

Javier Herrero

Título:

Manuel Corachán

Página 134 y 135

*Mausoleo García
Navarro en el
cementerio de Chiva.
2011.*

Foto Ernesto
Navarro



todo. La rapidez que es una virtud engendra un defecto que es la prisa, que la gente ya no escucha ni habla porque no puede, todo el mundo circula a motor, todo diálogo es ahora a golpe de bocina, tanto sea para emitir saludo o queja, vamos como el mudo de los hermanos Marx pero sin pizca de gracia.

Me despidió ofreciéndome por si necesitan algo, dicen que no, que están servidos, que para cualquier contingencia el bar les queda cerca, y marchó felicitándoles su cuarenta cumpleaños como monumento.

Bienvenidos sean los años que traigan días de Torico, responden...

En Chiva según baja uno por el puente viejo al acceder a la plástica vieja, a mano izquierda, que es mano con que se cortan orejas y se compran cortijos, aparece el maestro. Visto de cerca, parece retarme desde lo alto. Más chulo que un tranvía, pone ese gesto de torero que se arrima a la muerte porque sabe que la muerte mata.

Está centrado en un toro que no se arranca pero que, como a la vida, es conveniente no perderle la cara nunca. Su pose es la del «cartucho de pescao», que es un lance torero, que se ejecuta situado el torero en el tercio, se cita al toro con la muleta plegada y sujeta con la mano izquierda mientras la espada queda en la mano derecha que se apoya graciosamente en la cadera. Cuando se arranque el toro, el torero debe mantener la muleta plegada hasta que vea el momento de echársela al animal, desplegando la muleta y dándole así el pase, sin cambiarle el viaje.

Como dijo Santa Teresa que Dios anda entre pucheros, nuestra Virgen del Castillo (protagonista de nuestras procesiones, sobre todo de las que van por dentro) también anda entre capotes, por si hubiera que salir al quite y saltar del azulejo al ruedo, como un tercero de lujo para cualquier cuadrilla.

Enfilo la calle sin perturbar al maestro que sigue centrado en el lance.

Enrique Ponce un hombre capaz de convertir el bronce en oro.

Acudo a una cita que entra por mis oídos en forma de melodía de orquesta afinada y me lleva a visitar al maestro que la dirige, en el camposanto. Al acceder me impresiona, pues claro está que cuando ni razón ni fe son la solución solo queda el miedo. Pregunto en sepulturas dónde queda el busto del maestro y diligentemente me orientan, pero no hace falta porque voy siguiendo el rastro de notas musicales que vuelan por el viento, ese viento que trae y lleva sueños. La lluvia que hace unos instantes intentaba traspasar el paraguas cesa y el sol empieza a abrirse camino entre las nubes.

La orquesta está dispuesta entre los olivos, el director, delante de ellos; todos son verdaderos talentos, y además están las primasdonnas y los tenores, pues también se interpretan óperas.

Finalizada la actuación veo una sepultura libre y pienso que es el mejor lugar para la eternidad hasta el día del juicio final (y que como pecador espero que se pueda recurrir la sentencia). Coloco el cartel de reservado con mi nombre pues la muerte es un camino que más tarde o más temprano todos tenemos que recorrer, mientras tanto puede ser que la vida no sea la fiesta que esperamos, pero en tanto estemos aquí, escuchemos esa melodía interior que te canta en alguna parte de allí arriba o de allí dentro, de donde sea que se escuche, debemos ser felices y disfrutar la vida agradeciendo por cada minúsculo ápice de suerte o desventura obtenida.



Pesadía
Limites



de tiempo y el
espacio.
Sobre ranos y cumbres...

De Khiva a Chiva

Me gustaría destacar en este espacio una publicación que ha visto a la luz este año, no sólo porque hayan participado en ella dos miembros de nuestro equipo redactor, sino también porque, además de ser un libro magnífico que ha despertado un notable interés mediático, en él adquiere un especial protagonismo nuestro pueblo. Me estoy refiriendo al libro: «El último eslabón. La lonja de la seda» escrito por Juan Carrión Miró y en cuyo germen parece que está implicada la mismísima reina de España. Efectivamente, fue ésta la que solicito información acerca del misterioso simbolismo que encerraba un collar del destacado diseñador Vicente Gracia, que le regaló hace unos años una Fundación Valenciana. En un principio será el orfebre quien prepare la documentación para explicarle el significado de esos motivos orientales que decoran los eslabones que imitan piezas de la cerámica medieval valenciana y que evidencian nuestra vinculación con la ruta de la seda. Pero será Santiago Grisolia, Presidente del Consell Valencià de Cultura, quien sugerirá un texto más extenso y siendo entonces cuando se realiza ese encargo a nuestro Cronista y experto en simbología, que concibe la singular novela.

El escritor situará el relato en el siglo XV, cuando un comerciante emprende un viaje desde Oriente que tendrá como meta Valencia, la ciudad más importante y populosa de la cristiandad, en concreto su deslumbrante lonja. Cada etapa del camino se corresponderá con un eslabón del collar; también con una nueva fase de la evolución personal del mercader que vive una edificante experiencia espiritual, con el descubrimiento de nuevas costumbres, nuevos saberes y valores, ... Y al final del sendero, aparecerá nuestra Villa, Chiva, que se transforma, prácticamente, en la auténtica meta del personaje. Es aquí donde sucede el hecho más decisivo, donde éste, nacido en la ciudad persa de Khiva (no es casual); donde pone a prueba todos los conocimientos adquiridos; en una cueva, bajo el santuario de una milagrosa virgen negra.

Hay que destacar que el texto de Carrión, ilustrado por Gracia y prologado por Grisolia, ha sido, además, magníficamente diseñado y maquetado por el artista chivano Manolo Sánchez. Una obra concebida como una especie de «libro-joya» lanzado en una edición limitada de sólo cuarenta lujosos ejemplares numerados y firmados (el primero de los cuales fue para S.M. la Reina), con piezas de orfebrería, esmaltes y sedas antiguas, en cajas de madera. Un gran envoltorio para un libro emocionante y comprometido que se convierte en un homenaje al arte y que viene a destacar a Valencia, en una determinada época, como ciudad a la vanguardia del pensamiento.

Texto:

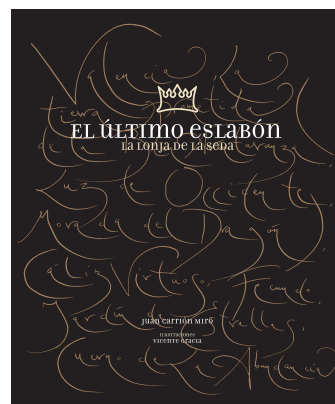
Claudio López

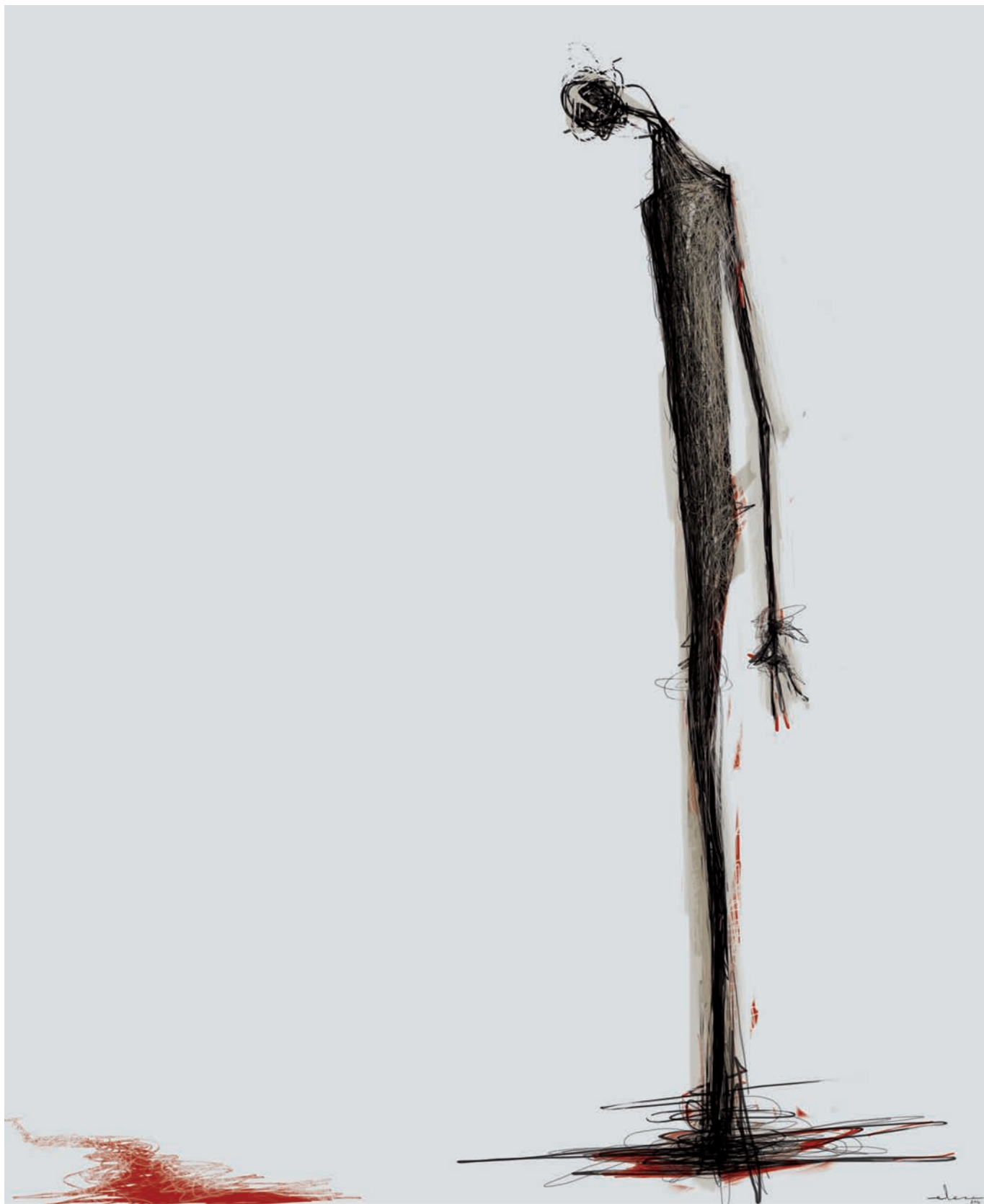
Ilustración:

Vicente Gracia

Título:

El Gran Atanor





El eco de un disparo

Javier de la Cruz

Ilustración:
Elena Gisbert

Título:
Eco

Como un saco cayó nadando en sangre.
Nada se oyó –dijeron– sólo el eco de un disparo.
¡Uno de tantos! - murmuro un sombrero.
Cada día muere gente.
Nadie lo espera, pero sucede;
en un callejón,
en una cama,
enfermos o sanos.
Quizás en un coche o sentado en un teatro.
A mí me mató un «te quiero» –dice un borracho.
A mí el silencio de un amigo.
A mí un beso.
¿Cómo es posible que mate un beso?
Me fue imposible esquivarlo... – dijo un sabio mirando al suelo.







Créditos

Edita:

Átame. Asociación Cultural Chiva

Consejo de redacción:

Juan Carrión Miró
Rafael Gómez Fayos
Claudio López Sanz
Roberto Martínez Rodrigo
Juan Francisco Mejías Gómez
Óscar Mora Corachán
Ernesto Navarro Yuste
Manolo Sánchez Peris
Mamen Vallés Ibáñez

Entidades y empresas colaboradoras:

Asociación Peña Taurina «El Torico»
Ayuntamiento de Chiva
Color Delux
Concierto Gráfico
Horno Jaime I
Horno Vallés
MRT arquitectura
Orquesta de Pulso y Púa Villa de Chiva
Sociedad Musical «La Artística»
de Chiva

Agradecimientos especiales:

Amparo Rodrigo Ballester
Ángeles Hernández Gracia
Cheli Martínez
Dorita Sánchez
Familia López Blasco
Familia Mora Corachán
Ferrán Perera Invernón
Fran Barrios Banacloy
Gema Galdón
Héctor Tarín
Isabel González
José Miguel Martínez Rodrigo
Juan Martínez Escorihuela
Juanvi Miró
Kike Sempere
Luis Medina
Luis Sánchez Guzmán «Caisá»
Manuel Alarcón Higón
María José Mateu Saus
María José Vicente Bañón
María Nieves Galdón Pascual
Mayte Domingo
Mayte García Quiles
Nieves Miró Escartí
Rafael Nácher
Rodrigo García Navarro
Salvia Ferrer Boullosa
Sandra García Rodrigo
Víctor Cabañero Diana
Víctor Hernández
Victor Sánchez Hernández

Agradecimientos:

Álvaro Navarro
Amparo y Fina Corral
Ana García Sánchez
Armonía Latorre Muñoz
Carmen Mateu
Diputación de Valencia
Esther Guillen
Fabián Tarín
Familia Morales Bernat
Francesc Jarque
Horno «El Puente»
Horno Corachán
Imprenta Provincial
Javier Cervera
Javier Sánchez
José Martínez Salvo
Juan Carrión García
Juan Tarín
Levante-TV «La Mar salà»
Lucas Mora
Luis Fenech Linuesa
Luis Sánchez
Manuel Alarcón Higón
María Muñoz
Natalia Clemente
Paco Margós
Pepa Ruiz

Diseño y maquetación:

Manolo Sánchez

Diseñado utilizando:

Los tipos: Dolly Roman, Dolly Small
Caps, Dolly Bold, Dolly italic,
Flama Ligh, Flama Bold. Impreso sobre
papel GardaPat 13 de 115 gramos para los
interiores y Medley Pure de 365 gramos
para las portadas.

Ilustración portada:

Manolo Sánchez

Foto dble página 140 y 141:

Vista de Chiva desde la Hermita del
Castillo. 1920 aprox. Foto realizada
posiblemente por los Hnos Peris.
Archivo Mora Yuste

Retoques fotográficos:

Ferran Perera

Impresión:

Gráficas Royanes, S.L.

Depósito legal:

V-2432-2010

Archivo Fotográfico:

Págs. 6 y 7, 8, 48 y 49, 52, 70 y 71,
77 (2ª por arriba), 84, 87, 101, 102, 103, 106
y 107, 112 y 113, 140 y 141
Archivo Mora Yuste

Págs. 15, 126
Archivo Ayuntamiento de Chiva

Págs. 92, 94
Archivo Servicio de Investigación
Prehistórica

Págs. 18, 19, 134, 135
Propiedad Navarro Galdón

Pág. 82
Archivo Luis Fenech

Págs. 26, 29, 96 y 97, 131
Propiedad María José Mateu

Págs. 22, 23
Propiedad Roberto Martínez

Págs. 12, 13, 27, 54 y 55
Propiedad Nieves Miró

Págs. 31, 43, 129
Propiedad Teresa Pascual

Pág. 30
Propiedad Mayte Domingo

Pág. 36
Propiedad José Malea

Pág. 110
Propiedad Manolo Sánchez

Págs. 40, 77
Propiedad Juan Antonio Vallés

Págs. 68, 74
Propiedad Saus García

Págs. 60 y 61, 108
Propiedad Juan Carlos García Higón
(Mansebo)

Págs. 60 y 61, 108
Propiedad Carmen Vallés (la tía Marsa)

Págs. 88, 89
Propiedad Mari Cruz Alarcón

Pág. 128
Maruja Carrión

© de los textos: sus autores

© de las ilustraciones: sus autores

© de las imágenes: los propietarios y/o
depositarios

© de la presente edición: Asociación
Cultural Átame

